



JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN, VIOLENCIA Y ESTIGMATIZACIÓN

Eleonora Nun

Matías Sembler

en América Latina y el Caribe

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN, VIOLENCIA Y ESTIGMATIZACIÓN en América Latina y el Caribe



Eleonora Nun es Investigadora en Espacio Público, socióloga de la Universidad de Chile y Magíster en Políticas Públicas de la Hertie School of Governance de Berlín.



Matías Sembler es Investigador Adjunto, Facultad de Educación Universidad Diego Portales, sociólogo de la Universidad de Chile

Los autores agradecen el trabajo de Laura Torres así como los valiosos comentarios de Margarita Beneke de Sanfeliu, María Cecilia Dedios y Rubén Kaztman.



IDRC | CRDI

International Development Research Centre
Centre de recherches pour le développement international

Canada



**ESPACIO
PÚBLICO**

1. PREFACIO	4
2. INTRODUCCIÓN	7
3. ANTECEDENTES	12
3.1. Contexto general de la región	13
3.2. Situación de la juventud en América Latina y el Caribe	15
3.2.1. Educación	16
3.2.2. Trabajo	18
3.2.3. Salud y conductas de riesgo	21
3.2.4. Cultura y Participación	23
3.3. Violencia en América Latina	25
3.3.1. América Latina: la región más violenta del mundo	25
3.3.2. Costos de la violencia	29
3.3.3. La multidimensionalidad de la violencia en América Latina	32
3.3.4. Discriminación y estigmatización hacia la juventud	34
3.3.5. Facilitadores de la violencia	34
4. NOTAS CONCEPTUALES	36
4.1. Aproximaciones conceptuales a la violencia	37
4.1.1. Definición	37
4.2. Cohesión social	41
5. METODOLOGÍA	45
5.1. Muestra y pauta	46
5.2. Análisis	49
6. HALLAZGOS	50
6.1. ¿Cómo es para un joven como tú vivir en...?	51
6.1.1. Mi país	51
6.1.2. Mi ciudad y mi barrio	56
6.2. Imagínate en 10 años más...	61
6.2.1. La educación	61
6.2.2. El trabajo	69
6.3. Mis soportes	77
6.3.1. La familia	77
6.3.2. Yo mismo	83
6.3.3. Tiempo de ocio y conductas de riesgo	87
7. CONCLUSIONES E IMPLICANCIAS PARA LAS POLÍTICAS PÚBLICAS	90
8. BIBLIOGRAFÍA	95

1.

PREFACIO

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

1. PREFACIO

El origen de este informe data de 2017. Ese año, en el contexto de la investigación que dio origen al libro “Millennials en América Latina y el Caribe: ¿trabajar o estudiar?” financiada por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), de la que participaron como equipo central de investigación, IDRC, el BID y Espacio Público y como centros de estudios a cargo de las investigaciones locales la Facultad de Economía y el Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico (CEDE) de la Universidad de los Andes de Colombia; la Fundación Salvadoreña para el Desarrollo Económico y Social (FUSADES) de El Salvador; l’Institut de Consultation en Informatique, Économie et Statistique Appliquées (ICIE-SA) de Haití; AFD; el Centro de Estudios Espinosa Yglesias (CEEY) de México; el Centro de Análisis y Difusión de la Economía Paraguaya (CADEP) de Paraguay; Young Lives; el Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE) de Perú; y la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de la República de Uruguay, se realizó un extenso trabajo de campo cualitativo con el fin de escuchar la voz de los jóvenes de la región. El objetivo, en ese momento, era entender cómo se producía la transición entre la escuela y el trabajo, qué soportes y obstáculos encontraban los jóvenes en esa etapa, cuáles eran sus aspiraciones para el futuro y qué tan probable creían, era que las realizaran.

Este primer estudio arrojó importantes luces sobre la realidad de los jóvenes en la región. Concebida originalmente como una investigación sobre los nini –jóvenes que no estudian ni trabajan-, cuya alta prevalencia en estos países era objeto de debate y preocupación, al poco andar fue revelando una realidad distinta. Los nini, esos jóvenes desocupados, asociados a la apatía, la indiferencia, la desafección, son de hecho muy pocos. La mayoría de los jóvenes que se encuentra fuera del sistema educacional y del mercado laboral está de hecho muy ocupada. En el hogar, el cuidado de niños, en el mercado laboral informal, en distintas actividades críticas para el funcionamiento de sus hogares. A partir de esta constatación hubo que invertir la pregunta. ¿Qué pasa, en la manera como nuestras sociedades se organizan, que los jóvenes parecieran no encontrar en sus estructuras formales, espacios para la concretización de sus aspiraciones?

En el contexto de los grupos focales, la voz de los cientos de participantes dio origen a un relato que, con todas las diferencias entre países, podría decirse, constituye un panorama de la juventud en la región. Así, tras haber leído todo ese material y analizado aquello que nutría el argumento del libro, quedaba la sensación de una deuda pendiente. Los jóvenes tenían mucho más que decir. Su voz era una denuncia respecto de cuán

excluidos habían ido quedando de la posibilidad de acceder a las mejoras que, incuestionablemente, había traído el desarrollo a la región.

Es así cómo surge la idea de hacer una relectura de esos datos desde el enfoque de la violencia. Este fue un tema que salió de manera transversal en las entrevistas y de maneras que los investigadores no habían anticipado. La violencia reveló ser un factor determinante de las trayectorias de vida de los jóvenes. Sin embargo, faltaba entender cómo, por qué, en qué ámbitos y qué tan profundamente. Al poco tiempo de haberse publicado el libro, se produjeron los estallidos sociales en Chile, Colombia, Ecuador y Perú. Pese a las especificidades de cada caso, habían elementos comunes a todos ellos. Una denuncia en contra de los abusos de los que sistemáticamente se sentía objeto la población, el colapso de la meritocracia como principio legitimador de la desigualdad. La violencia. Y los jóvenes cómo protagonistas.

Este año, la pandemia vino a exacerbar algunas de las dificultades que esta investigación, reveló, estaban enfrentando los jóvenes en la región. “Al igual que ocurre con los efectos del virus en organismos con condiciones médicas preexistentes, nuestras sociedades están más afectadas por debilidades crónicas estructurales prepandemia: alta desigualdad, contratos sociales fragmentados, magra productividad y crecimiento, baja confianza en las instituciones públicas y debilidad fiscal” señalan Luis-Felipe López Calva y Rebeca Greenspan (2020). Dentro de este escenario que ha configurado una situación especialmente crítica para los países de la región, los jóvenes han resultado particularmente afectados. El cierre de las escuelas y las dificultades que las medidas

de distanciamiento social ponen al interior de los hogares para generar ingresos, amenazan con aumentar la deserción educativa y la capacidad de estos jóvenes para generar ingresos a futuro, la baja en la actividad económica con empobrecerlos, el aumento de la violencia doméstica con afectar su integridad física y mental. Como lo señalan diversos estudios, son distintas las razones por las que los jóvenes son especialmente vulnerables ante un shock de este tipo. Y entre ellos, las mujeres (Lustig y Tomassi 2020, Gutierrez et al. 2020).

Mucho se ha dicho respecto que la pandemia representa una oportunidad para cambiar el curso del desarrollo. La nueva normalidad no puede ser un retorno al punto donde habíamos quedado. Tiene que ir más allá en la construcción de sociedades más justas, resilientes, sustentables e igualitarias. La política pública, incluso la política pública para los jóvenes, suele hacerse a sus espaldas. Son adultos que imaginan las necesidades que tienen y las respuestas que requieren los jóvenes. Habiendo dejado en claro su demanda por ser escuchados y atendidos, este informe busca contribuir a comprender mejor cuál es su situación y cuál es el rol que cumple la violencia en sus vidas desde su propia voz. Cómo se verá, la relación es mucho más compleja que la imagen del joven haciendo destrozos durante las protestas. La violencia en la vida de la juventud vulnerable es una realidad omnipresente, es el obstáculo que se interpone entre ellos y los frutos del desarrollo de la región y debe, por ende, ser considerada en toda su complejidad y no solo como comportamientos disruptivos merecedores de sanción. Estamos en un momento crítico para repensar el desarrollo de nuestros países. Éste tendrá que ser con los jóvenes. O no será.

2.

INTRODUCCIÓN

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

2. INTRODUCCIÓN

La juventud está en el centro de las oportunidades que tiene hoy en día América Latina y el Caribe para mejorar la calidad de vida de la población.

Estar *en el centro* tiene muchos significados. Primero, la juventud es central por efecto del bono demográfico. En la región, la proporción de población joven respecto del total es de momento elevada. La capacidad productiva de este grupo económicamente activo debe aprovecharse para sentar las bases de un desarrollo inclusivo que permita asegurar el bienestar de la población a medida que ésta vaya envejeciendo. En este sentido, los jóvenes son protagonistas importantes del desarrollo hoy. No hay tiempo que perder. El bono demográfico se va agotando y es necesario tomar las medidas que sean necesarias de manera urgente para aprovechar las capacidades de este grupo en su máximo potencial.

Segundo, significa que, de querer aprovechar las oportunidades existentes, la región debe hacerse cargo de los problemas que afectan a los jóvenes. La violencia que ejercen y que se ejerce contra ellos, pero también la exclusión económica y social que padecen, ponen obstáculos al desarrollo. El crimen tiene un elevado costo para los países (Jaitman 2017), así como lo tiene la violencia simbólica como la discriminación y la estigmatización que se ejerce sobre los jóvenes al impedirles, por ejemplo, encontrar un trabajo o desplazarse libremente

hacia sus lugares de estudio (Novella et al. 2018) o, más generalmente, en la medida que afecta negativamente su desarrollo humano (PNUD 2013). La infancia temprana, la época escolar y la juventud, en particular la transición entre escuela y trabajo, son las tres etapas críticas sobre las que se debe intervenir de querer corregirse la situación de desigualdad que afecta los países de la región (PNUD 2019).

Tercero, la juventud es clave para la cohesión social. La cohesión social corresponde a la capacidad de las instituciones para reducir de modo sostenible las brechas sociales con apoyo ciudadano. De acuerdo con esto, el funcionamiento de sociedades complejas y diferenciadas depende por un lado, de un elemento objetivo –el funcionamiento de sus instituciones– pero también de uno subjetivo –el grado de adhesión y confianza ciudadana con respecto al sistema político y al ordenamiento socioeconómico, la predisposición de los actores sociales a apoyar las iniciativas institucionales orientadas a reducir las brechas sociales, la calidad de los vínculos entre las personas y los grupos y la voluntad de los individuos para participar en la vida pública–. Es, durante la juventud, que estos conceptos se internalizan y se constituyen en principios para la vida. Sociedades en paz que permitan la plena realización de las oportunidades para las personas, deben formar jóvenes dispuestos a participar de la vida pública sobre la base de estos principios.

Cuarto, los jóvenes son especialmente vulnerables ante las consecuencias económicas y sociales de los shocks y, los efectos sobre ellos en el largo plazo, especialmente graves. De acuerdo a Lustig y Tomassi (2020), shocks transitorios como las medidas de confinamiento implementadas en el contexto de la pandemia por el Covid-19 y los efectos de éstas a nivel de los países y los hogares, pueden tener “efectos permanentes” e incluso irreversibles, sobre las vidas de niños y jóvenes vulnerables. Estos efectos como, por ejemplo, los de la deserción como resultado del cierre de las escuelas y de la necesidad de los hogares de contar con ingresos adicionales en el contexto de la caída de la actividad económica, “son causa de desigualdades persistentes y frenan el progreso social” (Ibid.). Por lo mismo, en el contexto de la pandemia, especial atención debe ponerse a la juventud, sus vulnerabilidades y las medidas que, de manera más efectiva, pudieran protegerlos de daños irreversibles.

El tema juventud y violencia ha sido objeto de amplio debate e investigación. El foco con frecuencia se pone en los jóvenes como victimarios o víctimas de hechos de violencia física (PNUD 2013). Mal que mal, según datos del Banco Mundial, América Latina y el Caribe es la región con mayores tasas de violencia del mundo. Mientras la tasa de homicidios por cada 100.000 habitantes alcanza a 22, en la OCDE corresponde a 4. Más aun, en el escenario internacional la región es la que muestra la diferencia más pronunciada entre la tasa de homicidio juvenil (alrededor de 70 por cada 100.000 jóvenes) y la del resto de la población (PNUD 2013), siendo la violencia la principal causa de muerte entre los jóvenes latinoamericanos (Soto y Trucco 2015; Zuluaga, Sánchez, and Chegwin 2018).

-
1

Si bien en la encuesta Latinobarómetro se usa el término “discriminado”, se reemplazó aquí por “estigmatizado” para evitar confusiones ya que en la conceptualización que este informe hace sobre la violencia, lo preguntado en la encuesta remite más a prácticas de estigmatización que de discriminación.

Los avances experimentados por la región durante las últimas décadas en cuanto a su desarrollo económico se han acompañado, paradójicamente, de un aumento en los índices de violencia física e inseguridad (Jaitman 2017; Soto y Trucco 2015). Con frecuencia se afirma que existe una relación inversa entre desarrollo y violencia. Según esto, a medida que los países crecen, disminuye la ocurrencia de hechos violentos. Si bien esta relación muchas veces se comprueba, no siempre es así como lo demuestra el hecho que países con PIB similares tengan índices de violencia diferentes. Y es que más que el desarrollo, lo que importa es la “composición del crecimiento”, esto es, que tan desigualmente están repartidos sus frutos (Ray y Esteban 2017). De acuerdo con esto, el crecimiento económico se acompaña de dos tendencias: una que aumenta el volumen de los bienes a repartir y que, por ende, genera conflicto, y una que aumenta el costo de participar en la pugna distributiva y que, por ende, disminuye el conflicto. El tipo de relación entre desarrollo y violencia dependerá, por ende, del tipo de crecimiento, por un lado, y de la manera cómo se reparta entre los grupos, por otro. La violencia emergerá cuando “estas tensiones se resuelvan mediante la exclusión sistemática de algunos grupos” (López-Calva 2019b), especialmente en el contexto de instituciones débiles con poca capacidad para gestionarlas, cómo es el caso de muchos países de la región. Así, la violencia estructural -o la discriminación del acceso de ciertos grupos a las oportunidades y frutos del desarrollo-, podría también estar en el origen de la violencia física y la inseguridad en América Latina y el Caribe.

Ahora bien, la experiencia cotidiana de los jóvenes respecto a la violencia es física, es estructural, pero también es simbólica. Una importante proporción de los jóvenes de la región declara sentirse parte de un grupo estigmatizado¹ (Latinobarómetro, 2015). Más aún, si la violencia física es la principal causa de muerte entre los jóvenes latinoamericanos, los problemas de salud mental -estre-

chamente vinculados a las experiencias de violencia y discriminación- constituyen una de las principales cargas de morbilidad de los y, particularmente de las jóvenes de la región (Ullmann 2015).

Así, la relación entre juventud y violencia es más compleja que únicamente un problema de distribución racional del tiempo entre actividades lícitas e ilícitas como lo supone la "economía del crimen" (Becker 1968). El rol que juega la violencia en la vida de los jóvenes va mucho más allá de la participación de algunos de ellos en hechos ilícitos. En un contexto de alta desigualdad, como el de América Latina y el Caribe, los jóvenes vulnerables enfrentan pocas oportunidades para la realización de sus aspiraciones. La insatisfacción, la frustración y la exclusión resultantes pueden redundar en hechos de violencia con ellos como victimarios (contra otros o contra ellos mismos). Ahora bien, lo contrario también es cierto. La violencia que se ejerce contra ellos ya sea física, estructural o simbólica, impide en último término, que los jóvenes se beneficien de los frutos del desarrollo y pudiera a su vez, ser el origen de su violencia.

De esta manera, más allá del desarrollo alcanzado por los países, es necesario mirar cómo, y en qué medida, los jóvenes llegan a beneficiarse de éste, tanto en términos de las mejoras objetivas que experimentan en su calidad de vida como del reconocimiento social que los hace sentir parte y merecedores de ello. Luego, se plantea a modo de hipótesis, que la violencia en sus distintas manifestaciones, juega un rol importante en explicar por qué los jóvenes permanecen tanto material como simbólicamente excluidos de los frutos del desarrollo.

¿Cuál es el rol que ocupa la violencia en la vida de los jóvenes en la región? ¿En qué ámbitos de su vida los jóvenes enfrentan qué formas de la violencia? ¿Cómo llega a constituirse en un obstáculo para el logro de posiciones de inclusión social?

Para responder estas preguntas, este trabajo propone analizar la voz de los propios jóvenes. Durante el año 2018, en el marco del proyecto "Millennials en América Latina y el Caribe: ¿trabajar o estudiar?", se realizaron 63 grupos focales a jóvenes en 8 países de la región (Brasil, Chile, Colombia, El Salvador, Haití, México, Paraguay y Uruguay). El presente documento sintetiza los resultados del análisis de ese material.

De esta manera se busca llenar algunos vacíos que existen en el conocimiento que se tiene acerca de la situación de los jóvenes en la región. La política pública poco sabe acerca de cómo los jóvenes ven el mundo, sus perspectivas, sus discursos, sus prácticas. La mirada "adultocéntrica" (Duarte 2012 y 2015, Moro 2006) que domina el campo de la investigación y la aproximación desde la política a la juventud, es ciega a la perspectiva de los propios jóvenes, respecto de si mismos. Al ser esta una investigación que parte de sus relatos, busca contribuir a suplir esta carencia. Los resultados que se presentan, acerca de, por ejemplo, su idea del esfuerzo, su relación con el mercado laboral, el empleo informal, y sus vínculos familiares, desafían la mirada que entiende las juventudes como un momento de tránsito hacia la situación deseable de la adultez. Por el contrario, los jóvenes tienen una experiencia del mundo que les es propia y que, aunque frecuentemente malinterpretada como desafección, apatía o rupturismo, como "irrupción, en forma de estallido, como manifestaciones espasmódicas, [...] como actos de desborde que despliegan, a veces, niveles de brutalidad en el límite de lo imaginable" (Moro, 2006) se encuentra profundamente inscrita en el rol que juegan y la posición en la que se encuentran en las sociedades de la región. Ésta va mucho más allá de la diada que establece con el mundo adulto y es expresión de sus propias definiciones. Muchos de los movimientos sociales que están en el origen de las transformaciones políticas y sociales más importantes de los últimos años han sido de hecho, protagonizados por jóvenes.

El documento también aporta a la discusión acerca de la violencia, tanto desde una perspectiva epistemológica como ontológica. En el primer caso, complementa las conceptualizaciones que existían sobre la violencia en la región, entre otras cosas, identificando al Estado como un agente activo, capaz de ejercerla en sus formas física, estructural y simbólica. Su aporte ontológico se relaciona con el hecho que los datos sobre los que se base este informe, no han sido recogidos con la intención original de ser un estudio sobre violencia. La pauta de las entrevistas –salvo en algunos casos puntuales– no incorporaba la violencia como un ítem. Estos discursos emergieron de manera espontánea en una conversación que estaba intencionada a ser sobre otros temas. El que la violencia haya emergido como un tema transversal, el que haya ocupado un lugar tan importante en las entrevistas y el que, de manera sistemática, los jóvenes se refirieran a sus distintas manifestaciones a la hora de hablar acerca de sus aspiraciones y los obstáculos que encontraban para realizarlas es, en sí mismo, un aporte de esta investigación respecto de qué es la violencia para

los jóvenes y cuál es el rol que cumple en sus vidas. Al entrevistar sobre un tema es difícil saber hasta qué punto éste emerge porque es parte de la pauta o porque en realidad es importante para el entrevistado. El que el tema haya emergido pese a no estar considerado en la guía de la entrevista, habla por sí mismo acerca de la importancia que tiene para los jóvenes en la región.

El resto del informe se estructura de la siguiente manera. En la siguiente sección se presentarán algunos antecedentes relevantes en relación a la situación de los jóvenes en la región y el problema de la violencia en la misma. Ésta será seguida de un apartado teórico donde se discutirán los conceptos de violencia, juventud y cohesión social. A continuación, se describe la metodología del estudio y la fuente de los datos. Le siguen los hallazgos del análisis del material cualitativo. Finalmente, se concluirá respecto de cómo la violencia en sus distintas manifestaciones impacta la vida de los jóvenes en la región y los desafíos que ello plantea para la cohesión social.

3.

ANTECEDENTES

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

3. ANTECEDENTES

3.1. CONTEXTO GENERAL DE LA REGIÓN

Durante las últimas décadas, la región experimentó importantes logros en el mejoramiento de la calidad de vida de su población. Esto se expresa, por ejemplo, en la reducción en las tasas de pobreza y la desigualdad medida según el coeficiente Gini. Si hacia el año 2000, un 45% de la población era pobre, de acuerdo a las cifras de la Cepal, a fines de la segunda década ese porcentaje rondaba el 30% (CEPAL 2018). Si bien la región sigue siendo la más desigual del mundo (CEPAL 2018), entre el año 2002 y el 2017, la desigualdad bajó de 0.543 a 0.466 puntos en el coeficiente de Gini (CEPAL 2018).

Condiciones externas favorables, mejoras en el mercado laboral, así como la implementación de políticas sociales, han contribuido a este escenario. Respecto de la desigualdad, su declive desde finales de la década de 1990 se explicaría principalmente por dos factores: la disminución en la brecha entre los ingresos entre el trabajo calificado y no calificado, y el aumento de las transferencias públicas hacia los segmentos más pobres (López-Calva y Lustig 2010). Como consecuencia de este período de crecimiento, la calidad de vida de la población medida por el Índice de Desarrollo Humano experimentó una mejora pasando de 0.628 en 1990 a 0.759 en 2018 (PNUD 2019) pese a estar aún por debajo de los 0.895 de la OCDE (PNUD 2019).

Ahora bien, a pesar de estas mejoras, los indicadores ocultan una gran heterogeneidad entre países y, dentro de los países, entre grupos poblacionales. Hay quienes van más allá y ponen una voz de alerta al señalar que las percepciones de las personas respecto de cómo estas mejoras han impactado sus vidas, no han variado a la par. Esto se explicaría, en gran medida, por la persistencia de la desigualdad. Como lo señala el Director Regional del PNUD para América Latina y el Caribe, “las personas perciben sistemáticamente que la brecha entre ricos y pobres se está ampliando. Esto ha sido observado en encuestas de percepción, pero también se ha evidenciado en el creciente número de conflictos sociales y procesos electorales inusualmente polarizados” (López-Calva 2019a). Así, la persistencia de las brechas y no solo la posición absoluta de las personas en la estructura social, estaría en el origen de la emergencia de conductas anómicas. La violencia, la evasión o elusión de impuestos, o la “salida” (Hirschman 1978) mediante, por ejemplo, la migración, son algunas de sus expresiones posibles.

De acuerdo con el economista del PNUD, estas brechas entre datos objetivos y percepciones podrían explicarse por el hecho que las cifras ocultarían una realidad menos optimista (López-Calva 2019a). Esto, por al menos, tres razones. Primero, el coeficiente de Gini no es el mejor

indicador para medir la desigualdad en tanto oculta lo que pasa en la parte superior de la distribución del ingreso (Ibíd.). Otras medidas que capturan lo que pasa allí revelan una desigualdad que ha ido ascendiendo en la región. Segundo, porque la desigualdad de ingresos es un factor más débil que la desigualdad de riquezas cuando se trata de explicar las diferencias entre hogares y personas en cuanto a la disponibilidad de activos físicos y financieros para alcanzar condiciones dignas de vida. Y la desigualdad de riqueza tiende a ser mucho mayor que la desigualdad de ingresos. Tercero, porque no basta con medir la desigualdad entre individuos. La desigualdad en la apropiación de los ingresos generados en el proceso productivo entre el capital y el trabajo, es también una característica histórica de los países de la región. Pese a una leve mejora durante la década pasada, ésta se ha enlentecido desde 2014 (CEPAL 2018).

La consecuencia del incremento de la desigualdad en estas dimensiones es un aumento de la polarización del ingreso. Esto es, la sociedad se divide entre dos categorías -de ingreso en este caso- que son internamente homogéneas y heterogéneas entre ellas. La polarización, está estrechamente vinculada a la generación de tensiones, a las posibilidades de rebelión y revuelta articuladas, y a la existencia del descontento social en general (Ray y Esteban 2017). Las sociedades latinoamericanas, con una fuerte concentración del ingreso en la parte superior de la distribución y un alto porcentaje de la población viviendo en situación de vulnerabilidad, son ejemplos de sociedades polarizadas. En efecto, pese a la disminución de la pobreza, la región no se ha constituido en una región de clase media, sino de ingresos medios (López-Calva 2019c). “La seguridad económica de los hogares no necesariamente se ha estabilizado. Muchos hogares en la región siguen siendo vulnerables. Estas familias tienen una probabilidad relativamente alta de volver a caer en la pobreza si se produjera algún tipo de evento adverso o ante un shock. Si bien la clase

media ciertamente se ha expandido, en promedio en toda la región, más personas siguen siendo “vulnerables” (37.6%) que “clase media” (35.4%)” (López-Calva 2019c). La ausencia de una clase media resiliente no solo es problemática en tanto supone que una buena parte de la población es susceptible de recaer en una situación de pobreza. También a nivel macro, es un problema porque tener una clase media estable es el mejor antídoto contra la polarización y los conflictos que de ella puedan emerger. “Una clase media consolidada es importante no solo porque significa que más personas vivirán una vida libre de pobreza, sino también porque es un motor importante para fomentar el crecimiento económico y porque puede dar lugar a un tejido social más estable y cohesivo” (López-Calva 2019c).

De acuerdo con esto, existen condiciones estructurales en la región que podrían explicar algunos de los conflictos a los que asistimos actualmente, como los estallidos sociales. El vínculo entre desigualdad y malestar social es de hecho, un problema a nivel mundial, como lo demuestra el que haya sido el tema del último Informe mundial sobre Desarrollo Humano. “La ciudadanía está tomando las calles por diferentes motivos: el coste de un billete de tren, el precio del petróleo, reclamaciones políticas de independencia... Existe, sin embargo, un hilo conductor: la profunda y creciente frustración que generan las desigualdades”, se señala en el prólogo de este informe (PNUD 2019).

Ahora bien, además de la desigualdad entre grupos con distintos ingresos, los jóvenes padecen también de una desigualdad intergeneracional. En efecto, en relación a cómo se distribuye el crecimiento entre los distintos grupos poblacionales, distintos indicadores dan cuenta del hecho que enfrentan dificultades adicionales a la hora de alcanzar un mayor bienestar. En la siguiente sección se expondrá la situación de los jóvenes en la región, tanto las nuevas oportunidades que enfrentan cómo los desafíos pendientes en materia de desarrollo humano.

3.2. SITUACIÓN DE LA JUVENTUD EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

RECUADRO: ¿QUIÉNES SON LOS JÓVENES DE ESTE ESTUDIO?



En el presente informe, se adoptará la definición de juventud propuesta por Naciones Unidas (2013) entendida como aquellas personas que tienen entre 15 y 24 años. Estas edades delimitan el periodo de finalización de la educación obligatoria y de búsqueda del primer trabajo. Ésta se utilizó en la investigación “Millennials en América Latina: ¿trabajar o estudiar” de donde provienen los datos que se analizan en este informe. Sin desmedro de esto, algunas de las cifras incluidas consideran rangos etarios diferentes pues no existe un consenso acerca de quiénes son los jóvenes y, por lo mismo, distintas investigaciones utilizan distintas definiciones.

Delimitar etariamente la juventud en base a una aproximación funcional resulta hoy particularmente complejo en virtud de las transformaciones que se han producido en los ámbitos de la educación y el trabajo. La prolongación de la inserción en el sistema educativo por la masifica-

ción de la educación superior y el ingreso a formas de empleo más inestables, han vuelto más difusa la transición entre ambos, dando cabida a fenómenos de “retrocesos” y “estados mixtos” (Heinz, 2009). Por otra parte, otras definiciones de juventud como aquellas que la conciben como un periodo de transición hacia la vida adulta también han sido criticadas por suponer que lo adulto es deseable, “el momento de la plenitud en términos de la madurez psicosocial, de la integración social –trabajo y consumo opulento- y de la reproducción heterosexual” (Duarte 2015), y que la juventud no es más que el camino para alcanzarlo.

En este sentido, si bien cualquier definición tiene una dosis de arbitrariedad, el objeto de estudio debe de alguna manera delimitarse. Hecho esto, se tomaron ciertas precauciones para evitar caer en definiciones esencialistas acerca de

la juventud, manteniendo el foco en el que corresponde a una construcción social. Así, en el centro del informe, están los “estados mixtos” (Heinz, 2009). La delimitación etaria no se utilizó para homogeneizar la experiencia de los jóvenes considerados, sino para revelar como, desde su individualidad, resignifican la lucha entre la oferta que la sociedad les presenta para su integración al mercado, a las normas sociales y al futuro adulto, y las construcciones propias respecto de su identidad (Duarte 2000).

Por último, el estudio ha buscado hacerse cargo de algunas de las principales críticas que, según Alpizar y Bernal (2003) se hacen a las investigaciones sobre juventud por su carácter estigmatizante. Aquí se ha hecho un esfuerzo por destacar la razonabilidad de los jóvenes, por revelar la lógica específica que orienta su actuar tanto en sociedad, como en la vida privada.

Siguiendo la propuesta de la Cepal, se debe “comprender el proceso de inclusión social juvenil desde una perspectiva de derechos, que trascienda el eje básico de educación y empleo y abarque otras dimensiones de inclusión social que también son clave para que los jóvenes avancen no solo en los parámetros objetivos de la inclusión, sino también en los subjetivos, y que con ello puedan sentirse parte de una sociedad que se construye en conjunto” (CEPAL, 2015). Atendiendo a esto, y con el fin de entregar antecedentes que permitan luego observar el rol que juega la violencia en cada uno de los ámbitos donde se define la posición de inclusión social de los jóvenes, se observará su situación en las siguientes dimensiones: educación, empleo, salud, cultura y participación. La violencia, la última dimensión a considerar en los desafíos de la inclusión social juvenil que propone la Cepal, será el objeto de la sección siguiente.

3.2.1. Educación

Los jóvenes de hoy enfrentan oportunidades inéditas. El sistema educacional ha ampliado dramáticamente su cobertura durante las últimas décadas permitiéndoles adquirir importantes habilidades cognitivas y no cognitivas que, en entornos favorables, pueden permitirles acceder a una mejor calidad de vida (Novella et al. 2018).

La participación en la educación primaria alcanza la cobertura casi universal (93%) y en la educación secundaria, pasó de un 59% en 1990 a 78% el año 2018 (World Bank Data). La participación en la educación terciaria también ha aumentado. Entre el año 2000 y el 2011, la tasa bruta de matriculación en la educación terciaria pasó de 20% a 40% (OCDE 2017). Pese a este aumento, la región sigue estando por debajo de las cifras de la OCDE, donde la participación en este nivel educativo alcanza a más del 65% (Ibid).

Esta masificación de la educación superior en la región está motivada por medidas de carácter legal como la

ampliación de los años de educación obligatoria, por aumentos en la inversión pública y el efecto de los programas de transferencias condicionadas, pero también, por la expansión de la oferta privada en este nivel. Pese a las diferencias entre países, este es el caso, por ejemplo, de Brasil, Chile, El Salvador y Paraguay.

La expansión de la matrícula en todos los niveles se ha acompañado de nuevos desafíos. Primero, tasas de culminación que aún son insuficientes, sobre todo en el nivel secundario (Bassi et al. 2012). En América Latina y el Caribe, éstas alcanzan apenas un 38% -cifra no condicionada a haber ingresado a la educación secundaria- contra un 80% para los países de la OCDE (Ibid.). En la región, la tasa de culminación, condicionada a haber ingresado a este nivel educativo o haber completado al menos un año, alcanza un 54% (Ibid.). Esto es, cerca de la mitad de los jóvenes que ingresa a la educación secundaria no culmina sus estudios con un certificado relevante para el mercado laboral.

Estas cifras no se distribuyen homogéneamente entre los distintos segmentos socioeconómicos, afectando en particular a aquellos jóvenes que provienen de hogares de menores recursos. En efecto, las diferencias en las tasas de culminación de la educación secundaria van del 35% entre los jóvenes del primer quintil de ingresos a un 83% entre los del quintil de ingresos más alto y a nivel terciario, del 3,6% al 41,7% (CEPAL 2018). Más aun, la diferencia entre los años promedio de estudios entre ambos grupos se ha mantenido constante los últimos 20 años con un promedio de 7 años para la región (Bassi et al. 2012), dando cuenta de la ineffectividad o inexistencia de políticas orientadas a revertir esta situación.

Con la expansión de la cobertura, uno de los principales desafíos de los sistemas educativos de la región se ha vuelto la calidad en términos de “su capacidad de retenerlos y desarrollar en ellos habilidades y competencias

que los ayuden a insertarse exitosamente en el mercado laboral" (Bassi et al. 2012). Los resultados en las pruebas estandarizadas como PISA, por ejemplo, sitúan a los países de la región muy por debajo de los de la OCDE: "alrededor de la mitad de los jóvenes de la región no alcanza el nivel básico que le permita desenvolverse de manera efectiva y productiva en la vida, comparada con un 19,3% para el caso de los países de la OCDE" (Bassi et al. 2012). Una vez más, al desagregar los resultados por el nivel socioeconómico de los estudiantes, se observa una importante brecha entre los de menores y mayores ingresos. En la región, éstos últimos, obtienen cerca de 1,3 veces menos puntos que los segundos (Ibid.).

Novella et. al, van más allá e intentan identificar el nivel de competencias tienen los jóvenes de la región en distintos tipos de habilidades. Encuentran que si bien tienen bajos niveles de "habilidades cognitivas" -menos del 40% de los encuestados logra resolver operaciones matemáticas sencillas-, el panorama es más esperanzador al observar las "habilidades no-cognitivas" (Novella et al. 2018). Éstas últimas refieren a "las habilidades socioemocionales (...), también conocidas como habilidades blandas, incluyen, entre otras, la perseverancia, la confianza en las propias capacidades, la autoestima y el autocontrol." (Novella et al. 2018). Los jóvenes de la región muestran altos niveles en todas estas habilidades que la literatura identifica como esenciales para una inserción exitosa en el mercado laboral. Así mismo, en relación a las habilidades técnicas, muestran un alto dominio de las nuevas tecnologías, aunque muy poco de ellos tiene un manejo adecuado del idioma inglés (Ibid.). Pese a las cifras positivas, los autores concluyen que las habilidades blandas no bastan y que incluso en ese ámbito, los empleadores de la región manifiestan tener dificultades para encontrar jóvenes con liderazgo, capacidades para el trabajo en equipo o con la responsabilidad necesaria para ocupar los puestos de trabajo disponibles. Así, solo un 12% de los emplea-

res de la región manifiesta no tener dificultades para encontrar las habilidades que demandan en los trabajadores jóvenes, en particular, las no-cognitivas (Bassi et al. 2012).

Tanto la masificación de la educación secundaria como esta aparente desconexión entre las habilidades adquiridas por los jóvenes en el sistema educacional y aquellas demandadas por los empleadores en el mercado laboral, podrían estar en el origen de la caída de la prima a la educación media y del aumento a la prima de la educación superior (Bassi et al. 2012). Esto tiene su correlato en los retornos esperados que los jóvenes le atribuyen a los distintos niveles. Novella et al. (2018) encuentran que los jóvenes tienen información sesgada respecto de los salarios, subestimando aquellos atribuidos a la culminación de la educación media y sobreestimando los atribuidos a la educación terciaria, lo que pone una presión adicional sobre ellos para obtener una credencial en este nivel. Ahora bien, como se verá en el apartado siguiente, dadas las características del mercado laboral y del empleo joven, muchas veces estas expectativas chocan con una realidad menos prometedora.

A modo de conclusión, la ampliación de la cobertura en todos los niveles educacionales no se ha acompañado de una mejora en la preparación de los jóvenes para ingresar al mundo del trabajo. Las transiciones escuela-trabajo son especialmente largas en la región dando cuenta de las dificultades que encuentran para hacer relevantes sus credenciales en la obtención de un empleo satisfactorio (OIT 2015). Esto tiene consecuencias negativas para los jóvenes, los empleadores y la región. "Las brechas en el derecho a una educación de calidad hacen que la región esté poco preparada para enfrentar los desafíos tecnológicos y amplían las dificultades en la transición del sistema educativo al mercado de trabajo, dadas las grandes falencias en el campo de la formación de competencias" (CEPAL 2018).

3.2.2. Trabajo

En relación a su participación en el mercado laboral, según datos del Banco Mundial (World Bank Data), mientras entre los países de la OCDE un 13,1% de los jóvenes no estudia ni trabaja, esta cifra alcanza un 21,5% en los países de América Latina y el Caribe. El desempleo juvenil prácticamente duplica el de la población general en la región, alcanzando casi a un 18% de los jóvenes entre 15 y 24 años el año 2019 (Ibid.). La situación es aún más grave en las mujeres. En este caso, las cifras alcanzan un 28% y un 21% respectivamente.

Novella et al. (2018), respaldan estas cifras. De acuerdo a esos autores, el 41% de los jóvenes está estudiando o se está capacitando, el 21% trabaja, el 17% realiza ambas actividades y el 21% no estudia, ni se capacita ni trabaja. Ahora bien, estos autores son cautelosos al señalar que la gran mayoría de los jóvenes pertenecientes a este último grupo, realiza actividades productivas o bien cumple una función fundamental para que otros miembros del hogar puedan hacerlo. Una gran parte de las mujeres de este grupo, está a cargo de las tareas domésticas o el cuidado de niños y familiares. Los hombres, por su parte, están permanentemente entrando y saliendo del mercado laboral informal, por lo que los aportes de ingresos a sus hogares son fluctuantes. El porcentaje de jóvenes que no estudia, ni trabaja ni realiza ninguna actividad productiva ni busca empleo –los nini–, es cercano al 3% en la región (Novella et al. 2018).

El fenómeno nini no está aleatoriamente distribuido entre la población. La probabilidad de serlo es mayor entre las mujeres que entre los hombres y entre los sectores de menores recursos. En efecto, la proporción de mujeres en esta categoría duplica la de los hombres. Mientras un 14% de éstos últimos está en esta situación, entre las primeras llega al 27% (Novella et al. 2018). De acuerdo con de Hoyos et al. (2016), 66% de los nini de la región son mujeres. Respecto de su distribución por

grupo socioeconómico, estos autores señalan que el 60% de los nini proviene del 40% de los hogares más pobres. El embarazo en adolescentes, la deserción escolar y el desempleo serían los principales factores de riesgo para caer en esta categoría (de Hoyos, Rogers, and Székely 2016).

Otra característica importante es que se trata de un fenómeno persistente en el tiempo (Ibid.). Pese al crecimiento experimentado por la región durante la década del 2000, el número de nini se mantuvo constante.

Algunos estudios han mostrado evidencia que relaciona el fenómeno nini con la prevalencia de hechos de violencia en los países en el sentido que los países con un promedio de nini sobre el regional son también aquellos con mayores tasas de violencia. Ahora bien, Novella et al. (2018) encuentran evidencia que señala que la prevalencia de conductas de riesgo (consumo de sustancias, porte de armas, etc.) entre los jóvenes nini es similar o incluso menor a la de los jóvenes que estudian y trabajan a la vez. Esto permite suponer que la relación entre violencia y fenómeno nini no se da a nivel individual, en el sentido que ser nini aumente la probabilidad de incurrir en estas prácticas, sino que sociedades con un mayor número de nini son también sociedades donde están fallando los mecanismos de inclusión social que protegen a los jóvenes de incurrir en conductas violentas.

Respecto de su participación en el mercado laboral, los jóvenes cada vez menos presentan trayectorias lineales que van desde la culminación de los estudios y la búsqueda de un trabajo, a un empleo de por vida. La revolución tecnológica, el entorno institucional y la terciarización de la economía, han configurado un mercado laboral dual donde coexiste un pequeño sector intenso en tecnologías de alta productividad que demanda de una mano de obra altamente calificada y en constante formación, con un sector de baja productividad y alta

informalidad conformado por empresas pequeñas que concentran la mayor parte del empleo de la región. Esto, sumado a los cambios en las propias preferencias y motivaciones de los jóvenes, entre otros, configuran un panorama de mayor incertidumbre y complejidad laboral con permanentes entradas y salidas del trabajo y el sistema educativo. Como lo señalan Espejo et al. (2015), “las condiciones que rodean a los jóvenes de distintos estratos socioeconómicos y realidades generan trayectorias cada vez más oscilantes entre los sistemas educativos, el desempleo, el trabajo, las labores familiares, la inactividad y otras situaciones. Es decir, dibujan estructuras de transición irregulares, donde se va y se vuelve de una condición a otra”.

Diversos indicadores dan cuenta del hecho que los jóvenes están en una situación laboral desfavorecida. El 20% se encuentra desocupado, cifra que triplica la del resto de la población (OIT 2018). Una vez más, este es un fenómeno que se distribuye de manera desigual por sector socioeconómico, alcanzando valores de hasta tres veces mayores entre los quintiles más pobres respecto de los más ricos (Espejo y Espíndola 2015). De acuerdo con Novella et al. (2018) esto tendría relación con el costo de oportunidad que tiene el educar a sus hijos para las familias y con el impacto que esto tiene sobre los años de estudio con que ingresan al mercado laboral.

El empleo juvenil se caracteriza por concentrarse en sectores de baja productividad como el comercio y los servicios (OIT 2013), por los bajos salarios, la informalidad, la alta rotación y la desprotección social. Respecto de lo primero, los jóvenes reciben un castigo justamente, por el hecho de ser jóvenes y carecer de experiencia. Los más jóvenes (15-19 años) ganan en promedio un tercio de los adultos, brecha que se va acortando conforme van adquiriendo experiencia. Los que tienen entre 20 a 24 años ganan la mitad que los adultos y los que están en el tramo 25 a 29 años, tres cuartos (Espejo y Espíndola 2015).

Es interesante observar que la brecha entre los salarios de hombres y mujeres va creciendo con la edad como consecuencia probable de la menor experiencia que acumulan éstas últimas en virtud tanto del mayor tiempo que destinan al trabajo no remunerado como de la discriminación por género en el mercado laboral.

Respecto de la calidad del empleo, la mayor parte de los jóvenes accede a trabajos precarios. El 70% tiene un trabajo informal y, a los cuatro años de haber empezado a trabajar, han tenido en promedio 3,5 empleos, dando cuenta de altos niveles de rotación (Novella et al. 2018). Esta rotación, a diferencia de lo que ocurre en otros países, no es conducente a trabajos de mayor productividad. Al menos la mitad de las transiciones laborales conduce a trabajos peores desde el punto de vista de los salarios o beneficios (Alaimo et al. 2015). Novella (2019) encuentra que esta cifra asciende al 84% en el caso de los jóvenes de la región. Esto significa que solo el 16% de la rotación laboral entre los jóvenes es hacia trabajos de mejor calidad. En el resto, se trata de una rotación horizontal “hacia trabajos de calidad similar, o peor aún, hacia trabajos de menor calidad” (Ibid) con la consiguiente “pérdida de bienestar y productividad” (Ibid.).

Así, según el [Índice de Mejores Trabajos del BID](#), la región está en deuda con los jóvenes no tanto en la cantidad de trabajo a la que acceden (de 0 a 100 la región obtiene 74 puntos en esta dimensión conformada por participación laboral y ocupación) como en la calidad (la región obtiene 40,1 puntos en esta dimensión conformada por salario y acceso a seguridad social). Este índice muestra que, pese a la mejora relativa experimentada por la calidad del empleo durante los últimos años en la región, la brecha generacional entre adultos y jóvenes se ha ampliado. Más aun, los efectos de tener un primer empleo de mala calidad perduran en el tiempo. Los jóvenes que tienen un empleo informal o pasan por

periodos desempleados, tienen una mayor probabilidad de tener un peor desempeño laboral en su vida adulta (Cruces, Ham, and Viollaz 2012).

Al estar empleados en sectores de baja productividad y al ser tan alta la rotación, existe poca inversión en capacitación para los jóvenes con lo que la formación en el trabajo, como mecanismo para suplir los déficits en los conocimientos y habilidades adquiridas durante su paso por la educación formal, es prácticamente inexistente. A modo de antecedente, si en la OCDE el 56,3% de los trabajadores recibe capacitación, esta cifra apenas alcanza al 14,2% en América Latina (Alaimo et al. 2015). Más aun, la capacitación, cuando ocurre, se produce en el sector formal y se dirige por lo general a los trabajadores con mayores niveles educativos lo que hace menos probable que sean los jóvenes los favorecidos (Ibid.).

Un último factor a considerar, dice relación con la calidad de los “emparejamientos” entre trabajadores y empresas (Alaimo et al. 2015). Previamente, se discutió acerca de los problemas en la calidad de los aprendizajes obtenidos por los jóvenes durante su paso por la educación formal. Esto introduce un problema de asimetrías de información en el mercado laboral en tanto el empleador no puede confiar en la credencial educativa (de existirla), como indicador de las habilidades del trabajador. La experiencia laboral puede compensar al aportar información respecto del desempeño efectivo del trabajador en un determinado puesto de trabajo. Ahora bien, los jóvenes, justamente en virtud de su juventud, carecen de esta experiencia lo que encarece el costo de su reclutamiento. Luego, si éstos compensaran con una mayor productividad, podría haber incentivos para su contratación pero, nuevamente, dados sus bajos niveles de habilidades, el empleador anticipa una baja productividad y por ende, ofrece bajos salarios o defini-

tivamente, no contrata a jóvenes. Cuando los costos de la formalidad son elevados, como son en América Latina y el Caribe, este desincentivo a la contratación de jóvenes, en particular por la vía formal, se torna aún mayor. De hecho, cuanto mayores son los costos asociados a la formalidad menor es la tasa de empleo formal de jóvenes con relación a la de los adultos (Alaimo et al. 2015). Por el lado de los trabajadores, dado que los procesos de reclutamiento generalmente ocurren en el sector informal, no hay información oficial acerca de las vacantes, las tareas, las responsabilidades o los beneficios. El tener una escasa cantidad de ofertas -sumado a malos sistemas de protección al desempleo- aumenta los costos de la búsqueda de trabajo para los jóvenes con lo que eventualmente, terminarán aceptando un empleo de peor calidad para el que pueden estar sub, sobre o mal calificados, con salarios y/o beneficios bajo lo esperado. Si a esto se suma la preferencia por mayor liquidez en el presente respecto del pago de contribuciones a la seguridad social en un contexto de bajos salarios, se configura un escenario en que con una alta probabilidad, se producirá un “emparejamiento malo” (Alaimo et al. 2015). Esto explicaría en parte los elevados niveles de rotación e informalidad y la baja productividad de las empresas en la región.

Así, si la situación de los mercados laborales de la región ha sido definida como un “círculo vicioso de la informalidad y la inestabilidad” (Alaimo et al. 2015), dados los antecedentes aquí expuestos, es posible afirmar que en particular, son los jóvenes los que se encuentran en esta situación caracterizada por “inestabilidad laboral, baja inversión en el capital humano de los trabajadores, baja protección ante el desempleo, informalidad y baja productividad (...) (que) atrapa a millones de trabajadores en una situación de pobreza, inequidad, falta de oportunidades, y bajo crecimiento económico” (Ibid.).

3.2.3. Salud y conductas de riesgo

Dado que la salud es condición de posibilidad para la asistencia a centros de estudio y la inserción laboral y, en último término, para la inclusión social, resulta fundamental considerar esta dimensión en los antecedentes de este estudio. Este apartado describirá la situación de los jóvenes desde la perspectiva de la prevalencia de conductas de riesgo y los efectos de éstas sobre su salud. De acuerdo a la definición del [sistema de monitoreo de las conductas de riesgo en jóvenes](#) (YRBSS por sus siglas en inglés) se observarán los comportamientos que conducen a lesiones no intencionales y violencia, conductas sexuales de riesgo que pudieran derivar en embarazo en adolescentes o contagio de enfermedades de transmisión sexual, el consumo de alcohol, de otras sustancias, y el tabaquismo.

Observar la salud es fundamental a la hora de entender el vínculo entre juventud y violencia. La salud es el resultado de condiciones genéticas, pero también se ve afectada por el contexto económico y social de los individuos (Ullmann 2015). En este sentido, es interesante observar, primero, que existe una correlación entre condición social y salud en el sentido que las personas en situación de pobreza o exclusión presentan peores condiciones de salud; segundo, que sociedades más desiguales suelen tener peores indicadores de salud; tercero, que los determinantes específicos que afectan la salud de los jóvenes han estado más bien ausentes tanto de la investigación como del foco de las políticas públicas y; cuarto, que las medidas adoptadas con foco en la salud de los jóvenes tienden a restringirse a ciertas temáticas, no abordando la problemática de manera comprehensiva (Ullmann 2015). Como lo señala Hopenhayn, los jóvenes de la región están "muy saludables por dentro y muy expuestos por fuera (...). Viven el contraste entre buena salud y riesgos sanitarios poco cubiertos (...). Sus problemas de salud van acompañados de estigmas negativos en la sociedad

que los hacen poco acogidos por el sistema de salud" (Hopenhayn 2006).

Las amenazas que pesan sobre la salud de los jóvenes son diferentes de las que afectan la vida de las personas en otros ciclos vitales. En efecto, si bien se enferman menos, son el grupo que enfrenta mayores riesgos asociados a factores exógenos. En el rango de edad que va de los 15 a los 29 años, las lesiones son la principal causa de muerte. Resulta interesante observar que, mientras en el caso de los hombres se trata de lesiones asociadas a la violencia, en el de las mujeres resultan de la exposición a fuerzas de la naturaleza como terremotos, huracanes o inundaciones. La morbilidad, esto es, la prevalencia de enfermedades, es también un fenómeno fuertemente segmentado por género entre la juventud. En efecto, mientras las principales causas de enfermedad entre las mujeres son de orden mental, entre los hombres son las lesiones derivadas de situaciones violentas (Ullmann 2015).

Siendo éste el panorama general, es importante señalar que los patrones de mortalidad y morbilidad presentan una clara segmentación socioeconómica. No solo la pobreza, el hacinamiento o la malnutrición aumentan la exposición a agentes patógenos, la exclusión social puede generar las condiciones para la emergencia de problemas de salud mental o consumo de sustancias a la vez que dificultar el acceso a una atención oportuna. La marginación podría también explicar la prevalencia de ciertas conductas de riesgo entre los jóvenes, esto es, de comportamientos de salud que pudieran derivar en muerte, discapacidad o problemas sociales (YRBSS).

La atención sobre los comportamientos de riesgo importa en tanto su incidencia repercute en la salud de los individuos, pero también en bajas en la productividad y, más generalmente, en un declive en el bienestar individual y colectivo en el corto, mediano y largo plazo (Favara y Sán-

chez 2017). En efecto, muchos de los hábitos adquiridos durante la adolescencia perduran durante la vida adulta, por un lado, y por otro, los efectos de estas conductas sobre la salud en el individuo pueden expresarse años después de haberlos adquirido. Desde la economía, la incidencia en conductas de riesgo se explica como un problema de costos de oportunidad (Favara y Sánchez 2017). Las personas escogerían cometer un crimen o adoptar una conducta riesgosa si la utilidad esperada de esto supera la de las demás opciones como, por ejemplo, trabajar o estudiar. Desde la psicología social, se ha destacado el rol que juegan las habilidades cognitivas en esta ecuación. De acuerdo con esto, a mayor educación, por ejemplo, menor probabilidad de incidir en este tipo de conductas. Más recientemente, se ha vuelto la atención hacia el rol de las habilidades no-cognitivas como la autoestima, la eficacia o las aspiraciones (Favara y Sánchez 2017). La sociología, por su lado, destaca el rol de las condicionantes estructurales y culturales (Briceño-León 2007). De acuerdo con esto, la incidencia en conductas de riesgo no resultaría de una elección racional sino de procesos de socialización temprana o situaciones de exclusión que limitan las oportunidades disponibles. Por último, desde la neurología, se señala que este grupo es particularmente vulnerable a incurrir en este tipo de conductas por características de ciertas regiones del cerebro relacionadas con el auto-control, el razonamiento reflexivo y los comportamientos arriesgados (Chioda 2017).

La juventud latinoamericana muestra una alta incidencia en conductas de riesgo. Respecto del consumo de alcohol, por ejemplo, entre estudiantes de octavo grado, la prevalencia del consumo de alcohol durante el último mes bordea el 30% en varios países, con una tendencia a la baja desde los inicios de la década del 2000 (Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas 2019). Entre los estudiantes universitarios, la prevalencia oscila entre el 30% y el 50% (Ibid.). Estas cifras son preocupantes dado que el consumo de alcohol está aso-

ciado “tanto con la incidencia de enfermedades, como con diversos problemas sociales y guarda una estrecha relación con la violencia doméstica, el abandono y el abuso infantil, la delincuencia y las conductas delictivas afectando no solamente la calidad de vida de quien consume, sino del entorno familiar y social” (Ibid.).

El consumo de marihuana, por otro lado, ha aumentado fuertemente entre los jóvenes de la región. Las tasas de consumo entre estudiantes secundarios aumentaron en 8 de los 11 países para los que se tienen registros (Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas 2019). En países como Chile, el consumo en este grupo pasó de 14,8% en 2001 a 34,2% en 2015 (Ibid.). Entre los estudiantes universitarios se observa una tendencia similar. En Colombia, por ejemplo, el consumo pasó de 11,2% en 2009 a 20,8% en 2016 (Ibid.). Estos aumentos podrían estar relacionados con los cambios en la legislación y la despenalización del consumo de marihuana con fines recreativos o medicinales. De hecho, hay una asociación entre percepción de riesgo del uso ocasional de marihuana y prevalencia del consumo entre los adolescentes por lo que es posible plantear, a modo de hipótesis, que su comercialización como un producto seguro y saludable, podría estar en el origen del aumento en las tasas de consumo.

Las brechas de género en el consumo de sustancias se han ido cerrando con los años. Por otro lado, hay una especificidad de género en la elección de sustancias. Mientras las mujeres jóvenes muestran mayor consumo de tranquilizantes sin prescripción médica que los hombres -lo que está en línea con la prevalencia de enfermedades de salud mental entre las primeras-, entre éstos últimos predomina el consumo de cocaína. En el alcohol y la marihuana, las brechas han tendido a desaparecer (Ibid.).

Respecto de la incidencia de conductas sexuales de riesgo y embarazo en adolescentes, los datos para la

región son poco alentadores. La región tiene la segunda tasa estimada de fecundidad en adolescentes más elevada del mundo, con 66,5 nacimientos por cada 1 000 adolescentes de 15 a 19 años en el período 2010-2015, contra una tasa mundial de 46 (Organización Panamericana de la Salud 2018). Otras fuentes más recientes, sitúan a la región en el primer lugar al medir el porcentaje que representan los embarazos en adolescentes del total de embarazos (16%) (Castro 2020). En algunos de los países esta cifra es aún mayor como Colombia donde alcanza el 18,8% o El Salvador con 18,5% (Ibid.) Este fenómeno afecta desproporcionadamente a las mujeres y, en particular, a las de menores ingresos como consecuencia de las diferencias por quintil de ingresos en la edad de la iniciación sexual y en el uso de anticonceptivos, pero también en las oportunidades disponibles de acceso a condiciones de vida dignas (Ullmann 2015). En efecto, la maternidad temprana aparece como una alternativa biográfica en un contexto de escasas oportunidades y de invisibilidad familiar y social.

El embarazo en adolescentes se asocia con el abandono escolar, la marginación y la transmisión intergeneracional de la pobreza. Pese a una disminución de la tasa de fecundidad a nivel de la población general, entre las adolescentes se ha mantenido constante en el tiempo, lo que implica que el embarazo en adolescentes ha aumentado su peso relativo en la región. Éste se mantiene a un nivel que no se corresponde ni con el nivel de desarrollo económico y social, ni con la etapa de transición demográfica en la que se encuentran estos países (Ullmann 2015).

Una última conducta de riesgo se refiere a la participación en actividades delictivas. Como se mencionara anteriormente, entre los jóvenes y, en particular los hombres, las lesiones por hechos violentos son una de las principales causas de morbilidad y muerte. Esto

está estrechamente relacionado con su participación en grupos organizados en torno a actividades violentas como las pandillas. En promedio, el 30% de los homicidios que ocurren en la región se relaciona con estas organizaciones, contra un 1% en Asia, Europa y Oceanía (CEPAL 2014). Se ahondará más sobre este punto en la sección 3.3.

3.2.4. Cultura y Participación

Como se mencionara anteriormente, la incidencia en conductas de riesgo, desde la economía, resulta cuando el beneficio esperado de incurrir en ellas supera al alternativo de dedicar el tiempo a otras actividades. Frecuentemente, se menciona que la falta de oportunidades de empleo o educación incrementa la incidencia en este tipo de conductas. Sin embargo, existen otras actividades a las que los jóvenes pueden destinar su tiempo: la cultura o la participación en grupos o causas comunes.

Respecto de lo primero, las encuestas muestran que los jóvenes tienen mayor acceso que los adultos a actividades culturales como ir al teatro, conciertos o visitar sitios patrimoniales (Sunkel 2015). Con cierta frecuencia, un 57% lee libros, un 40% ha ido o asiste a un recital de música, 49% ha ido o va al cine, un 73% ve videos, y un 80% escucha música grabada.

En general, predomina entre los jóvenes, la participación en aquellas actividades de carácter privado (ver televisión, escuchar radio, navegar por internet) respecto de aquellas que se realizan en el espacio público (ir al teatro, al cine, visitas a sitios patrimoniales, etc.) (Sunkel 2015). Esto se explicaría por la existencia de barreras económicas, educativas o geográficas, pero también por preferencias en la disposición del tiempo libre (Sunkel 2015, Güell et al. 2011).

Ahora bien, la masificación de las nuevas tecnologías de la información ha abierto el acceso a la cultura digital. Si el estudio de Güell et al. el año 2011 dio cuenta del hecho que la falta de tiempo es la razón que más explica el no consumo de bienes culturales entre los grupos socioeconómicos altos, y la falta de dinero e interés las que más lo explican entre los grupos socioeconómicos bajos, podría suponerse que el uso masivo del internet y los teléfonos celulares entre las nuevas generaciones, haya relativizado estas restricciones. En esto, los jóvenes corren con ventaja. En efecto, ellos han sido definidos como “nativos digitales” en oposición a las generaciones anteriores que son “inmigrantes digitales”. Esto significa que mientras los primeros “han nacido y se han formado utilizando la particular ‘lengua digital’”, los segundos son solo “hablantes competentes en esa segunda lengua” (Piscitelli 2009 en Sunkel 2015).

Así, el 69% de los jóvenes declara usar internet con algún grado de frecuencia contra un 17% en el caso de los adultos mayores (Sunkel 2015). Pese a ser alentadoras, estas cifras siguen ocultando importantes desigualdades tanto entre países (el acceso a internet es mucho mayor en los países del cono sur que en los de Centroamérica) como entre grupos socioeconómicos al interior de los países (Sunkel 2015). En relación a esto, en la actualidad se habla de la “segunda brecha digital” ya que las diferencias no están ya tanto en el acceso como en la capacidad de apropiarse de los contenidos que circulan por internet (OCDE 2010). En este sentido, si bien Novella et al. (2018), señalan que más del 90% de los jóvenes tiene facilidad para usar el celular, las diferencias en el capital económico, social y cultural de las personas en la región, permite suponer que, al menos en cierta medida, las diferencias que se observan a nivel de rendimientos educativos tradicionales en la región, podrían replicarse a nivel de la apropiación de contenidos digitales también.

La diversificación y masificación en el acceso al consumo cultural por la vía digital, tiene importantes consecuen-

cias a nivel de la constitución de la juventud como actor social. Por una parte, cada vez más, las identidades colectivas se construyen en relación a referentes audiovisuales y menos, por ejemplo, a los políticos. Estos referentes “efímeros, diversos y cambiantes” dan origen a “identidades poco consolidadas, fragmentarias, a veces bastante cerradas” (Hopenhayn 2005) que, difícilmente hacen eco otros grupos etarios. De esta manera, señala Hopenhayn (2004), los jóvenes están “más cohesionados hacia adentro, pero más segmentados en grupos heterogéneos y con mayor impermeabilidad hacia afuera” en el sentido que la comunicación con los adultos, por ejemplo, se torna más difícil y tensionada. Por otra parte, el aumento en el “consumo simbólico” (de conocimientos, información, imágenes, entretenimiento, íconos) contrasta con las posibilidades reales del “consumo material” (de bienes y servicios) (Ibid.) que crece a un ritmo mucho menor. Resulta problemática la asimetría entre “expectativas derivadas del acceso al imaginario moderno y las posibilidades efectivas de realizarlas”. Esta “ola de expectativas frustradas” hace de los jóvenes, “candidatos a la desazón o la disrupción” (Hopenhayn 2006).

Una última dimensión de la inclusión social a considerar dice relación con la participación política. Al respecto, los jóvenes de la región muestran una importante desafección de las instituciones políticas tradicionales, ya sea por la vía del voto como de la ocupación de cargos de representación. Según la encuesta Latinobarómetro del año 2013, el 72% de los jóvenes está poco o nada interesado en la política, cifras similares a las de la población adulta (71%) (Maldonado 2015). Sin embargo, son activos protagonistas de movilizaciones y movimientos fuera del ámbito de la política tradicional que con frecuencia logran generar cambios en ésta última. En efecto, por ejemplo, en los casos de Chile y Colombia, si bien son los países donde la participación de los jóvenes en partidos políticos es menor (en torno al 4%), son también los países donde la participación en manifestaciones es mayor (superiores al 35%) (Ibid.).

Así, más que apolíticos, puede hablarse de una generación que rechaza o es indiferente hacia la política formal pero comprometida con una variedad de causas.

En este apartado, se entregó un panorama general de la situación de la región y su juventud. En particular, se

entregaron indicadores respecto de la distribución de oportunidades en ámbitos como el empleo y la educación, así como la incidencia de ciertas conductas de riesgo en este grupo y el uso de su tiempo libre. En la siguiente sección, se ahondará más profundamente en la prevalencia de la violencia en estos países.

3.3. VIOLENCIA EN AMÉRICA LATINA

3.3.1. América Latina: la región más violenta del mundo

América Latina es actualmente la región más violenta del mundo. Según el Estudio Mundial sobre el Homicidio elaborado por UNODC (2019), en la región ocurre el 33% de las muertes causadas por la violencia, pese a tener sólo el 8% de la población mundial. Las estimaciones indican que la magnitud de la violencia es tal, que entre el 2000 y el 2016 más de 2.500.000 de latinoamericanos han muerto en muertes violentas, la mayoría de ellos debido a homicidios intencionales (Muggah y Aguirre 2018).

Ocho países de América Latina superan el nivel de “conflicto” (30 homicidios por cada 100.000 habitantes), según los niveles de violencia definidos por la Organización Mundial de la Salud (OMS). A modo de comparación, en 2012 sólo dos países de África registraron tasas de homicidio por sobre el umbral de conflicto, pese que en esta región algunos países se han encontrado recientemente involucrados en guerras civiles. A esto se suma que el nivel de violencia “endémica” (10 homicidios por cada 100.000 habitantes) parece ser la norma en la región, ubicándose sólo 10 países por debajo de dicho umbral (Chioda 2016).

En promedio, la tasa de homicidios en América Latina es de 17,2 por cada 100.000 habitantes, triplicando la tasa promedio a nivel mundial (6,1 por cada 100.000 habitantes (UNODC 2019). Igualmente, a nivel regional se presenta una realidad bastante heterogénea según país. Durante el 2019, la tasa de homicidios registrada en Venezuela fue 23 veces la de Chile, siendo los países con un mayor y menor nivel de muertes causadas por la violencia en América Latina (con 60,3 y 2,6 homicidios por cada 100.000 habitantes, respectivamente) (InSight Crime 2019).

La tasa de homicidios ha tenido una alta consistencia durante las últimas tres décadas. El promedio de la región entre 1990 y 2016 ha variado entre 14,5 y 16,7 por cada 100.000 habitantes, sin mostrar variaciones significativas (UNODC 2019).

En 2016, 1 de cada 4 homicidios que ocurrieron a nivel mundial, tuvo lugar en Brasil, Colombia, México y Venezuela. Además, 17 de los 20 países y 43 de las 50 ciudades con mayores tasas de homicidio en el mundo, se encuentran en Centroamérica, el Caribe y Sudamérica (Muggah y Aguirre 2018). Se estima que diariamente se

producen 400 homicidios en América Latina, lo que corresponde a 4 homicidios cada 15 minutos (Chioda 2016).

I. Características de la violencia homicida en América Latina

La violencia en América Latina tiene distintas particularidades. Primero, es de naturaleza localizada. Se presenta una alta heterogeneidad en los niveles de violencia no sólo entre países, sino también dentro de cada país a nivel regional, municipal y al interior de cada ciudad. Es así, que es posible distinguir una concentración espacial de la violencia en barrios de las grandes ciudades (Chioda 2016). En más de 141 ciudades latinoamericanas la tasa de homicidios se encuentra por sobre el promedio regional (Muggah y Aguirre 2018).

Durante el año 2019, las capitales de América Latina que registraron mayor número de muertes causadas por la violencia fueron Caracas (76 por cada 100.000 habitantes), San Juan (53,5), Ciudad de Guatemala (42,5), Tegucigalpa (41) y San Salvador (35,3) (Insight Crime 2019). Otras ciudades especialmente afectadas por la violencia son San Pedro Sula (Honduras), Kingston (Jamaica) y

Cali (Colombia) (UNODC 2019). Sin desmedro de esto, durante las últimas décadas se ha producido un desplazamiento de la violencia hacia fuera de las grandes ciudades. Entre 2003 y 2016 los homicidios registraron una caída promedio del 29% en las 17 ciudades más grandes de la región y un aumento del 2% en las tasas nacionales (UNODC 2019).

Una segunda característica de la violencia en la región es su persistencia. La tasa de muertes violentas es un fuerte predictor de la evolución de la violencia en el futuro cercano. En promedio, en la región, cada homicidio adicional en un año determinado predice 0,66 de los homicidios adicionales al año siguiente (Chioda 2016).

Tercero, la naturaleza de los actores involucrados y el predominio de las armas de fuego. Un 26% de los homicidios en la región se vincula con la acción de pandillas o el crimen organizado, siendo este número significativamente mayor que el de Europa o Asia. En tanto, un 11% de las muertes son generadas por robos o hurtos y un 8% por violencia en el espacio íntimo o familias (Krausse, Muggah y Gilgen 2011).

TABLA 1: Homicidios según su origen, por región

	América Latina	Asia	Europa
Pandillas y crimen organizado	26%	14%	6%
Robo y hurto	11%	18%	4%
Violencia íntima y familiar	8%	28%	27%
Otra	35%	31%	38%
Desconocida	21%	9%	23%

Fuente. Krausse, Muggah y Gilgen, 2011

En cuanto a las armas de fuego, la proporción de homicidios en que son la causa de muerte, es considerablemente más alta que el promedio global (32%). En el Caribe las armas de fuego son responsables de un 51% de las muertes violentas, en Sudamérica de un 53% y en Centroamérica de un 67% (Muggah y Aguirre 2018).

II. Las víctimas de la violencia

En América Latina, un 80% de las víctimas de homicidios son hombres (74% a nivel mundial). El predominio masculino es aún mayor en los países del Caribe (83%) y de Sudamérica (88%) (Muggah y Aguirre 2018). Mientras la tasa de homicidios entre hombres es de 31,2 por cada 100.000, entre mujeres es de 3,6 por cada 100.000 (UNODC 2019). En casi todas las edades, los hombres tienen al menos 10 veces más de probabilidades de ser víctimas de homicidio que las mujeres (Chioda 2016).

Por otra parte, las víctimas tienden a ser jóvenes. La mitad de los asesinados en la región tienen entre 15 y 29 años, representando un tremendo costo humano y una considerable pérdida para sus países (Muggah y Aguirre 2018). La tasa estimada de homicidio para los hombres que tienen entre 15 y 29 años se ubica en 64 por cada 100.000 habitantes (UNODC 2019).

Los perfiles de edad de las víctimas y los perpetradores de actos delictivos y de violencia son notablemente estables en cohortes, niveles de ingreso y según tipo de delitos. La “curva de edad y crimen” descrita por la criminología moderna se replica en América Latina. El comportamiento criminal aumenta durante la adolescencia, alcanza un peak en la adultez temprana y luego disminuye progresivamente hacia la vejez. En la región, la victimización por homicidio pasa de una tasa de 2,8 por 100.000 en los adolescentes de entre 10 a 14 años, a 31,1 por cada 100.000 entre los 15 y los 19 años. El riesgo de ser víctima de homicidio alcanza su punto

máximo (48,2 por cada 100.000) entre los 20 y 24 años (Chioda 2014a).

La mayoría de los delitos violentos ocurren cerca de los hogares o vecindarios de las víctimas y de los perpetradores. Según LAPOP, el año 2012, el 53% de las víctimas informaron que el último crimen del que fueron víctima tuvo lugar en su hogar o en su vecindario. A esto se suma el 30% que declara haber sido víctima en algún lugar dentro de su municipio.

III. Pandillas y maras

Se calcula que 54.000 personas en los tres países del Triángulo Norte (Guatemala, Honduras y El Salvador) pertenecen a maras y pandillas (International Crisis Group 2017). Si bien su presencia en la región no es homogénea, las pandillas tienen una presencia muy destacada en la vida cotidiana de los latinoamericanos. Según LAPOP (2012) alrededor de un tercio de la población en América Latina tiene la percepción que su barrio está afectado por las pandillas y el narcotráfico. Dicha percepción es mayor entre los jóvenes (35%) que entre los adultos (31%). Los países en que la percepción de los jóvenes sobre la presencia de pandillas en sus barrios es mayor son República Dominicana (55%), Panamá (43%), Colombia (43%), Ecuador (41%) y Perú (40%).

Pese que no se dispone de datos respecto de la participación de jóvenes en pandillas a nivel regional, como señala la Cepal, “la participación juvenil en distintas formas organizadas de violencia urbana es indudable en la región” (Soto y Trucco 2015). Luego, este fenómeno alimenta el estigma que existe contra los jóvenes. En efecto, la mayoría de los miembros de las pandillas son hombres jóvenes de 20 años promedio (Zuluaga, Sánchez, and Chegwin 2018). “La figura del pandillero parado en una esquina, desafiado de las instituciones en las que por su edad debería estar participando (tradicio-

nalmente, la escuela o el empleo), alimenta el estigma del joven violento que representa una amenaza al orden ciudadano y al proyecto cultural de ciudad, al basar su soberanía en el barrio (Perea 2008)."

Según un estudio realizado por la Organización Panamericana de la Salud (OPS) (2011), el rol y la influencia de la familia sería la principal razón por la que los jóvenes se integrarían a las pandillas. Un 27% considera que los jóvenes se incorporan por falta de orientación de los padres, un 13% por la falta de control de los padres sobre los hijos y un 10% por falta de educación de los padres. Otras razones mencionadas son que quienes se incorporan lo hacen voluntariamente (18%), la precaria situación económica (10%), el ser obligados por los pandilleros (9%) y la falta de oportunidades para los jóvenes (7%). Investigaciones han evidenciado que pasar tiempo en una pandilla durante la infancia y la adolescencia aumenta la probabilidad de participar en el crimen organizado relacionado con el narcotráfico (Chávez 2018).

De acuerdo a una revisión realizada por Rodgers et al. (2016), las investigaciones sobre pandillas en América Latina se han centrado en tres temáticas principalmente. En primer lugar, han demostrado que los lazos sociales entre las pandillas y su comunidad tienden a ser fuertes y organizados, pudiendo dar lugar a formas de "integración perversa" o de "protección funcional de la comunidad". Las pandillas ofrecen un espacio de "inclusión en la exclusión" (CEPAL 2008) que para los jóvenes urbanos de bajos niveles socioeconómicos opera tanto como fuente de oportunidades, o como refugios de supervivencia, en tanto "parecen operar para muchos de sus integrantes como lugar de mínimas seguridades y confianzas (precarias)" (Perea 2008).

En segundo lugar, han vinculado el surgimiento de las pandillas con contextos en los que priman los vacíos gubernamentales que son aprovechados para el desplie-

gue de poderes paralelos. En América Latina y el Caribe, un 35% de los jóvenes tiene la percepción que su barrio está afectado por este tipo de organizaciones (Soto y Trucco 2015) lo que también se relaciona con el hecho que éstas surgen en aquellos barrios de mayor abandono estatal (Cruz 2004) donde las expectativas más chocan con la ausencia de oportunidades laborales, educativas o de usufructo de entornos urbanos seguros y bien conservados.

En tercer lugar, han indagado en el machismo y la construcción de identidades masculinas en las pandillas, considerándolos como espacios en que jóvenes pobres buscan destacar por su hombría y en que la representación de mujeres tiende a resaltar su estatus de objetos sexuales.

Respecto a este último enfoque, se ha indagado en cómo las amenazas a las imágenes propias y la dignidad de las juventudes marginalizadas, producto de la discriminación que experimentan en su vida cotidiana, alimenta una cultura del machismo basada en la valoración de la hombría. Es así que las demostraciones de coraje y los comportamientos violentos que puedan generar miedo en otros, surgen como mecanismos de afirmación frente a otras identidades legitimadas institucionalmente, como la de estudiante o trabajador, que son ajenas a los jóvenes marginalizados (Alarcón 2013). Esta cultura del machismo, asociada a la violencia en el barrio, no se expresa solo en la actividad de las pandillas, sino que atraviesa otras dimensiones de la vida cotidiana, encontrándose fuertemente vinculada a la violencia familiar y la violencia de género. Dicho fenómeno es caracterizado por Auyeri y Berti (2013), como el funcionamiento de cadenas de violencias que conectan la calle y el hogar, la esfera pública y el espacio doméstico.

Pese a que parte importante de las altas tasas de homicidio en la región se vincula con la acción del crimen organizado, su desarticulación no necesariamente genera

una disminución en los niveles de violencia. Esto, pues las altas tasas de homicidio se pueden incrementar aún más en contextos en que estos grupos pierden el control, dando lugar a un vacío de poder sobre los territorios donde realizaban sus acciones (UNODC 2019).

IV. Delitos violentos en las ciudades de América Latina

Actualmente Sudamérica (426 cada 100.000) y Centro América (365 cada 100.000) reportan los mayores niveles de asaltos físicos y robos violentos en el mundo, cuadruplicando la tasa promedio a nivel global (104 cada 100.000) (UNODC 2019). Según LAPOP (2016), un 24% de todos los latinoamericanos fue víctima de un crimen durante el año 2016. Este nivel de victimización es aún mayor en países como Venezuela (40,5%), Perú (33%), México (30,7%) y Ecuador (30,6%). Cabe destacar que todos los países experimentaron alzas en su nivel de victimización entre 2014 y 2016, destacando las experimentadas por Venezuela (+16,1%), Paraguay (+10,9%), Chile (+10,5%) y Costa Rica (+9,6%).

Existe gran variabilidad según país, al indagar en los vínculos entre homicidios y otros tipos de delitos (Vilalta et al. 2016). Mientras en Costa Rica y el Salvador homicidios y otros delitos se comportan de forma similar; en países como México, Colombia, Guatemala, Honduras y Perú siguen tendencias notoriamente distintas. A modo de ejemplo, mientras en México los homicidios han aumentado y otros delitos han disminuido, en Colombia los homicidios presentaron una tendencia a la baja mientras otros delitos aumentaban.

Todo lo anterior repercute en el hecho que América Latina tenga los niveles más altos de miedo e inseguridad en el mundo. Sus habitantes son quienes se sienten menos seguros en sus comunidades, concentrando 5 de los 10 países más inseguros según sus percepciones. Sólo un 14%

de los venezolanos, un 36% de los salvadoreños, un 36% de los dominicanos, un 40% de los peruanos y un 40% de los mexicanos afirma sentirse seguro en su país (Ray 2016).

3.3.2. Costos de la violencia

Si bien la violencia en América Latina tiene su mayor impacto en la cantidad de muertes que se producen cada año, también genera otra serie de efectos que impactan el desarrollo de los países de la región y el bienestar de sus habitantes.

El informe de UNODC (2019) entrega un completo panorama sobre los distintos tipos de costos que trae aparejados la violencia, afirmando que mayores niveles de violencia implican pérdidas para los países y sus ciudadanos en diversos ámbitos.

Por una parte, dificultan la reducción de la pobreza y de la desigualdad. En los países afectados por violencia grave la reducción de la pobreza fue casi un punto porcentual más lento por año que en los países no afectados por la violencia (World Bank 2011).

Luego, tienen un impacto negativo en la escolarización por tres vías: 1) afectan directamente los ingresos de los hogares y modifican el consumo en educación; 2) destruyen el capital físico y crean incertidumbre. Esto afecta la inversión y la producción y en último término el ingreso de las familias que reducen su consumo y recortan las inversiones en educación; 3) impactan la inversión pública en educación: en localidades con mayores tasas de homicidio las transferencias del gobierno destinadas a inversiones en educación y la matriculación escolar son menores. (Barrera y Ibáñez 2004).

Los altos índices de violencia tienen un costo económico y operativo significativo para los servicios de salud de

los países en desarrollo que oscila entre el 2% y el 5% del PIB (Jaitman y otros, 2015; UNODC, 2019). A modo de ejemplo, el Banco Mundial ha estimado que en Brasil los costos en salud directos relacionados con la violencia interpersonal ascienden a \$235 millones y los costos indirectos a \$9.200 millones (World Bank 2009).

Por otra parte, reducen la expectativa de vida. En algunos países de Centroamérica, que han experimentado un acelerado incremento en el nivel de violencia letal durante la última década, la esperanza de vida de los hombres se ha reducido hasta en tres años. A nivel general, el aumento en la tasa de homicidios ha revertido el aumento en la esperanza de vida para los hombres y ha enlentecido el aumento para las mujeres (Aburto et al. 2016).

Ahora bien, el costo sobre la salud de las personas puede observarse también en otros ámbitos como la salud mental. Quienes sobreviven a homicidios o pierden a un familiar o amigo cercano por violencia letal tienen mayor riesgo de sufrir trastorno de estrés postraumático, episodios depresivos mayores y abuso o dependencia de drogas (Zinzow et al. 2009). En tanto, los adolescentes que se encuentran expuestos a violencia no letal tienen mayor probabilidad de verse involucrado en actividades criminales, desarrollar problemas con el alcohol o abuso de drogas, intentar cometer suicidio y sufrir depresión (Turanovic y Pratt 2015).

Otro costo son las dificultades que representan para avanzar hacia una mayor igualdad de género. La violencia hacia las mujeres se retroalimenta con mecanismos de subordinación femenina, tales como: la explotación de las actividades productivas y reproductivas de las mujeres, el control sobre su sexualidad y su capacidad reproductiva y las prácticas culturales que afianzan la situación desigual de las mujeres (UNODC 2019).

La libertad de los ciudadanos latinoamericanos para desplazarse por sus ciudades es otro ámbito que se ve

afectado por los altos niveles de violencia. Según Clark et al. (2013) el porcentaje de latinoamericanos que reporta haber limitado sus desplazamientos a “lugares de recreación” por miedo a ser víctima de un crimen en 2012 varía entre 20% y 59%. En tanto, la proporción de personas que ha limitado sus desplazamientos a lugares de consumo varía entre 17% y 51%. Destacan República Dominicana, El Salvador y Venezuela, como los países en que una mayor proporción de habitantes ha limitado su movilidad por temor a la violencia.

El impacto sobre las instituciones es especialmente fuerte en un contexto como el regional, donde los ciudadanos experimentan una baja confianza hacia ellas pues los altos índices de violencia y criminalidad sobrepasan la capacidad del sistema judicial, debilitan el imperio de la ley y acrecientan la impunidad. Uno de los principales efectos de la persistencia de la violencia en América Latina es la desconfianza hacia las instituciones encargadas de resguardar la seguridad pública. Según los datos del Latinobarómetro (2018), sólo un 35% de los latinoamericanos confía en las fuerzas policiales. Los países en que se tiene menos confianza en la policía son México (19%), Nicaragua (21%) y El Salvador (22%). En tanto, Uruguay (59%), Costa Rica (51%) son los países donde la policía registra mayor confianza ciudadana.

Un 44% de los latinoamericanos considera que la policía está directamente “involucrada en el crimen”. La alta percepción de corrupción se encuentra asociada con mayores niveles de victimización (Muggah y Aguirre 2018). A esto se suma la experiencia del abuso policial. Según la OPS (2011), 1 de cada 3 jóvenes latinoamericanos ha sufrido maltrato o abuso policial.

La crisis de confianza en la policía ha impactado en que los latinoamericanos recurran crecientemente a instituciones privadas para resguardar su seguridad. Se estima

que hay 3,8 millones de guardias privados en la región en comparación a 2,6 millones de oficiales de policía.

Otra institución respecto de la cual se observa una baja confianza por parte de los latinoamericanos es el sistema judicial. De acuerdo a los datos del Latinobarómetro (2018), sólo un 24% de los latinoamericanos confía en el sistema judicial. En 15 países de la región el poder judicial no alcanza a recibir la confianza ni siquiera de un tercio de la población. Los países en que menos confianza recibe son El Salvador (14%), Nicaragua (15%), Perú (16%) y Venezuela (18%). En tanto, los países que más confían en el poder judicial son Costa Rica (49%), Uruguay (39%) y Brasil (33%).

Esta desconfianza se ve acentuada por la percepción de impunidad respecto a los homicidios cometidos en América Latina. Según el informe de UNODC (2019) sólo un 24% de los homicidios termina en condena, siendo una proporción bastante menor que la registrada en Europa (53%) y en Asia (47%).

La sensación de miedo e inseguridad afecta la confianza ciudadana en la legitimidad del conjunto del sistema político. Se ha confirmado que aquellos individuos que reportan bajos niveles de percepción de inseguridad expresan en promedio un 3% más de opiniones favorables respecto a las instituciones políticas que aquellos que tienen una mayor percepción de inseguridad (Muggah y Aguirre 2018).

Finalmente, los altos índices de violencia tienen un impacto duradero en el debilitamiento del crecimiento económico y socavan el desarrollo empresarial. Según las estimaciones desarrolladas por Jaitman (2017) la violencia tuvo un costo promedio por país en 2014 del 3% del PIB. Esto implica, para el conjunto de la región, un costo de \$174.000 millones de dólares, es decir, \$300

dólares por cada habitante de la región. En algunos países, especialmente de Centroamérica, los costos del crimen son el doble del promedio regional. Los costos de la violencia provienen principalmente del gasto público (42%), de costos privados (37%) y de costos sociales producto de la victimización (21%).

El gasto en seguridad ciudadana ha crecido durante los últimos años, alcanzando un total de 6 a 7 mil millones de dólares entre 1998 y 2016. Dicho gasto ha provenido en un 70% de donaciones multilaterales y bilaterales (Muggah y Sbazo 2018). Igualmente, el gasto gubernamental en seguridad pública en los países de América Latina es en promedio dos o tres veces mayor que el de los países desarrollados (Jatman et al. 2015).

Más del 50% de las medidas de seguridad ciudadana desarrolladas en América Latina se ha focalizado en el crimen común. Destacan también las medidas contra el crimen juvenil (23%), por la reducción de la violencia sexual (12%), y por la desarticulación del crimen organizado (12%). Sólo el 7% de las medidas implementadas ha sido sometido a evaluaciones de impacto, dando cuenta de la falta de información que subyace a las políticas de seguridad implementadas en la región (Muggah y Aguirre 2018).

Otro efecto innegable de la violencia en América Latina se observa en el nivel de encarcelamiento. Entre 1995 y 2012 se duplicó la tasa de encarcelamiento en la región, pasando de 101,2 a 218,5 reclusos cada 100.000 habitantes. El mantenimiento de las prisiones cuesta anualmente un 0,2% del PIB a los países de América Latina. Sin embargo, como señala Jaitman (2017), el principal costo económico del encarcelamiento es la pérdida generada por la inactividad de los encarcelados, que ha pasado de \$5.800 millones en 2010 a más de \$8.400 millones en 2014.

3.3.3. La multidimensionalidad de la violencia en América Latina

I. Violencia de género

La violencia no sólo muestra indicadores preocupantes en el espacio público de las ciudades latinoamericanas, sino también en el espacio íntimo y familiar. Según datos de la CEPAL (2019), más de 3.800 mujeres fueron asesinadas por razones de género en el último año, de acuerdo a la información más reciente de 33 países de la región. Esto implica que en promedio ocurren 10,4 femicidios por día en América Latina y el Caribe. La región presenta la segunda mayor tasa de homicidios por razones de género en mundo después de Asia (UNODC 2019).

A nivel mundial, mientras un 19% del total de homicidios tiene como víctimas a mujeres, dicha proporción asciende a un 82% cuando se consideran los homicidios perpetrados por la pareja íntima. Dicha disparidad es aún mayor en América Latina. Mientras en Europa el número de mujeres asesinadas por su pareja es cuatro veces mayor que el de hombres, en América Latina es cinco veces mayor (UNODC 2019).

Debe señalarse que los datos oficiales sobre femicidios presentan problemáticas importantes para establecer comparación entre los países de la región. Según la CEPAL (2019) los principales problemas son que algunos países no consideran como femicidios la totalidad de las muertes perpetradas por sus parejas o ex parejas, que sólo una minoría de países registra las muertes de mujeres transexuales o trabajadoras sexuales, que los registros obedecen a diferentes enfoques conceptuales sobre muertes por razones de género y que es poco frecuente que se registre otra información sobre las mujeres asesinadas (raza, etnia, identidad u orientación sexual, nivel de escolaridad, lugar de residencia, etc.)

Esto se contrapone con la importancia que los latinoamericanos atribuyen a la violencia contra las mujeres y los niños. Al ser preguntados por los tipos de violencia más dañinos, el 65% mencionó la violencia contra las mujeres y el 63% la violencia contra los niños. Dichos porcentajes son más altos que al referirse a la violencia callejera (59%) y a la violencia relacionada con las pandillas o el crimen organizado (51%) (Bachelet 2016).

Respecto a la violencia psicológica, ésta muestra su mayor prevalencia a nivel global en África y en América Latina y el Caribe. En la región, la mitad de los países que cuenta con información, presenta niveles de prevalencia mayores al 40% (UNODC 2019).

Junto a la violencia perpetrada por la pareja en el espacio íntimo, las mujeres enfrentan situaciones violentas en el espacio público. A partir de un estudio realizado en Bogotá, Ciudad de México, Lima y Santiago, Rozas et al. (2015) sostienen que 6 de cada 10 mujeres ha sufrido abuso y/o acoso sexual en el espacio público. La agresión sexual en el transporte público afecta fundamentalmente a mujeres jóvenes y adolescentes, estudiantes y trabajadoras, de estratos medios y medios bajos.

A esto se suma la persistencia de estereotipos de género que sustentan comportamientos violentos. La ONG Oxfam Intermón (2018) preguntó a jóvenes en 8 países de América Latina y el Caribe por afirmaciones como “Si una mujer anda ebria se presta a que un hombre tenga relaciones sexuales con ella, aunque no esté consciente”, encontrando respuestas afirmativas en el 31% de las mujeres y el 40% de los hombres entre los 15 y los 19 años.

II. Violencia en los colegios

Otro espacio en que se expresa la violencia en América Latina, afectando principalmente a niños y adolescentes, es la escuela. Según datos de la UNICEF (2019), a

nivel mundial 1 de cada 3 estudiantes ha sido intimidado por sus compañeros en la escuela al menos una vez en el último mes o ha sido afectado por la violencia física. En América del Sur, el 30,2% de los estudiantes ha sufrido bullying, el 31,3% ha participado en conflictos físicos y el 25,6% ha sido atacado físicamente. En tanto, en América Central y el Caribe un porcentaje menor ha sufrido bullying (25%), pero se registran mayores niveles de participación en conflictos físicos (38,3%) y ataques físicos (33,8%).

Un estudio realizado en 23 países de la región permite indagar el tipo de acoso escolar sufrido por niños, niñas y adolescentes de entre 11 a 17 años. Algunos tipos de agresiones presentan diferencias relevantes según el sexo del estudiante. Mientras las agresiones físicas son más comunes en hombres (20,9%) que en mujeres (8,6%), las burlas por el aspecto físico son más frecuentes en mujeres (23,5%) que en hombres (14,1%). En tanto, otras agresiones tienen prevalencias similares para hombres y mujeres, como las burlas sexuales (12,2% y 11,4%, respectivamente), las burlas por la raza (10,7% y 8,3%), el ser apartados de actividades grupales (4,7% y 5,3%) o las burlas por la religión (4,2% y 3,4%) (Inostroza y Trucco 2017).

Lo anterior es confirmado por los datos de UNESCO (2019). Mientras que el bullying físico es el tipo de acoso más frecuente para los estudiantes hombres (13,6% en Sudamérica y 23,9% en América Central y el Caribe), para las estudiantes mujeres es el bullying sexual (9,4% en Sudamérica y 11,3% en América Central y el Caribe).

La preocupación por la violencia entre estudiantes en el contexto escolar también es manifestada por los profesores. Según datos de la UNESCO (2013), en promedio, más del 40% de los docentes en la región ha percibido situaciones en que “un estudiante le pegó a otro, lo insultó o se amenazaron”. En tanto, las situaciones de

violencia entre estudiantes y docentes presentan menor prevalencia. Pese a ello, un 16% de los docentes señala que se dan situaciones de violencia de estudiantes hacia profesores.

Finalmente, el entorno en que se insertan las escuelas también es un escenario de situaciones de violencia que pueden afectar a los estudiantes. De acuerdo a la UNESCO (2013), un 52% de los directores y un 46% de las familias considera que es probable o muy probable que ocurran robos en el entorno de la escuela. Datos similares se identifican respecto a la venta o consumo de drogas, siendo considerado como probable por un 46% de los directores y un 34% de las familias.

III. Violencia basada en la orientación sexual y la identidad de género

Una situación de violencia que afecta especialmente a la juventud es la violencia basada en la orientación sexual y la identidad de género. La mayoría de los estados latinoamericanos no recopila información sobre violencia contra personas lesbianas, gays, bisexuales, transgénero e intersexuales (LGBTI). La Corte Interamericana de Derechos Humanos (2015) emitió un monitoreo sobre asesinatos y otros actos graves de violencia contra personas LGBTI entre enero del 2013 y marzo del 2014. En esos 15 meses fue posible identificar 770 actos de violencia contra personas LGBTI, de los cuales 594 tuvieron como resultado la muerte de la persona afectada. El 80% de las 282 personas transgénero asesinadas tenía 35 años o menos al momento de su muerte. Igualmente, muchos casos de violencia contra personas LGBTI no se denuncian por el temor a represalias o por la falta de confianza en el sistema judicial.

Más recientemente, un informe elaborado por la Red Regional de Información sobre Violencias LGBTI en América Latina y el Caribe (2019) da cuenta de 1292 homi-

cidios de personas LGBTI en nueve países de la región entre enero de 2014 y junio de 2019. La mayoría de las víctimas son hombres gays y mujeres transgénero, con edades entre los 18 y los 25 años. Los lugares más peligrosos para las personas LGBTI son la calle y el hogar, habiéndose encontrado el 80% de los cuerpos de quienes fueron asesinados en el espacio abierto (principalmente mujeres transgénero) y los domicilios particulares (principalmente hombres gays). El informe no incorpora la información de Brasil, que podría alcanzar los 1.650 homicidios por razón de orientación sexual e identidad de género en los últimos 5 años.

3.3.4. Discriminación y estigmatización hacia la juventud

No existen muchos datos respecto de estos temas a nivel regional. Según Latinobarómetro 2015, en América Latina, una proporción importante de jóvenes de 16 a 29 años declara sentirse parte de un grupo discriminado. Los países con una mayor prevalencia de este fenómeno son Chile (28% de los jóvenes se siente discriminado), Brasil (20%) y México (20%). Les sigue Paraguay (13%), El Salvador (12%), Colombia (11%) y Uruguay (11%).

En cuanto a los motivos por los que los jóvenes de 16 a 29 años declaran haberse sentido discriminados, destacan la apariencia física o la forma de vestir, con un 24% de las menciones, la edad (11%), la pertenencia étnica (10%), el lugar donde viven (10%), la clase social (9%), el sexo (8%), aspectos ligados a la educación (8%), la orientación política o religiosa (6%), la orientación sexual o identidad de género (2%) y la discapacidad o enfermedad (2%) (CEPAL 2019).

De acuerdo a LAPOP (2012), la cohorte de edad más joven (25 años o menos) se encuentra mucho más propensa a sufrir discriminación que la cohorte de 46 años o más.

La discriminación es mayor para las personas que viven en entornos urbanos que para quienes habitan en zonas rurales. Así también, quienes tienen piel más oscura reportan sufrir mayor discriminación en comparación a las personas que tienen un color de piel más claro.

Por último, la CEPAL (2019) entrega una caracterización de los ámbitos en los cuales los jóvenes de 16 a 29 años declaran haberse sentido discriminados. Los principales lugares mencionados son “en el trabajo o en un centro educativo” (28%) y “en el espacio público (22%)”. Otros ámbitos mencionados son el “entorno familiar y/o con amistades” (9%) y “en servicios públicos” (4%).

3.3.5. Facilitadores de la violencia

Por último, Soto y Trucco (2015), han identificado factores facilitadores de la violencia en la juventud. La desigualdad, por ejemplo, ha demostrado tener una asociación más clara con la violencia que la pobreza. Aquí, resulta clave el punto que señalan los autores. La frustración en el cumplimiento de las expectativas de esta generación, en distintos ámbitos –educacionales, laborales, de consumo– podrían ser un mecanismo que gatillara conductas violentas.

Un segundo facilitador serían las secuelas de conflictos civiles, ya sea por la herencia de una cultura de la violencia o por el porte y el nivel de circulación de armas entre la población con posterioridad al conflicto

Un tercer factor sería el narcotráfico y el conjunto de situaciones violentas que se desarrollan a su alrededor, tanto entre bandas como en enfrentamientos con las autoridades.

Los procesos migratorios y las deportaciones también son mencionados como un factor que pudiera estar en

el origen del surgimiento de situaciones violentas. Las pandillas en muchos países centroamericanos, señalan los autores, tendrían su origen en la segregación de la que fueron objeto, jóvenes de esos países al migrar a Estados Unidos. Las pandillas o maras replicarían a nivel local, la organización que se dieron estos jóvenes en los Estados Unidos, para contrarrestar de forma violenta la exclusión social de que eran objeto” (Ibid.). En la actualidad, los jóvenes enfrentan el riesgo de verse expuestos a situaciones violentas al migrar, ya sea en el propio proceso migratorio, como abuso por parte de empleadores en el país de destino, como marginalización o discriminación, o en el caso de las mujeres, como violencia sexual.

La violencia intrafamiliar es también un factor de riesgo en tanto existiría una “transmisión intergeneracional del maltrato familiar” (Ibid.).

La estigmatización de la juventud en el imaginario colectivo y en los medios de comunicación, como potenciales amenazas y como signos de violencia reforzaría procesos de exclusión social y de falta de oportunidades, favoreciendo mecanismos de integración a través de grupos o comportamientos violentos.

Por último, la desafiliación institucional –como exclusión del sistema educacional o el mercado laboral, espacios de inclusión social por excelencia- impacta en una mayor exposición a factores de riesgo de violencia y exclusión social según estos autores.

A modo de síntesis, puede señalarse que los antecedentes expuestos dan cuenta de un panorama dual para los jóvenes en la región. Por una parte, enfrentan oportunidades inéditas para estudiar, mejorar su calidad de vida, acceder a la cultura, las comunicaciones y el consumo. Por otro lado, enfrentan desafíos también sin precedentes. Un mercado laboral flexible y competitivo que no ofrece las mismas certezas que antaño y cuyo funcionamiento de despliega en sociedades desiguales y polarizadas. Una región violenta es el escenario donde los jóvenes de hoy buscan lograr posiciones de inclusión social que les permitan acceder a los frutos del desarrollo de sus países. Cómo se verá en el siguiente apartado, esto supone un desafío para la cohesión social en la región. La violencia, al limitar las oportunidades de individuos o grupos, atenta contra los principios de sentido de pertenencia, por una parte, y contra la eficacia de las instituciones para resolver las brechas sociales que pudieran alterar la convivencia, por otra.



NOTAS CONCEPTUALES

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

4. NOTAS CONCEPTUALES

En el siguiente apartado se relevarán algunos conceptos clave que permiten enmarcar y estructurar el análisis de los datos. En relación a lo primero, se sostiene que la problemática acerca de la relación entre juventud y violencia en América Latina y el Caribe se inscribe en el contexto más general de sociedades con una baja cohesión social y que, por ende, deben tenerse en consideración las principales características que asume este fenómeno en la región. Es interesante el abordaje desde el concepto de cohesión social porque, como se verá, éste hace interactuar condiciones objetivas respecto de la capacidad institucional para reducir brechas sociales, con la valoración que los individuos hacen de este actuar, para explicar el funcionamiento de una sociedad. Los datos que se presentan en este informe, justamente informan acerca de estas brechas –en este caso, la incapacidad institucional para terminar con la violencia en todas sus

formas- desde la perspectiva subjetiva de los actores -en este caso, de los jóvenes-. Se muestra cómo éstas van determinando sus opciones biográficas y cómo impactan sobre su adhesión a ciertas normas y valores o su “sentido de pertenencia”, sus comportamientos –más o menos “institucionalizados”- y su percepción acerca de conceptos como la justicia o la igualdad de oportunidades. En este sentido, este trabajo puede constituir un insumo importante para el debate acerca de la cohesión social en la región.

Sin desmedro de esto, no se trata de un informe acerca de la cohesión social. El concepto estará en el trasfondo del análisis más no será un eje estructurante. Por lo mismo, se ofrecen algunas claves para la comprensión de la problemática sin la intención de ahondar en la discusión teórica que existe en torno al concepto.

4.1. APROXIMACIONES CONCEPTUALES A LA VIOLENCIA²

4.1.1. Definición

La Organización Mundial de la Salud (2002) define la violencia como el uso deliberado de la fuerza física o del poder, ya sea como amenaza o mediante un uso efectivo, contra uno

mismo, otra persona o un colectivo, pudiendo ser de naturaleza física, sexual, psicológica o basados en la desatención y las privaciones. Es así, que resulta posible distinguir entre violencia autoinflingida, interpersonal y colectiva de acuerdo a quien perpetúa el acto de violencia.

Por su parte, Galtung (1990) diferencia entre tres tipos de violencia según los actores y la forma que asuma. Por

-
2

La sección 4.1 está basada en Soto y Trucco (2015)

una parte, la violencia directa, que es observable y se concreta mediante actos físicos que buscan dañar a una persona o a una colectividad. La violencia estructural, que corresponde a las desigualdades estructurales de la sociedad y que implican la exclusión de ciertos grupos, al dificultar su acceso a la alimentación, empleo, salud, vivienda, seguridad social. Finalmente, la violencia cultural o simbólica, que implica la reproducción de un sistema de pensamiento legitimador de las desigualdades sociales, ya sea trastocando los criterios bajo los que se juzga la violencia o invisibilizando las prácticas violentas.

Cabe señalar que, según Galtung (1990), estos tres tipos de violencia deniegan a individuos o a colectivos distintas necesidades básicas. Estas necesidades pueden ser de sobrevivencia (negación: muerte), de bienestar (negación: miseria), de identidad (negación: alienación) y de libertad (negación: represión).

La OMS, por su parte, viene a complementar la definición anterior al identificar los ámbitos donde ocurre y las posibles consecuencias de la violencia identificando la violencia

“autoinflingida”, la “interpersonal” y la “colectiva”. De acuerdo a este modelo, los factores que aumentarían el riesgo de cometer o padecer actos violentos se clasificarían en cuatro niveles: “factores biológicos y de la historia personal que influyen en el comportamiento de los individuos y aumentan sus probabilidades de convertirse en víctimas o perpetradores de actos violentos” (Soto y Trucco 2015); relaciones cercanas, como las mantenidas con la familia, los amigos, las parejas y los compañeros; contextos donde se desarrollan las relaciones sociales, como las escuelas, los lugares de trabajo y el barrio y; factores de carácter general relativos a la estructura de la sociedad “que contribuyen a crear un clima donde se alienta o se inhibe la violencia” (Ibid.) como la “reafirmación de la dominación masculina sobre las mujeres [o] las políticas, económicas, educativas y sociales que contribuyen a mantener las desigualdades económicas o sociales entre los grupos de la sociedad” (OMS 2002 en Soto y Trucco 2015).

A partir de ambos enfoques Soto y Trucco (2015), proponen la siguiente síntesis que tipifica las distintas manifestaciones de la violencia:

CUADRO 1: Tipos de violencia de acuerdo a Soto y Trucco (2015)

		AUTOINFLIGIDA	INTERPERSONAL	COLECTIVA
TIPOLOGÍA DE GALTUNG	> DIRECTA	Autolesiones y suicidio	Agresiones físicas o psicológicas en el contexto familiar, de o hacia la pareja o amistades cercanas	Agresiones físicas o psicológicas hacia compañeros de escuela (acoso o matonaje escolar y ciberacoso), vecinos, autoridades o pandillas
	> ESTRUCTURAL	Autoexclusión	Discriminación en el ámbito familiar o cercano por características adscritas (por ejemplo, filiación a grupos minoritarios)	Exclusión social
	> CULTURAL/SIMBÓLICA	Baja autoestima	Exclusión asociada a conceptos arraigados en la cultura (por ejemplo, roles tradicionales de género)	Estigmatización

Este esquema servirá de base para el análisis de los datos en la presente investigación. Sin embargo, se proponen ciertas modificaciones como se observa en la siguiente figura:

CUADRO 2: Propuesta de tipos de violencia

QUIÉN	> ESTADO/ INSTITUCIONES	Violencia colectiva (violencia policial, pandillas, narcotráfico)	Discriminación en el acceso a oportunidades (educativas, laborales, servicios, etc.)	Discursos legitimadores de la violencia en todas sus formas
	> OTROS INDIVIDUOS	Violencia directa en los hogares, en las escuelas, los trabajos, la calle, transporte, etc.	Discriminación en los lugares de trabajo, las familias, las escuelas, etc.	Estigmatización
	> PROPIO INDIVIDUO	Conductas de riesgo (participación en ilícitos, consumo de sustancias, sexualidad desprotegida)	Autoexclusión	Baja autoestima
		VIOLENCIA FÍSICA	VIOLENCIA ESTRUCTURAL	VIOLENCIA SIMBÓLICA
		CÓMO		

Fuente: Elaboración propia a partir de Soto y Trucco 2015

La conceptualización que se propone aquí sobre la violencia, introduce tres novedades principales respecto de la propuesta por Soto y Trucco (2015). Primero, una definición más amplia de la violencia física ejercida por el propio individuo contra sí mismo puesto que, se plantea, ésta abarca todas las conductas que atenten en contra del bienestar físico del individuo, más allá de las autolesiones y el suicidio. En este estudio, esta forma de violencia se

definirá como *conductas de riesgo* e incluyen el consumo de drogas, la sexualidad riesgosa, entre otras.

Segundo, la inclusión del Estado como agente activo en la comisión de hechos violentos. El modelo de Soto y Trucco (2015) identifica la violencia colectiva pero no explicita el rol del Estado. En el modelo propuesto, en lugar de violencia colectiva, se hablará de aquella que es

ejercida por el Estado o por otras instituciones, sean éstas formales o informales (el mercado del trabajo o el sistema bancario, pero también las pandillas, por ejemplo). Luego, la forma simbólica que asume la violencia cuando es ejercida en este nivel, es la de la reproducción de los discursos que legitiman la exclusión de ciertos grupos sobre la base de categorías culturales (el género, la etnia, la nacionalidad, la edad, etc.) y, más generalmente, que legitiman la violencia ejercida contra un colectivo o sus miembros en todas sus formas. Referencias desde la política o los medios de comunicación hacia, por ejemplo, los jóvenes como un grupo violento, o los inmigrantes como “gente que viene a robar el trabajo”, son manifestaciones de la violencia en este nivel. Estos discursos permean la sociedad por distintos mecanismos, como las políticas públicas o los textos escolares, por mencionar algunos.

Tercero, una redefinición del concepto de “estigmatización” no ya como una forma de violencia simbólica estatal o institucional, sino interpersonal.

En este punto, resulta conveniente detenerse en la distinción entre estigmatización y discriminación.

Diversas investigaciones han enfatizado en la importancia que poseen los procesos culturales como base de legitimación de todas las formas de violencia. Constituyen el sustento normativo de la desigualdad y, por ende, de la exclusión social de grupos. De dicha forma, se ha planteado que procesos culturales median entre los procesos cognitivos a nivel micro y el control de recursos materiales y no-materiales a nivel macro, dando origen a desigualdades materiales y simbólicas. Tales procesos culturales operarían a dos niveles, primeramente, identificando a los individuos para ser categorizados en distintos grupos; posteriormente, racionalizando dichas diferencias, lo que impacta en una mayor o menor probabilidad de acceder a distintas oportunidades (Lamont y Small 2008; Lamont et al. 2014).

El nexo entre el componente cultural de la desigualdad y los mecanismos de exclusión social, que se encuentra en el origen de manifestaciones de violencia, corresponde a la categoría de estatus. El estatus contribuye a estabilizar las desigualdades de recursos y de poder, en base a diferencias en la estima y el respeto, generando distinciones grupales respecto a quién es “mejor” (más estimado y más competente) (Ridgeway 2013). De dicha forma, esta diferenciación cultural se convierte en el fundamento sobre la que determinados grupos sociales enfrentan discriminación, dificultades para acceder a la estructura de oportunidades, menores recursos económicos, menor capital social, entre otros (Lamont y Small 2008).

A partir de esto, la estigmatización refiere a las experiencias subjetivas en que a determinados grupos sociales no se les trata con respeto, producto que se les asigna un menor estatus, lo que afecta su dignidad, su honor y su auto-percepción (Lamont et al. 2016). Por tanto, la estigmatización correspondería a una manifestación de violencia cultural, expresada a través de la internalización de patrones de diferenciación que asignan un menor estatus a ciertos colectivos.

La experiencia de la estigmatización puede darse como sobre-escrutinio, falta de comprensión y falta de respeto (Lamont et al. 2016). El primero, refiere a cuando el individuo es vigilado más atentamente en los espacios en que interactúa con otras personas. El segundo, a cuando el individuo se enfrenta a que su interpretación de las situaciones no sea validada. Por último, la falta de respeto implica que el individuo se ve relegado a posiciones de menor prestigio en sus espacios de interacción, lo que redundaría en que reciba un peor trato.

Las respuestas a la estigmatización adquieren características particulares en contextos de neoliberalismo, según sostienen Lamont et al. (2013). En dichos contextos, las respuestas de los grupos estigmatizados tienden a en-

fatizar la autosuficiencia y la autonomía (vinculadas con la individualización y la privatización del riesgo), la competitividad y los logros educativos y económicos, y la afirmación del estatus social a través del consumo. Estas respuestas alternativas pueden promover la competencia con los miembros de otros grupos estigmatizados y debilitar las respuestas colectivas, como movimientos sociales y movilización política. También pueden promover la autoculpabilidad por el fracaso: es lo que en la matriz se llamó baja autoestima.

Respecto de la discriminación, en línea con la definición de Lamont et al. (2016), se definirá como las experiencias en que determinados grupos sociales se ven imposibilitados o dificultados para acceder a oportunidades o recursos sociales, producto de su pertenencia a un colectivo determinado.

Sobre las causas de la discriminación, se distinguen las explicaciones que destacan las causas estructurales, organizacionales e intrapsíquicas.

A un nivel estructural, la particularidad de la discriminación es que opera desde las instituciones como el mercado de trabajo, la vivienda, el crédito y el consumo o el acceso al espacio público, entre otros (Lamont

et al. 2016). Por esto, la discriminación desempeña un rol sumamente relevante en la preservación de las desigualdades, contribuyendo a afianzar procesos de cierre social, esto es la maximización de la ventaja de ciertos grupos sociales a través de la restricción del acceso a recursos o privilegios, a otros grupos.

A nivel organizacional, la discriminación ocurre cuando los individuos reciben desde una organización, un trato desigual debido a su pertenencia a algún grupo social. Esto puede originarse en un conjunto de reglas y procedimientos organizacionales que explícitamente desfavorecen a determinados grupos sociales respecto a otros o bien, por decisiones o procesos organizacionales que sin tener un contenido discriminatorio explícito, provocan como consecuencia el reforzamiento de desventajas grupales (Quillian 2006).

A nivel intrapsíquico, la discriminación ocurre cuando es un individuo, quien limita o priva a otro grupo (o persona) del acceso a recursos u oportunidades. Cuando es ejercida por el individuo en contra de sí mismo, se ha denominado "autoexclusión" (Soto y Trucco 2015): el individuo se priva del acceso a oportunidades en virtud de ciertas creencias negativas en contra de sí mismo (por ejemplo, creer que no lo merece, que no es capaz, etc.).

4.2. COHESIÓN SOCIAL

La cohesión social es una cualidad colectiva y corresponde al sentido de comunidad existente en una sociedad y a la solidaridad manifestada entre sus miembros. La investigación sobre cohesión social ha coincidido en tres aspectos principales: es una característica de la sociedad (no de sus individuos por separado), se manifiesta en diferentes grados (hay sociedades más y menos cohesionadas) y es un constructo multidimensional (Dragolov et al. 2013).

Dentro de este marco, hay distintas definiciones de cohesión social. El presente estudio retoma la planteada por la CEPAL (2010a), y la comprende como la capacidad de las instituciones para reducir de modo sostenible las brechas sociales con apoyo ciudadano (o sentido de pertenencia). De dicho modo, la cohesión social deriva de un marco de referencia compuesto por tres pilares: las brechas sociales y la capacidad institucional —los

componentes objetivos de la cohesión social— y el apoyo ciudadano o sentido de pertenencia —el componente subjetivo—. El concepto de cohesión social conjuga

entonces mecanismos objetivos con comportamientos y valoraciones de los sujetos respecto a ellos.

RECUADRO: LAS DIMENSIONES DE LA COHESIÓN SOCIAL



BRECHAS SOCIALES

corresponden a la medida en que la población de un país o de un grupo de países se ve afectada por la falta de acceso a derechos básicos y por la desigualdad de oportunidades. Considera indicadores relativos a la pobreza y los ingresos, el empleo, la protección social, la educación, la salud, el consumo, el acceso a servicios y la brecha digital.



CAPACIDAD INSTITUCIONAL

refiere a cómo el funcionamiento de distintos ámbitos institucionales puede atenuar o acrecentar, tanto directa como indirectamente, las brechas sociales. Por ello, engloba indicadores respecto al sistema democrático, el Estado de derecho, las políticas públicas, la economía y el mercado, y la familia.



SENTIDO DE PERTENENCIA

corresponde al grado de adhesión y confianza ciudadana respecto al sistema político y al ordenamiento socioeconómico y a la calidad de los vínculos entre personas y grupos sociales. Por ende, engloba indicadores sobre el apoyo al sistema democrático, la confianza en las instituciones, las evaluaciones y expectativas económicas, las percepciones de desigualdad y de conflicto social, y el apoyo a iniciativas institucionales para reducir brechas sociales.

El indagar en el componente subjetivo de la cohesión social permite comprender cómo ésta se manifiesta en sociedades diversas y complejas como las actuales (Dragolov et al. 2013). En particular, en las sociedades contemporáneas una menor desigualdad material, una mayor homogeneidad cultural, étnica o religiosa, o un mayor consenso valórico, no son garantía de una mayor cohesión social. Por una parte, la cohesión social se vincularía más a la percepción de justicia antes que a indicadores objetivos de igualdad social. Pese a que ambos aspectos estarían vinculados, pueden existir sociedades similarmente desiguales en que se manifiesta mayor o menor cohesión social. Por otra parte, sociedades cultural o valóricamente más homogéneas, no poseen necesariamente una mayor cohesión social, pues pueden sustentarse en la exclusión de grupos minoritarios. Es así, que las sociedades más cohesionadas serían aquellas que han podido desarrollar mecanismos de inclusión

social que no sólo aceptan la diversidad de identidades y estilos de vida, sino que los consideran una fortaleza para la sociedad en su conjunto.

Al abordar la situación específica de América Latina, se observa que mejoras sostenidas en indicadores objetivos de cohesión social como el acceso a servicios básicos, matrícula educativa y de salud, coexisten con la persistencia de la pobreza y de la extrema pobreza y a una muy mala distribución del ingreso. Dicha asincronía, al fortalecer la percepción de injusticia, termina impactando negativamente sobre la cohesión social, debilitando el sentido de pertenencia (Hoppenhayn 2008).

En el apartado de antecedentes de este informe se describieron algunas de las amenazas en el frente “objetivo” de la cohesión social: la persistencia de la desigualdad, la vulnerabilidad de los sectores medios y el

debilitamiento del trabajo como eje de integración social (Tókmán 2007) entre otros y, en el caso específico de los jóvenes, la promesa incumplida de la educación, las dificultades para insertarse en el mercado laboral o la disociación entre el acceso a bienes simbólicos y bienes materiales, por nombrar algunos.

El análisis de los datos cualitativos, buscará aportar información acerca de las amenazas en el frente subjetivo. Desde la literatura se señala que uno de los principales fenómenos que amenaza la cohesión social es la discriminación de ciertos grupos, su exclusión o trato diferenciado en términos de sus oportunidades de desarrollo (Székely 2006, Dragolov et al. 2013), o el otorgamiento de un estatus de ciudadanía incompleto (Sojo y Uthoff 2009). Ahora bien, como sostienen Sorj y Martucelli (2008), los análisis sobre cohesión social, orientados por la oposición incluidos/excluidos, generalmente consideran sólo los mecanismos institucionales de integración (principalmente las políticas sociales y el trabajo). Este estudio retoma la necesidad de indagar en las dinámicas de otros ámbitos de solidaridad o de pertenencia que cumplen un rol

central para la cohesión social. Por lo mismo, como amenazas al componente subjetivo de la cohesión social se considerará también la mayor individuación y su impacto sobre los vínculos sociales. De este modo, la dimensión de “sentido de pertenencia” de la cohesión social estaría tensionada tanto por la exclusión de ciertos grupos como por la desintegración de redes informales que, en América Latina, cumplen un rol central en la intermediación entre el individuo y el mercado o el Estado.

Si bien Dragolov et al. utilizan una definición diferente de la cohesión como “la solidaridad exhibida por los miembros de una sociedad” (Ibid.), su modelo de aproximación es de utilidad a la hora de comprender la dimensión subjetiva de la definición que se propone este informe o lo que se ha denominado el “sentido de pertenencia”. De acuerdo con esto, deben observarse las relaciones horizontales, las percepciones acerca del funcionamiento de las instituciones y la solidaridad en un marco de respeto de las reglas vigentes. La siguiente matriz revela cuales son las nueve dimensiones de la cohesión social identificadas por estos autores:

TABLA 2: Las dimensiones de la cohesión social y sus principios orientadores

Dominio	Dimensión	
RELACIONES SOCIALES QUE CREAN cohesión a través de una red de relaciones horizontales entre individuos y grupos sociales de todo tipo, caracterizada por la confianza y que permite la diversidad.	REDES SOCIALES	Las personas tienen redes sociales fuertes y resistentes
	CONFIANZA EN LAS PERSONAS	Las personas tienen un alto nivel de confianza en los otros
	ACEPTACIÓN DE LA DIVERSIDAD	Las personas aceptan a los individuos con otros valores y estilos de vida como iguales
CONECTIVIDAD QUE PROMUEVE la cohesión a través de una identificación positiva con el país, un alto nivel de confianza en sus instituciones y una percepción de que las condiciones sociales son justas.	IDENTIFICACIÓN	Las personas se sienten fuertemente vinculadas e identificadas con su país
	CONFIANZA EN LAS INSTITUCIONES	Las personas tienen un alto nivel de confianza en las instituciones sociales y políticas
	PERCEPCIÓN DE JUSTICIA	Las personas consideran que los bienes sociales son justamente distribuidos y que están siendo tratadas de forma justa

Dominio	Dimensión	
<p>LA ORIENTACIÓN HACIA EL BIEN COMÚN promueve la cohesión a través de acciones y actitudes que ayudan a los débiles, están en consonancia con las reglas de la sociedad y organizan a la sociedad de forma colaborativa.</p>	<p>SOLIDARIDAD Y DISPOSICIÓN A AYUDAR</p>	<p>Las personas se sienten responsables por los otros y se muestran dispuestos a ayudarlos</p>
	<p>RESPECTO POR LAS REGLAS SOCIALES</p>	<p>Las personas se rigen por las reglas fundamentales de la sociedad</p>
	<p>PARTICIPACIÓN CÍVICA</p>	<p>Las personas participan en la vida social y política y se involucran en las discusiones públicas</p>

Fuente: Dragolov et al. 2015

En conclusión, es, en la falta de un “sentido de pertenencia” donde se sugiere, se intersectan los conceptos de violencia y cohesión social.

La “falta de sentido de pertenencia” según Soto y Trucco (2015) es causa pero también consecuencia de la violencia. Es una causa porque la falta de referentes valóricos o de vida institucionalizados puede llevar a la búsqueda de referentes en otros espacios, pero también consecuencia, porque puede ser la ausencia de lazos sociales efectivos la que lleve a una desafiliación respecto de las normas y reglas de convivencia sociales.

Este análisis busca ir más allá de los referentes valóricos o la ausencia de lazos sociales. Puede plantearse que la incapacidad institucional para resolver brechas, la exclusión de ciertos grupos o el debilitamiento de los lazos de confianza, todos fenómenos que resultan de la violencia en todas sus formas, debilita el sentido de pertenencia, en este caso, de los jóvenes respecto de sus sociedades pues el resultado de esta incapacidad es su marginación de los beneficios que otorga el pertenecer a esa comunidad. Esto, a su vez, atenta contra su voluntad por participar de ellas en un marco de respeto de las reglas vigentes, afectando a su vez la cohesión social. Así, la violencia puede entenderse como la expresión de un déficit de cohesión social y, a la vez, como debilitándola.

5.

METODOLOGÍA

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

5. METODOLOGÍA

5.1. MUESTRA Y PAUTA

Los datos con los que se cuenta para este estudio corresponden a los de los grupos focales realizados en el marco del proyecto “Millennials en América Latina y el Caribe: ¿trabajar o estudiar?”. Estos grupos se realizaron desde fines del año 2017 hasta mediados del año 2018 en México, El Salvador, Haití, Colombia, Chile, Uruguay, Paraguay y Brasil.

Cada uno de los equipos de investigación local que participó de este proyecto, organizó el estudio cualitativo según sus capacidades. En algunos casos, dentro de los propios equipos se contaba con un experto en estudios cualitativos que organizó los grupos focales, moderó y/o analizó los datos. En otros casos, se contrató a consultoras para que se hicieran cargo del estudio completo o de una parte del mismo, dependiendo nuevamente de las capacidades de cada equipo. En todos los casos, la moderación y el análisis fueron realizados por personas con experiencia y formación en estudios cualitativos.

Los criterios para el muestreo fueron propuestos por un consultor experto contratado por Espacio Público con el fin de asesorar en el diseño del componente cualitativo de la investigación. Luego fueron acordados con todos los equipos en una reunión sostenida para ello. Éstos fueron comunes a todos los países, sin desmedro de lo cual, algunos optaron por hacer grupos adicionales con

el fin de indagar en aspectos específicos de interés para la realidad local. Algo similar ocurrió con la pauta que guió las entrevistas. Ésta también fue propuesta por el experto y acordada con los equipos. Tuvo un tronco común a todos los grupos y algunas secciones le fueron agregadas en función de los intereses específicos de cada país. En total se realizaron 63 grupos.

La muestra se diseñó con el fin de establecer diferencias en tres ejes. Primero, entre distintos tramos etarios. Se buscó, dentro de los rangos de edad que se habían definido para el estudio (15 a 24 años), escuchar a los jóvenes que se encontraban en momentos los más diferentes posibles en relación a la transición escuela-trabajo. Para esto, se definieron tres rangos de edad. Los del grupo más joven, entre 15 y 17 años, estaban terminando la secundaria y por lo tanto prontamente se enfrentarían a esta transición. El segundo tramo lo conformaron los jóvenes de entre 18 y 19 años pues eran quienes estaban viviendo en ese momento, la transición. El tercer tramo lo conformaron los jóvenes de entre 23 y 24 años. Ellos eran los que probablemente llevarían más tiempo dentro del mercado laboral y, por ende, los que mayor perspectiva tendrían para analizar cómo había sido en su caso, la transición. De esta manera, se buscó maximizar los momentos de vida que podían ser capturados en los datos respecto del tema que motivaba la investigación en curso.

Un segundo eje para la conformación de la muestra, fue la ocupación principal de los jóvenes como proxy de su grado de inclusión social. Así, la muestra se dividió entre los jóvenes que se encontraban, al momento de la entrevista, haciendo aquello que institucionalmente se esperaba estuvieran haciendo, y aquellos cuya actividad principal era una distinta de aquella que institucionalmente, correspondía dada su edad. De esta manera, hubo grupos de jóvenes en “trayectorias típicas”³ (cuya actividad principal era asistir a la escuela en el caso de los más jóvenes, estar terminando o habiéndola terminado recientemente en el caso del grupo de edad intermedia, y concluyendo estudios terciarios o trabajando formalmente tras haberlos concluido en el grupo de los de mayor edad) y grupos de jóvenes en “trayectorias atípicas” (cuya actividad principal no era asistir a la escuela en el caso de los más jóvenes, no era estar terminando o haberla terminado recientemente en el caso de los grupos de edad intermedia, y no estaban concluyendo estudios terciarios o trabajando formalmente tras haberlos concluido, en los grupos de los de mayor edad). El objetivo de dividir la muestra según trayectorias era indagar en cuales eran los factores que estaban tras la deserción escolar o el alejamiento del mercado laboral formal. En otras palabras, se buscaba entender por qué jóvenes de perfiles socioeconómicos similares, tenían trayectorias educativo laborales tan disimiles, manteniéndose unos dentro de los sistemas formales y otros no.

Finalmente, un tercer eje para estructurar la muestra fue el sexo. Idealmente, se hubiera querido hacer grupos de hombres y mujeres por separado para cada rango etáreo y tipo de trayectoria. Sin embargo, atendiendo a la restricción de recursos, se privilegió hacer grupos solo de mujeres y solo de hombres en el caso de las trayectorias atípicas, mientras que para las trayectorias típicas se aceptaron grupos mixtos. Esto, porque se planteó a modo de hipótesis, que las razones por las que las mujeres y los hombres se alejaban de los cursos de vida que llamamos “típicos” eran muy diferentes entre si, en tanto que las razones que explicaban por qué ciertos jóvenes lograban mantenerse dentro de estos cursos no iban a diferir tanto entre los sexos. La sobrerrepresentación de las mujeres en el grupo de los nini (una forma de “trayectoria atípica”) y el interés de la investigación en esta problemática, justificó que, en caso de contarse con recursos para hacer grupos de hombres y mujeres en “trayectorias atípicas” por separado, se privilegiaran los de mujeres.

Todos los jóvenes del estudio, pertenecían a los dos primeros quintiles de ingreso de sus países pues el foco del estudio estaba puesto en jóvenes vulnerables.

De esta manera, la muestra “teórica” –se reitera que cada país hizo algunos ajustes a la misma respetando siempre los 4 criterios de muestreo- fue la siguiente:

–
3

Esos fueron los nombres que se usaron durante el diseño de la investigación. A medida que el estudio fue avanzando fue quedando en evidencia que los términos no eran reflejo de la realidad.

TABLA 3: Conformación de la muestra teórica

	Trayectoria	Edad	Actividad principal	Sexo
1	Típica	Últimos dos años de educación obligatoria (15-18 años)	Solo Estudiando	Mixtos
2	Atípica	Últimos dos años de educación obligatoria (15-18 años)	Otra cosa (No estudiante): - Trabajando - Buscando trabajo - Trabajo Doméstico (Maternidad, Paternidad, Cuidado) - Estudia de una manera no estándar (educación vespertina) - Estudia y trabaja todos los días (no se dedica solo al estudio)	Mujer
3	Típica	2 años siguientes tras término de la educación obligatoria (18-20 años)	Estudiando: -Estudia en educación terciaria -Estudia en la educación terciaria y trabaja (incluye carreras vespertinas, estudios a distancia, capacitaciones (siempre y cuando tenga un contrato de trabajo) - Estudia en la educación terciaria y busca trabajo	Mixtos
4	Atípica	2 años siguientes tras término de la educación obligatoria (18-20 años)	No estudia: -Trabaja o busca trabajo y no estudia -Trabajo doméstico -Otra cosa	Mujer
5	Típica	23-24 años	-Terminando sus estudios de educación terciaria -Trabajando o buscando trabajo siempre y cuando se hayan graduado de la educación terciaria	Mixtos
6	Atípica	23-24 años	Desertores de educación terciaria -Nunca ingresaron a la educación terciaria -Trabajan sin título o grado de educación terciaria -Trabajo doméstico -No trabajan ni estudian	Mujer

Fuente: Novella et al. 2018

Los equipos que decidieron contratar a una consultora para el estudio, contactaron a los participantes a partir de las bases de datos que manejan éstas (Chile). Una segunda estrategia para el reclutamiento, fue a partir de la información de contacto que se tenía de los jóvenes que

habían contestado la encuesta aplicada en el marco del mismo proyecto de investigación “Millennials en América Latina y el Caribe: ¿trabajar o estudiar?” (Colombia, Paraguay, Haití, Brasil) o a partir de las bases de datos de otras encuestas (Uruguay). En otros casos, los equipos estable-

cieron contacto con alcaldías o con ONGs que estuvieran realizando trabajos en barrios vulnerables, para contactar a los participantes. En estos casos, el reclutamiento siguió una estrategia de bola de nieve, especialmente en el caso de los jóvenes en trayectorias “atípicas” (El Salvador, México) pues no había como llegar a ellos a través de instituciones formales como las escuelas.

La pauta, por su parte, estaba organizada en torno al tema de las aspiraciones de los jóvenes y los soportes con que contaban para realizarlas. Así, estaba dividida en tres momentos. Un primer momento de apertura, donde se le pedía a los jóvenes que describieran un día de su vida y se les preguntaba sobre cómo era para un joven, vivir en su país. A continuación, se les pedía que, en una tarjeta, escribieran qué les gustaría estar haciendo en 10 años más (se daba a modo de ejemplo, en que les gustaría estar trabajando, cuánto les gustaría estar ganando). Cada uno exponía lo que había escrito y se

conversaba sobre eso. Luego se discutía acerca de los soportes o apoyos con qué contaban para realizar esas aspiraciones y acerca de qué tan probable creían que era que llegaran a cumplirlas.

Como puede verse, esta pauta buscaba indagar acerca de los proyectos educativo-laborales de los jóvenes y de las estrategias que empleaban para llevarlos a cabo. Ahora bien, a lo largo de las entrevistas, fue frecuente que emergiera el tema de la violencia en sus distintas manifestaciones. De ahí surge la idea de hacer esta segunda lectura de los datos en torno a ese eje de análisis. Sin embargo, y dado que la pauta no fue concebida con ese fin originalmente, no en todos los grupos se trató el tema ni en todos los países emergió con la misma intensidad. Por lo mismo, como se verá en el análisis, hay temáticas que son transversales, pero otras que refieren a la realidad específica de algún país. Esto se va a ir señalando cuando corresponda.

5.2. ANÁLISIS

Los grupos focales fueron grabados y transcritos. Para el análisis, se utilizaron las citas verbatim. Se utilizó el software Nvivo y se trabajó a partir de un análisis de contenido cualitativo (Schrier 2016). A partir de esto, se elaboró un marco de codificación en dos etapas. La lectura de todos los grupos inspiró una primera propuesta de códigos. Luego de la construcción del marco conceptual, éstos fueron complementados con los códigos que emergieron de la definición que se propuso de violencia. Del proceso de definición de los códigos participaron ambos autores. La codificación estuvo a cargo de una asistente de investigación.

El análisis buscó revelar las experiencias de violencia de los jóvenes en distintos ámbitos. Con esto en mente, los

datos se ordenaron siguiendo una forma matricial de doble entrada siguiendo la definición teórica de los tipos de violencia: según el tipo de violencia y según el ámbito o espacio de relación donde ocurría. De este modo, hubo que tomar una decisión acerca de si organizar el análisis desde una u otra entrada, como un relato acerca de los distintos tipos de violencia y los ámbitos donde ocurrían o lo contrario, como un relato que describía los espacios relacionales donde los jóvenes se desenvolvían e inscribían sus aspiraciones, y las formas específicas que asumía la violencia en cada uno de ellos. Se optó por esta segunda alternativa pues esto permite poner el énfasis en la vida de los jóvenes y cómo la violencia los afecta más que en la violencia y la forma específica que asume en el caso de los jóvenes.



HALLAZGOS

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

6. HALLAZGOS

A partir de lo planteado en la sección anterior, y siguiendo la estructura de la pauta de entrevistas, los datos quedaron organizados en tres secciones. Primero, la visión de país de los jóvenes, la ciudad y su barrio. En este apartado, emerge con especial importancia la amenaza de la violencia física. Segundo, sus experiencias y aspiraciones educativas y laborales. Aquí, el tema central, es la violencia estructural como discriminación en el acceso a oportunidades. Tercero, la familia y el espacio de la intimidad. Aquí se ve cómo las formas que asume la violencia en el espacio público, permean

también la vida privada. Estos tres temas emergieron directamente de los tres momentos que estructuraron la pauta que guió la conversación: la descripción de un día de su vida cotidiana, sus aspiraciones a futuro y los soportes con que contaban para ello. En los tres ámbitos, se buscó revelar experiencias de violencia física, estructural, y simbólica –ésta última, como se verá, es transversal a todos ámbitos y está menos claramente, circunscrita a uno de ellos - ordenando las vivencias de manera de relevar la importancia que los propios jóvenes le fueron atribuyendo.

6.1. ¿CÓMO ES PARA UN JOVEN COMO TÚ VIVIR EN...?

6.1.1. Mi país

En general, los jóvenes sienten orgullo de sus países. Destacan entre sus potenciales, sus recursos, la diversidad de su naturaleza, y la riqueza cultural. Las características de sus habitantes es uno de los aspectos más mencionados. Se sienten orgullosos de pertenecer a sociedades que han desarrollado fortalezas para afrontar las dificultades que enfrentan. Los jóvenes afirman que la gente en sus países “no se rinde fácil”, caracterizándola como personas trabajadoras y luchadoras. Además, la precariedad

que caracteriza a la vida cotidiana de una amplia proporción de las sociedades latinoamericanas, propiciaría el desarrollo de una cultura solidaria entre sus habitantes.

“Bueno, para mí, a nivel de Colombia es todo el tema de diversidad, que realmente uno encuentra de todo, o sea, en comidas, en climas, en absolutamente todo respecto a otros países por la perspectiva que uno ve, eso es ventaja, la naturaleza.” (Colombia, mixto, 22-24 años. Trayectoria típica)

“Somos un país tan vasto naturalmente o sea la riqueza natural que permite que existan tantas culturas y que se adapten realmente al lugar donde viven, o sea tenemos muchos recursos realmente.” (México, Mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“La gente aquí en el país es trabajadora siempre se rebusca por salir adelante por lograr metas, sueños siempre buscan una ayuda o buscan sostener a su familia aunque no tenga los recursos y yo creo que la gente es trabajadora, aunque no hay trabajo [...] siempre decidimos salir adelante.” (El Salvador, mixto, 18-20 años. Trayectoria atípica).

Sin desmedro de estos aspectos positivos, los jóvenes consideran que, en la actualidad, sus países se encontrarían en una situación crítica. “País de contrastes”, “país deficiente”, “país ignorante”, “país mediocre”, son algunos de los calificativos que usan para describirlos. Las problemáticas sociales que enfrentan sus países son las que los llevan a manifestar dichos juicios, principalmente la desigualdad, la inseguridad, la desconfianza, los problemas económicos y la conflictividad social.

“Moderadora: ¿Cómo es para ustedes vivir en Chile?

P4: ¿Ahora? Yo encuentro que está peor ahora de como estaba antes y lo digo sinceramente.

Moderadora: ¿En qué sentido?

P4: En todo sentido.” (Chile, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“Por qué contraste, porque al final en este país a un lado podemos ver casas hermosas, con arquitectura bellísima, pero enfrente hay casas que se están cayendo, podemos ver iniciativas buenas para que se desarrolle este país, pero por otro lado podemos ver iniciativas fantasmas que lo único que hacen es sacar fondos de las arcas públicas, podemos ver

gente que es de buen corazón y que le devuelve la cartera a la persona que se le cayó, o gente que se la queda entonces nuestro país es así, una es de cal y otra es de arena.” (El Salvador, mixto, 19-20 años. Trayectoria típica)

En gran medida, este discurso de contrastes en relación a sus países, refleja una representación dicotómica entre lo que es lo originario (sus recursos naturales, sus pueblos ancestrales, el mundo rural, la resiliencia de su gente) y que se valora positivamente, y todo lo que ha resultado del tipo desarrollo seguido, y que se valora de manera negativa. Esto se expresa, por ejemplo, en que lo malo está generalmente asociado a la vida en la ciudad y sus problemas como el estrés, la falta de tiempo, el exceso de trabajo, a la economía y a la política.

“Yo vengo de Los Ángeles, y sí. Por ejemplo acá uno cruza la calle y poco menos te tiran pa’ que crucís el semáforo...Sí, allá uno camina...” (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Siento que otra ventaja que tiene el país es que todavía no estamos tan por así decirlo urbanizados, o sea, todavía hay bastantes zonas rurales y no es tanto por el hecho de que sean rurales sino que todavía se puede salvar la naturaleza por ejemplo.” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria típica)

En la mirada negativa sobre sus países, lo más mencionado, es la situación económica. Las recurrentes crisis que los afectan son percibidas como un obstáculo relevante para el logro de sus aspiraciones personales, asociándolas con una sensación de frecuente inestabilidad. Esto se atribuye, en parte, a la pertenencia de sus países al “tercer mundo”. Los jóvenes presentan una mirada crítica respecto a los efectos de la dependencia económica, considerando a la globalización como un obstáculo para el desarrollo de los mismos. Ésta tiene efectos

sobre su vida cotidiana como es, por ejemplo, la falta de trabajo debido a la importación de ciertos productos, el creciente costo de la vida y los bajos sueldos.

“La economía ahorita está muy pesada acá en Colombia, todo subió, o sea, está mal [...] el sueldo de una sola persona no alcanza, ahorita Colombia está muy mal económicamente, o sea, pesado económicamente.” (Colombia, mixto, 22-24 años. Trayectoria típica)

“Pues como desventaja principal depender de otros países para mí desde mi punto de vista depender de otros países es una desventaja.” (El Salvador, hombres, 16-17 años. Trayectoria atípica).

Un segundo aspecto que destaca en el origen de la crisis de sus países, es la inseguridad, la amenaza constante de la violencia física. Existe la percepción que ésta es una característica de los países latinoamericanos que son calificados como lugares inseguros para vivir. La inseguridad se expresa en variados niveles, yendo desde la posibilidad de ser asaltados a la desaparición por ser secuestrados, desde el acoso callejero a la violencia sexual, el bullying en las escuelas y el acoso laboral. A esto se suma la desconfianza en actores que debieran asegurar una mayor seguridad, como la policía. En algunos grupos, y en particular entre las mujeres, la inseguridad aparece mencionada como la primera característica a mencionar de su país.

“México es un país hermoso, antes que nada, pero pues como todo tiene sus cosas malas no?... ahorita estamos viviendo mucho la inseguridad... ya no podemos estar seguros de en quién confiar no?... entre policías, entre pues nuestra misma, pues... la sociedad no?... y pues a veces es, se siente la inseguridad al momento de salir ya no podemos estar tan tranquilos.” (México, mixto, 17-22 años. Trayectoria típica)

“Para la mayoría de jóvenes, hoy en día, a vivir acá en el país, es andar con temor, de peligros que suceden a nuestro alrededor, en donde quiera que andemos, porque, o sea, nunca sabemos que nos puede pasar en un transporte colectivo, ahí andamos o en los lugares a los que vamos, nunca estamos tranquilos siempre andamos con ese temor de que algo puede pasar.” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria típica).

Cabe señalar, que existen variaciones en los discursos según la situación del país. Los que provienen de países que presentan una situación económica más estable o menores niveles de violencia son conscientes que pese a experimentar complejidades en sus vidas cotidianas, son menores a las que se viven en otros países. Los que, por el contrario, provienen de países con mayores dificultades, sienten la situación de su país como una carga que los inmoviliza para el logro de sus propios objetivos.

“Lo que está pasando en Venezuela, lo que pasa en Cuba, y por qué está llegando tanto inmigrante al país, debe ser porque Chile está bien po’.” (Chile, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

“Estoy a la espera por la coyuntura del país. Quedarse sin hacer nada no es una opción, queremos profundizar nuestros estudios. Sin embargo, no pudimos hacer más dada la situación actual. Estamos esperando el momento favorable para ver qué podemos hacer. Por el momento no hay nada más que hacer que quedarse a la espera.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica)

Ellos, como jóvenes, se sienten particularmente perjudicados por la situación económica de sus países pues se enfrentan a un contexto de pocas oportunidades justo en el momento en que les toca insertarse social y laboralmente. Si bien valoran las libertades que tienen para

hacer lo que quieran, son críticos respecto de las oportunidades que se les ofrece para catalizar esa libertad en mejoras efectivas de sus estándares de vida. Denuncian tener dificultades para acceder y mantenerse en el sistema educativo y el mercado laboral, para obtener salarios que les permitan costear sus gastos y con esto, realizar sus deseos de independencia. Todas estas experiencias cotidianas dan forma a un discurso que sostiene que “el país no tiene nada que ofrecernos”.

“Es difícil para un joven salir de su casa y ser independiente de sus padres, quitarle ese peso de encima a sus padres. Incluso de conseguir un trabajo, viene el problema del precio de las cosas.” (Brasil, mixto, 19-21. Trayectoria atípica)

“Imagínese que encuentra ya un empleo que es el único que encontró y gana súper poco, la verdad es que no le va a servir para nada, va a tener que trabajar el doble, el triple, para mantenerse a él, a su hijo, y si quiere vivir solo.” (Chile, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Para mi es una burla, para mi realmente mi país no tiene ninguna ventaja para los jóvenes, por lo menos ninguna que yo vea.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica)

“Hay tantas desventajas que ya no da tiempo de ver si hay alguna ventaja.” (Paraguay, mujeres, 16-17 años. Trayectoria atípica)

Se sienten abandonados por el Estado. Generalmente no conocen instituciones cuya función prioritaria sea ayudar a los jóvenes y perciben que sus demandas son poco escuchadas en la toma de decisiones políticas. Es transversal el cuestionamiento a la política institucional, expresando un claro descontento hacia sus instituciones, representantes y en general, a sus democracias. Sin

desmedro de ello, manifiestan una alta valoración por la participación cívica, limítense ésta al voto o en sus formas más amplias, declarando con frecuencia sentir la necesidad de ayudar a sus países lo que, muchas veces, se traduce en iniciativas solidarias.

“Por eso es que seguimos siendo un país subdesarrollado en muchos aspectos, e inclusive en la parte política pues bueno, realmente no, creo que no existe una verdadera democracia todavía en el país, no tenemos una democracia, está siendo una democracia maquillada.” (México, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“El joven mexicano no sólo es esa idea tradicional de que joven es andar en las fiestas, de andar perdiendo el tiempo o andar haciéndose como que hace y no hace nada, sino también es esa capacidad de cambiar, de innovar, de aportar, de modificar cosas que ya están viejas por cosas nuevas.” (México, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

En este escenario, los discursos apuntan a la idea que los jóvenes no serían reconocidos, ni sus países les otorgarían la importancia y el lugar que merecen. El reconocimiento, la inclusión se juegan entonces en un plano más individual. En esta lucha, donde los atributos personales resultan clave ante la falta de un apoyo institucional, habrían los que perseverarían y otros que desistirían, renunciando de plano a la búsqueda de oportunidades o bien optando por otras vías de aprobación e inclusión, al margen de la legalidad, como la participación en pandillas.

“Este país no tiene propuestas interesante para los jóvenes, un joven depende su forma de ser trate de rebuscarse si no hay ninguna forma que los puedan apoyar o capacitar, un joven lo único que va a buscar es meterse como dicen ellos a un grupo, lo más fácil, pueden obtener dinero, comida, no

hay oportunidades estamos fregados.” (El Salvador, hombres, 23-24 años. Trayectoria típica)”

“Para mi, el país te vuelve perezoso, no hay nada que puedas hacer realmente. Imagínate que en un momento eres un joven terminando sus estudios, que desea entrar a la universidad pero no puede. Todos los días se parecen, después de la ducha no hay nada más que hacer que esperar a la hora de acostarse. La rutina te cansa y después te vuelve perezoso, nada más.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica)

“Olvidados por la falta de oportunidades, porque a menudo estamos allí pero parecen ser ciegos. Es como si fueras invisible. Lo olvidado no es porque seas pobre, no, es difícil para todos. Es como si fueras invisible. Estoy allí intentando, pero nadie apuesta por mí, nadie me cree.” (Brasil, mujeres, 22-24 años. Trayectoria atípica)

La pobreza y la desigualdad son experiencias cotidianas para muchos jóvenes en la región. El “no tener dinero” es una problemática recurrente para ellos y sus familias. La precariedad del trabajo, los bajos sueldos que no alcanzan para vivir y la percepción que se trabaja solo para pagar las cuentas, son transversales al relato. Respecto a la desigualdad, la juventud califica a los países latinoamericanos como sociedades con importantes brechas económicas. Esto se manifiesta tanto en la debilidad que caracteriza a los servicios públicos en sus países –es especial la salud– como en la desigual distribución de oportunidades entre ricos y pobres. Son frecuentes las afirmaciones respecto a que “el dinero lo compra todo” y a que es imposible acceder a un buen nivel de vida si no se paga por él.

“La desigualdad económica como el elemento principal por el cual surge cualquier tipo de

desigualdad y donde está sustentada la violencia, donde se sostiene la violencia, donde tiene que ver quién tiene el poder y quién no tiene el poder, quién controla a la población y quién no la controla. Si la gente es libre o no es libre.” (México, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

En esta dicotomía entre la valoración de sus países y la percepción que el desarrollo ha sido a espaldas de ellos, se enfrentan visiones opuestas respecto de la migración. Este es un tema que aparece de manera recurrente al preguntarle a los jóvenes por la situación de sus países. Por una parte, está la aspiración de irse a estudiar fuera, para así alcanzar un mejor nivel de vida al regresar o de migrar e instalarse definitivamente en otro lugar, pues son pocas las ventajas en seguir viviendo en el país donde nacieron. Por otro lado, está la idea que ir a buscar oportunidades a otras partes va en desmedro del desarrollo de su país el que, en gran medida, depende de ellos mismos, los jóvenes.

“Yo siento que la mayoría aquí quiere viajar a otro país, emigrar, eso se da más que todo por la falta de empleo que hay aquí porque aquí uno va a la universidad y todo eso pero quieren con experiencia y uno no nace aprendido pero por eso es que buscan irse a otro país porque allá si vas a carwash o a barrer ganan bien...ganan un poco más.” (El Salvador, hombres, 15-17 años. Trayectoria típica)

“Hoy en día, muchos jóvenes que conozco tienen la idea de salir de Brasil. Las oportunidades aquí se están cerrando. Es un deseo muy fuerte el de salir de aquí.” (Brasil, mixto, 22-24 años. Trayectoria típica)

“El país es un país mediocre, no es desarrollado entonces como nosotros los Salvadoreños nos vamos a desarrollar si tenemos esa mentalidad, no nos vamos a desarrollar en otro país e ir a darle

empleo a otro país, porque no nos desarrollamos aquí en nuestro país, y generamos más ingresos para que el país se levante...” (El Salvador, hombres, 15-17 años. Trayectoria típica)

A modo de síntesis de este apartado, puede decirse que, si bien los jóvenes perciben que sus países cuentan con muchos recursos, las recurrentes crisis económicas, la situación de dependencia respecto de otros países así como la violencia estructural que, en virtud del abandono del que han sido objeto por parte del Estado, los mantiene en una posición de vulnerabilidad frente los vaivenes del desarrollo, han configurado un escenario de pocas oportunidades para ellos. Muchos incluso, consideran la opción de emigrar como una alternativa a esta situación. En el siguiente apartado, se muestra que, al preguntarles más específicamente por sus vidas cotidianas, emerge con mayor claridad la violencia física y simbólica como un obstáculo para realizar las aspiraciones que se proponen.

6.1.2. Mi ciudad y mi barrio

Mientras las virtudes que los jóvenes atribuyen a sus países remiten a representaciones idealizadas de los mismos, su vivencia cotidiana está circunscrita a la ciudad y el barrio, y asume un tono más experiencial. Al respecto, se observan dos discursos contradictorios: por una parte, se comprende al barrio como un ámbito de apoyo y pertenencia; por otra, se concibe como un lugar de inseguridad que podría obstaculizar el surgimiento personal.

Los jóvenes identifican al barrio como un ámbito de pertenencia principalmente por la posibilidad de generar redes de apoyo. En relación a este punto, se observan importantes diferencias por género. Mientras las mujeres construyen su identidad de barrio en relación a la pertenencia a una comunidad de cuidado conformado por vecinos o familiares, los hombres desarrollan un sen-

tido de barrio que se ancla en grupos de pares. El barrio en este sentido, representa un lugar de pertenencia y por lo mismo de seguridad, independientemente de las condiciones objetivas del mismo.

“Pues allá la ventaja es que la seguridad de los niños es que uno los puede dejar ahí, ellos salen así sean chiquiticos así como mi hijo, y andan por ahí y no les pasa nada y toda la gente los cuida.” (Colombia, mujeres, 22-24 años. Trayectoria atípica)

“Nosotros que somos de Apopa, podemos darnos la libertad de andar en las calles porque somos de Apopa y aquí en Apopa, o sea, que ya no se puede andar sino son de acá sólo con miedo, en cambio nosotros sí que somos ciudadanos de acá.” (El Salvador, mixto, 23 24 años. Trayectoria típica)

El narcotráfico ha venido a romper este principio que asociaba la pertenencia al barrio con la seguridad, afectando su “sentido de pertenencia” como dimensión de la cohesión social. El consumo y tráfico de drogas, generan distintas situaciones de violencia. Especialmente en los sectores de mayor pobreza, los jóvenes sienten temor al transitar por las calles, sobre todo durante las noches. El barrio se ha vuelto un lugar inseguro. Han visto cómo sus vecinos y amigos se han ido sumando a grupos ligados a la violencia y con frecuencia, en virtud de la territorialidad de las pandillas, terminan ellos mismos abandonando ciertas oportunidades relevantes en otras zonas de la ciudad –como el trabajo o el estudio– para preservar su integridad personal por miedo a moverse por el barrio (o por otros).

V: Hacía mi casa la mayoría son mantenidos por sus padres, pero porque consumen drogas.

V: Hacia mi casa también se consume crack, en cada esquina se te ofrece.

C: ¿Es así?

V: Sí, eso es lo que más se ve.
 R: Sí hay muchísimo en todos lados.
 C: ¿Por qué creen que pasa eso?
 V: porque no tienen nada que hacer.
 (Paraguay, mixto, 15-17 años. Trayectoria atípica).

¿Cuáles son las dificultades con las que se encuentran los jóvenes como ustedes para lograr...?
 P4: las drogas
 P3: Las drogas, yo creo más que nada.
 P5: Las malas juntas.
 P4: las malas juntas también.
 (Chile, hombres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

“En mi colonia está relajado, pero pues también ya se desataron los robos en la calle, pero lo que hicieron los vecinos fue poner alarmas. De hecho, ya van como cuatro asaltos en la calle y ya los vecinos salen con sus machetes porque quieren agarrar al ratero para lincharlo.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica)

“A mí me toca viajar verdad, creo que a la mayoría pero vamos con ese miedo todos los días creo que enfrentamos ese miedo de que nos pase algo en el microbús, nos asalte alguien que incluso ahora ya se ven hasta los secuestros ese es el día de cada uno de nosotros que vamos con un miedo de que nos pueda pasar algo en el transcurso del camino.” (El Salvador, mujeres, 19-20 años. Trayectoria típica)

“Me contó que había ido y que al día siguiente le salieron unos muchachos⁴ ahí y le dijeron que no lo querían ver por ahí, entonces ya dejó de trabajar por eso no quiso exponerse a que le fuera a pasar algo, cómo joven quizás nosotros no andamos en malos pasos o cosas así y queremos superarnos pero como la falta de oportunidades económicamente no se puede.” (El Salvador, trayectoria atípica, 18-20 años. Mixto)

El barrio puede representar también un peligro en el sentido que representa el riesgo constante de terminar ellos mismos participando de actividades ilícitas. Muchos de sus conocidos no encontraron otra opción más que sumarse a éstas con el fin de obtener cierta seguridad, ingresos o un grupo al que pertenecer. La mayoría declara querer abandonar sus barrios –y con estos sus lazos sociales más significativos– para encontrar mayor tranquilidad.

“O sea porque le dice “tengo dos opciones o me voy de la casa o me hago pandillero” eso es lo que simple y sencillamente le dicen los bichos⁵ de hoy “mira la única solución que hay aquí es que te metas con nosotros y aquí todos te van a tratar bien y nada te van a hacer nadie te va a voltear a ver mal.” (El Salvador, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Me crié allá en la población y pucha las cosas no son tan bonitas [...] allá tenía que andar con un palo, tenía que salir con un palo de la casa sino te cogotean, los hueones [...] te miran feo así, al tiro con las pistolas aquí y no es la mano, y quiero cambiar mi tipo de vida.” (Chile, hombres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

“Yo no viviría aquí en busca de una tranquilidad y una mejor calidad de vida, ya que acá se vive uno con el miedo, con el pensar de que algo le va a pasar si voy a tal colonia o si veo mal a una persona,

–
4
Muchachos se refiere a los pandilleros

–
5
Bichos se refiere a los pandilleros

hay demasiadas dificultades, entonces si yo si me iría del municipio.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

La relación de los jóvenes con las pandillas muestra cómo interactúa la violencia estructural, reflejada en la exclusión social, con la violencia física directa en los sectores más marginalizados de las sociedades latinoamericanas. Por una parte, los jóvenes consideran que el accionar de las pandillas puede ser un obstáculo muy relevante para el logro de sus objetivos, pero, simultáneamente, la incorporación a las pandillas ofrece expectativas de mejores condiciones materiales de vida para aquellos jóvenes que se encuentran en una situación de exclusión social más grave. Para las mujeres, a la expectativa de dejar el barrio en busca de mayor tranquilidad, se suma la de buscar una alternativa para sus hijos quienes, de otro modo, con una alta probabilidad terminarán participando de alguna pandilla.

“Mire, de lo mismo que nada fregando él, acuérdesse que ahí en las cosas de las pandillas ellos compran sus cosas, ellos lo calzan, ellos lo visten...” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“Los traficantes de pastillas me conocían caleta porque yo igual en su tiempo necesité plata y les hice sus favores.” (Chile, hombres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

“si porque yo tengo los dos varones y ella también tiene varón, entonces yo para mis hijos yo no quiero eso (...) el mío me dice que si tiene un sueño, el más grande, a él le gusta jugar también, ya lo he metido a un torneo por lo menos por él ganaron esta vez y él bien contento.” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica).

Si bien su experiencia cotidiana suele estar circunscrita al barrio, más allá de sus fronteras, la segregación urbana estaría en el origen de la transformación de la ciudad en un espacio inseguro. Si los barrios han sido corrompidos por el narcotráfico, la ciudad se ha vuelto peligrosa porque en otras zonas son juzgados, estigmatizados y eventualmente, maltratados, por venir de donde vienen. No es solo el barrio, es el espacio público el que se ha vuelto inseguro.

“Mucha discriminación cuando uno sale hacia otros lados, por ejemplo, no sé uno va quiere ir a las Condes, a uno al tiro lo siguen. Lo fichan los guardias. A parte como te ven te tratan. Uno puede estar bien vestido y todo y lo miran.” (Chile, hombres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“Uno entiende que Ciudad Bolívar es un barrio muy peligroso, entonces si usted viene de allá, usted puede ser ladrón. Entonces a veces no le dan trabajo a uno porque creen que uno se va a coger las cosas...” (Colombia, mujeres, 22-24 años. Trayectoria atípica)

Por otra parte, perciben que la delincuencia en las calles se ha incrementado durante el último tiempo. Esto afecta a los jóvenes de dos formas: por una parte, están más expuestos a ser víctimas y, por otra, en virtud de su aumento, serían cada vez más estigmatizados y tratados como un potencial peligro.

“A nosotros los de Iztapalapa nos tienen tachados como que somos de lo peor, te dicen ‘ah, ¿vienes de Iztapalapa? Entonces agarro mis cosas porque no me vayas a robar’ o me ‘cuido de ti porque no me vayas a golpear’ o algo así.” (México, mixto, 23-24 años. Trayectoria atípica)

De esta manera, la segregación urbana afecta directamente las posibilidades de los jóvenes. No solo porque sus barrios se han ido volviendo cada vez más peligrosos a medida que el tejido social se ha ido desintegrando. También porque cada vez más, desplazarse dentro de la ciudad se ha convertido en un peligro ya sea de ser víctima de un acto de delincuencia o de ser objeto de la discriminación, lo que pone un límite espacial a las oportunidades a las que pueden acceder. Tienden a evitar alejarse mucho de sus barrios evocando el hogar como el espacio de la seguridad. Sin embargo, el tipo de oportunidades que encuentran en sus barrios tiende a reproducir la posición de exclusión en la que se encuentran. De ahí que los obstáculos que enfrentan para desplazarse por la ciudad, siendo la inseguridad el más mencionado, pasen a jugar un rol determinante en sus trayectorias.

“Para la meta que nos hemos trazado cada uno no encontraríamos trabajo, más que todo como dicen aquí que quieren ser que trabajar en laboratorio clínico que ser agrónomo yo diría que aquí en Apopa sería muy costoso encontrar ese trabajo (...) igual concuerdo con la idea de todos que la única manera de trabajar aquí sería un trabajo sencillo pero ya trabajando en un área de ir especializándose se complica.” (El Salvador, hombres, 19-20 años. Trayectoria típica)

“Pues desventajas principalmente que todo está lejos respecto a la movilidad, por ejemplo desde donde yo vivo pues prácticamente todo está lejos, vivimos en la periferia de la ciudad, o sea realmente todo absolutamente todo nos queda lejos.” (México, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

Las mujeres jóvenes son un grupo particularmente expuesto a la violencia en el espacio público. Destacan las manifestaciones de violencia sexual, principalmente el acoso callejero, que tiende a ser una experiencia coti-

diana para muchas jóvenes latinoamericanas. Afirman que es más inseguro transitar por las calles para las mujeres que para los hombres, lo que limitaría notoriamente sus libertades.

“Pues yo diría que hoy en día en El Salvador la situación de una joven es bien difícil porque por en veces pueden recibir acoso más que ahora en día es - ¿Cómo podría decir?- Es así común que una mujer reciba acosos, que le tiran piropos y se sienten acosadas por los hombres.” (El Salvador, mujeres, 15-17 años. Trayectoria típica)

“Yo encuentro que para mí, o para todas en general, es horrible andar en la calle, porque por lo menos yo, no sé, salgo a la calle y los viejos degenerados y todo, es algo que no, una no puede andar tranquila, por lo menos a mí, yo no soporto eso, no me gusta.” (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

Los jóvenes hacen referencia a la policía como uno de los actores clave en la configuración de estas ciudades inseguras. Su diagnóstico es crítico. Afirman que la policía no cuida a la gente y enfatizan en experiencias de violencia policial que han conocido o de las que han sido testigo.

“No, pareciera que defendiera más a los malos (...) A veces defienden más, digamos personas del común, la gente se mete pero el policía como que no.” (Colombia, mixto, 18-21 años. Trayectoria típica)

“La policía si a uno lo ve en la calle, no puede salir uno medio a comprar y lo agarran ya lo quieren acusar de algo y uno sin ser nada digamos, no puede estar libre uno en su colonia, supuestamente son la seguridad, debería andar uno confiado pero no ellos cuando lo ven a uno con ese temor de cuando uno sale ellos le pueden hacer algo a uno pues.” (El Salvador, hombres, 15-17 años. Trayectoria típica)

En El Salvador emerge con fuerza el relato respecto de las pandillas como forma específica de la violencia y la inseguridad. A éstas se le atribuyen amenazas y extorsiones, balaceras, secuestros e incluso asesinatos a sueldo. El despliegue territorial de las pandillas marca claramente los límites entre los espacios “seguros” y los que no lo son, generando discontinuidades físicas en la ciudad que le impiden a los jóvenes desplazarse libremente por ésta con el fin de realizar sus actividades. Los jóvenes que viven en barrios controlados por las pandillas conocen cuáles son los territorios bajo dominio de los distintos grupos y los límites a su libertad que esto supone.

“Es muy difícil porque ahora hasta para andar por las calles es de tener mucho cuidado más que todo nosotros como jóvenes (...) Porque por ejemplo uno vive en una colonia de X pandilla y la otra es contraria, si uno medio pasa por ahí, ahí queda o sea ya le arrebatan la vida a uno.” (El Salvador, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“El miedo que llevo día a día por la delincuencia, por lo general a quien acosa más es a la juventud, sin importar donde sea donde estés, los delincuentes te van a encontrar.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica).

En Colombia, si bien se observan referencias a los grupos armados, éstas son mucho menos frecuentes y re-

miten a otros entornos. Una explicación podría ser por la naturaleza urbana de la muestra de este estudio.

“Grupos al margen de la ley, paramilitares, guerrilleros y pues eso también no me gustaba porque los niños en ese ambiente crecen mirando toda esa violencia, juegan a eso y por eso decidí venirme, porque no quería que mi hijo creciera mirando todas esas personas porque allá pasan con armas, con morteros, con granadas, vestidos con esas prendas.” (Colombia, mujeres, 22-24 años. Trayectoria atípica)

A la luz de lo anteriormente expuesto, se concluye que la violencia se despliega territorialmente en la ciudad. La segregación urbana constituye una forma de violencia estructural en tanto priva a los jóvenes de barrios empobrecidos, de acceder a las oportunidades concentradas en los barrios de mayores recursos por los largos trayectos y las dificultades para transportarse entre unas y otras zonas. De aventurarse en la ciudad, existe siempre el riesgo de ser discriminado o estigmatizado por provenir de los barrios de los que provienen. Sumado a esto, enfrentan cotidianamente la amenaza de la delincuencia y las pandillas al desplazarse por la ciudad y al interior de sus barrios. De esta manera, la violencia física ha tenido como consecuencia el debilitamiento de los vínculos sociales y las redes informales de apoyo comunitarias, afectándose con esto su sentido de pertenencia, en este caso, respecto de sus barrios.

6.2. IMAGÍNA TE EN 10 AÑOS MÁS...

Como se vio en el apartado anterior, la violencia se despliega territorialmente en la ciudad como inseguridad en los barrios o el espacio público. Lo hace también asumiendo la forma simbólica de la estigmatización de la que son objeto los jóvenes de sectores de bajos ingresos al desplazarse por la ciudad hacia las zonas que concentran las oportunidades. En el siguiente apartado, se mostrará que la violencia puede también expresarse como falta de oportunidades, en particular, en la educación y el trabajo. Se sostiene que éstas son formas de violencia estructural en tanto el tipo de educación que se les ofrece a estos jóvenes, así como el mercado laboral al que se enfrentan, los privan a ellos en virtud de sus atributos personales —en específico de su origen socioeconómico— de acceder a las mismas oportunidades a las que acceden quienes poseen mayores recursos para realizar sus aspiraciones a futuro y lograr una mejor calidad de vida. La discriminación los condena a permanecer en una situación de inseguridad, física, económica y simbólica.

6.2.1. La educación

Uno de los discursos más reiterados entre los jóvenes latinoamericanos es concebir a la educación como una oportunidad. Al carecer de otro tipo de recursos, muchos jóvenes consideran que “la educación es su único patrimonio”. Por ello, señalan que es muy importante para surgir o para salir adelante, afirmando que lo primero es tener estudios. Esto se ve reforzado por la percepción que, en el actual contexto, hay muchas oportunidades para estudiar y que el que no estudia, es porque no sabe aprovecharlas. Existe la idea que la educación puede compensar por la falta de otros recursos, como son los económicos o el capital social.

“Estudiando podés llegar a todo, porque voz estudiando tenés un buen trabajo, teniendo un buen trabajo ahorras, te compras una buena casa, te comprar un auto, viajas.” (Uruguay, mujeres, 16-19 años. Trayectoria atípica)

Existen pocos cuestionamientos respecto de la importancia de la educación o la voluntad de concluir los estudios. Sobre todo, los jóvenes en trayectorias típicas, tienen claramente identificados los pasos que tienen que seguir en el sistema educacional, para dar cumplimiento a sus aspiraciones laborales o, más generalmente, de vida. La gran mayoría de los jóvenes en trayectorias atípicas, por su parte, muchos de ellos desertores escolares en algún nivel, se han puesto la meta de retomar sus estudios pues han experimentado en carne propia las dificultades que supone el insertarse laboralmente sin títulos educacionales. Pese a esto, los jóvenes observan críticamente, que el mercado laboral con frecuencia no ofrece oportunidades que compensen por el esfuerzo que hacen por concluir sus estudios. La mirada es crítica, en el sentido que se percibe como un problema que proviene de la mala calidad de los trabajos disponibles, de la sobrevaloración que se les da a ciertas credenciales educativas o de la importancia de los contactos para conseguir un buen trabajo.

“Es que hay gente también que no ha terminado su 4to medio y está arriba po’.” (Chile, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica).

“Yo creo que sí va a dificultar, porque creo que en Paraguay hay tres categorías de personas a la hora de conseguir trabajo, las personas que no tienen título de educación superior, las personas

que tienen un título de educación superior y las personas que tienen un padrino político, en ese orden ascendente.” (Paraguay, mixto, 18-19 años. Trayectoria típica)

La importancia conferida a la educación por los jóvenes tiene su correlato en las recompensas que esperan por su esfuerzo educativo. Éstas refieren al salario, una inserción exitosa en el mercado laboral, el cumplimiento de sus aspiraciones, la posibilidad de darle un buen futuro a sus hijos, la obtención de reconocimiento por parte de la sociedad y, finalmente, la realización de su vocación.

La educación de nivel primario, sería “la base para lograr cualquier cosa en la vida”. Hasta los trabajos menos valorados exigen haberla concluido lo que muchas veces, no diría relación con los conocimientos requeridos para ejercer ese tipo de oficio sino con el hecho que es el mínimo estándar que habría que cumplir para ser reconocido como “alguien en la vida”. Esta hipervaloración de la educación constituiría un obstáculo más para insertarse en el mercado laboral, sobre todo para los jóvenes de trayectorias atípicas. Ellos, en particular, significan el certificado de estudios como un límite simbólico que la sociedad pone, entre los “buenos” y los “malos” jóvenes, aquellos que se mantuvieron dentro de cursos institucionalizados de vida y los que se alejaron de ellos. Se sienten así doblemente castigados por el hecho de haber desertado. No solo hay un costo personal en la interrupción de los estudios, también un estigma social.

Es que igual da lata que vayai a un lugar y te digan “¿hasta qué curso llegaste?”

Claro, sí po’, uno se siente...

Yo me siento mal po’, “no, llegué hasta 8vo”.

Da vergüenza igual.

Tener 18 años ya y no terminar el 4to medio...(Chile, mujeres con hijos, 16-18 años. Trayectoria atípica)

Moderadora: ¿Se sienten discriminadas en la vida?

P1: Sí, de repente sí, porque cuando yo todavía no terminaba el 4to medio, de repente la gente sí te discrimina por eso, por no terminar los estudios, por ser mamá joven...

P7: Porque no entraste a la universidad (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica).

Si la educación escolar es lo mínimo para “ser alguien en la vida”, la educación superior es un mecanismo de ascenso social. El valor que le atribuyen refleja las opciones que les abriría. Esto refiere no sólo a la mejora en sus condiciones materiales, sino también en el prestigio asociado a la posesión de un título de este nivel.

La aspiración en torno a la educación superior es diversa para la juventud. La de algunos jóvenes es estudiar una carrera técnica superior, mientras que otros quieren inclusive estudiar más de una carrera profesional. En algunos países, la diversidad de instituciones privadas de educación superior se percibiría como un facilitador del cumplimiento de estas aspiraciones en tanto existiría una oferta diversificada que podría adecuarse a la realidad específica de cada uno.

“En diez años me veo con dos o tres títulos porque no solo quiero ser ingeniera sino también abogada y escribana y como abogada me veo trabajando en la corte, trabajar para el estado o como asesora de la binacional. Como ingeniera en un banco. En diez años en la corte me veo como abogada y ganar entre diez a veinte millones.” (Paraguay, mixto, 18-19 años. Trayectoria típica)

“En el IPChile de Carlos Valdovinos porque me queda cerca, lo otro es porque es la única sede que está disponible para vespertino, que eso es lo que me conviene estudiar, en la nocturna.” (Chile, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

La posibilidad de realizar posgrados emerge más marginalmente, ya sea como la culminación de la formación de los jóvenes que están más insertos en el sistema y tienen pretensiones laborales muy elevadas, o como una aspiración a ratos fantasiosa, entre jóvenes que se encuentran excluidos del mismo.

Ahora bien, lo que se observa es que este discurso generalizado respecto a la importancia de la educación y a las mayores oportunidades que tienen ellos para estudiar en relación a las que existían antes, choca en la realidad, primero, con un discurso crítico respecto de la importancia excesiva que se les daría a las credenciales educativas, por un lado, y con la falta de oportunidades para acceder a una educación relevante para el mercado laboral, cercana a sus intereses y asequible económicamente, por otro.

En relación a lo primero, la importancia excesiva que según ellos se les atribuye a los certificados educacionales, constituye una dificultad para ellos. Esta idea aparece sobre todo en los grupos de jóvenes con trayectorias atípicas, esto es, que han desertado del sistema educacional en algún momento. Se describen dos escenarios posibles. En el primero, pese a tener todo lo que se necesita para un trabajo, con frecuencia los jóvenes no son seleccionados por no tener un título. En el segundo, pese a tener un título, los jóvenes solo acceden a trabajos para los que ni siquiera hacía falta haber estudiado por lo precarios que son. Es interesante observar que este discurso emerge especialmente entre los jóvenes que provienen de aquellos países donde existe una amplia cobertura del sistema educacional. Podría plantearse, a modo de hipótesis, que esto se debe a que, en esos países, el mercado laboral demanda credenciales cada vez más elevadas, privando de valor a los títulos de niveles inferiores que, eventualmente, bastaban para las exigencias de los trabajos ofrecidos. Por lo mismo, sería cada vez más difícil, en particular para quienes de-

sertaron en algún nivel, alcanzar ese nivel educacional mínimo para ser considerado.

“El mercado laboral está muy complicado, [...] hay mucha gente con pila y con posibilidades, con pila de herramientas, pero que no tienen un título y no pueden ejercer ni ayudar, por ejemplo, para ser secretaria te piden el título y te piden un montón de cosas más que capaz que hay una persona que no está capacitada como con su título, pero que en la realidad en lo personal se puede desempeñar mucho mejor que una persona con título. Entonces eso también es una traba para lo que son los jóvenes hoy en día.” (Uruguay, mujeres, 20-22 años. Trayectoria atípica)

“De qué te sirve estudiar hasta 4to medio...? Incluso yo he tenido compañeros que se han sacado muchas buenas notas y están trabajando en el McDonald’s. [...] no creo que sirva mucho.” (Chile, hombres, 19. 20 años. Trayectoria atípica).

Respecto a la crítica hacia la falta de oportunidades para acceder a una educación que, efectivamente, les abra las puertas del mercado laboral, los jóvenes acusan, sobre todo, la incapacidad para costearse sus estudios. Para las familias de menores recursos el que sus niños o jóvenes estudien supone un peso económico muchas veces insostenible, ya sea por el costo mismo de los estudios, o por el costo que significa para la familia, el dejar de percibir el ingreso que ese o esa joven podría aportar al hogar. El discurso que “la educación es muy cara” es generalizado. Entre los jóvenes escolares, el peso recae sobre las familias de origen y entre los universitarios, muchas veces sobre ellos mismos quienes tienen que compatibilizar estudios y trabajo, con frecuencia, en el sector informal. Estos jóvenes acusan una imposibilidad para conciliar horarios dadas las largas jornadas laborales de sus países, así como la

insuficiencia de recursos en virtud de los bajos salarios. A esto se le suma la falta de tiempo que les queda para el cuidado de sus familias y el ocio pues a lo anterior se suma el tiempo que dedican a trasladarse entre el trabajo, la universidad y sus hogares dentro de ciudades altamente congestionadas.

Así, pese que muchos afirman que seguir estudiando era una de sus aspiraciones al concluir la escuela, señalan que siempre tuvieron claro que no iban a poder hacerlo por la falta de dinero. El apoyo económico del Estado o de organizaciones de la sociedad civil se convierte en un factor clave para seguir estudiando. Sin embargo, entre los que las conocen, se acusa que las becas son muy escasas, insuficientes, focalizadas o condicionadas al rendimiento lo que dejaría sin opciones a quienes queriendo continuar sus estudios, no son lo “suficientemente pobres” o no cuentan con las calificaciones requeridas.

“Hay muchos jóvenes que quieren estudiar, pero cuesta mucho, cuesta mucha plata y el país no nos ampara en eso, nosotros tenemos que trabajar para conseguir, aparte de estudiar tenemos que trabajar para pagar el estudio, nada es gratis.” (Paraguay, mujeres, 24-25 años. Trayectoria atípica)

El endeudamiento surge como una posibilidad. Sin embargo, son críticos y reticentes al respecto pues saben que esa deuda no garantiza un buen pasar económico a futuro y que, eventualmente, podrían tener problemas para pagarla. En efecto, las dificultades para conseguir trabajos, los bajos sueldos y los altos costos de vida, son elementos que los disuaden de endeudarse para costear su educación. Así, poco a poco va quedando en evidencia que, pese al discurso inicial de las grandes oportunidades para estudiar, en la práctica, son muchas las restricciones enfrentadas para utilizarlas en pos del logro de una mejor calidad de vida.

“Uno sale y termina la universidad y está es pagando la deuda y entonces uno ya no se preocupa por seguir, empezar con la casa, empezar con los proyectos que uno tenga sino estar pagando el estudio, a veces ni consiguen trabajo en lo que estudiaron y ya tienen una deuda encima y apenas con 25 años, entonces uno a esa edad sí queda como un poquito decepcionado.” (Colombia, mujer, 22-24 años. Trayectoria típica)

Ahora bien, más allá de esto, existe la percepción que, incluso de esforzarse y lograr obtener un título, su título no tendrá el mismo valor que el que obtienen los jóvenes de grupos socioeconómicos más elevados. Entienden que los sistemas educacionales en América Latina están fuertemente segmentados y que a ellos les toca la peor parte. Afirman que la desigualdad social de los países de América Latina se reproduce en la calidad de la educación que reciben. En sus palabras “los ricos siempre tienen mejor oportunidad de educación que los pobres”.

“Es cuestión de la preparación de cada persona no? Porque por ejemplo, en algunas escuelas privadas, es que hay más oportunidades, son más que les enseñan francés, inglés y pues eso en un trabajo tiene que ver muchísimo, ¿no? Ven a la persona preparada y pues obviamente le dan el espacio ¿no? Tú que vienes humildemente pues no.... No te lo dan.” (México, mixto, 17-22 años. Trayectoria típica)

En virtud de todo lo anterior, entre los jóvenes está la idea que, finalmente, pese al discurso que todo dependería del esfuerzo personal, en la realidad habría poca relación entre el esfuerzo y el resultado. Ellos perciben que, en su caso, las condicionantes para capitalizar la inversión que hacen en su educación, en la obtención de un buen trabajo y una mejor vida, son muchas y trascienden su voluntad.

“Y las mentiras que nos hacen creer a nosotros de que hay oportunidad y sí las hay, pero sólo para ciertas personas o porque sos chero de aquel, no se puede o sea de lo que hablamos de la discriminación en la que estamos involucrados.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

Por lo mismo, al preguntarles por sus aspiraciones futuras, se percibe, existe un techo. Interrogados sobre dónde quisieran estar en el futuro, muy rara vez alguno trajo una idea que se alejara demasiado de lo que ellos llamaron una “vida digna”, “un buen pasar” o “lo suficiente”. Pese a todo el esfuerzo que señalaron, dedicarle a sus estudios y los sacrificios involucrados, tenían claro que esto no reeditaría en una vida de calidad muy superior en el futuro, una vez que ingresaran al mercado laboral. Sus aspiraciones eran, en términos generales, tener una vida similar a la actual, pero “tranquila”: tranquila en lo económico, tranquila en lo laboral, tranquila en términos de la seguridad. La educación es, ante todo, más que un medio para acceder a grandes salarios, un medio que permitiría acceder a la tranquilidad.

“Vivir tranquilo, ganando lo que me gustaría ganar y viviendo tranquilo y creo que con ese monto de dinero que ganaría o que me gustaría ganar, viviría súper tranquilo.” (Chile, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Mi sueño es bastante tranquilo. Yo puse que quiero estudiar gastronomía y que me veía trabajando en una empresa en la parte administrativa, me re gustaría, es algo que me dedicaría lo haría con gusto y viviendo sola, no sé si tendría hijos, ganando 40,000. Si y vivir tranquila.” (Uruguay, mujeres, 16-19 años. Trayectoria típica)

El percibir que no existe una relación directa entre el esfuerzo y la recompensa, impacta fuertemente en la

motivación para la educación. Incluso, hubo quienes señalaron que, a mayores estudios, menores eran las posibilidades de lograr una remuneración que compensara por todo lo invertido en educación con lo que la idea de seguir estudiando, se va tornando menos atractiva.

“Uno puede decir como yo que pase estudiando 5 años y gasté tanto y voy a ganar menos que el comerciante, si es importante para mí [la educación] pero quizá no lo sería todo.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica).

En este escenario, resulta difícil para muchos jóvenes encontrar la motivación para seguir estudiando. En gran parte, señalan ellos, ésta proviene de sus padres, en especial, en el caso de los jóvenes con trayectorias atípicas. En efecto, si bien la relación entre esfuerzo y resultados no resulta tan evidente, la educación si se menciona como un medio incuestionable para mantenerse alejado de las calles. En este sentido, el valor de la educación y la importancia acordada tanto por ellos, como por sus familias, radicaría en el hecho que ésta les aseguraría un buen futuro no solo en términos económicos, sino, sobre todo, porque los mantendría dentro de cursos institucionalizados de vida.

“Estar sólo en la calle se hacen delincuentes o menores de edad teniendo hijos, sin posibilidades económicas, entonces para mí lo más importante en decirle a los jóvenes, es que siempre se mantengan constantes en cosas productivas y educativas.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

“Te quedás a fumar algo afuera del liceo y cuando querés ver se te fue el año. A todos nos pasa a la misma edad. La mayoría no somos conscientes de que tenemos que estudiar aunque no nos guste, pero recién a los veinte años te das cuenta de que tenía razón tu madre y no hiciste nada por tu vida.” (Uruguay, hombres, 20-22 años. Trayectoria atípica)

Los jóvenes destacan el apoyo de sus padres en este aspecto. No solo son su motivación para seguir estudiando, muchas veces son también el sostén económico que se los permite. Con frecuencia, estos jóvenes son los primeros de su familia a tener la oportunidad de seguir estudios superiores lo que se logra, en muchos casos, gracias al apoyo de algún familiar en particular. Sin embargo, esto los pone en una situación de alta vulnerabilidad en tanto cualquier quiebre que se produzca a nivel familiar, puede redundar en el abandono de sus estudios. Los jóvenes entienden que sin el apoyo de los padres difícilmente podrían seguir estudiando (en particular en el nivel superior) y por ende ceden a muchas de sus expectativas con el riesgo que, al estar la motivación del lado de las familias, ellos pierdan la propia.

“Ellos (los padres) se guían más como por la estabilidad que uno pueda tener estudiando lo que ellos quieran, más no que uno lo hace por pasión o por vocación, porque es muy diferente estudiar algo porque le tocó, a algo que a uno realmente le apasiona, uno hace las cosas de mala gana y pues obviamente no va a ser el mismo resultado.”
(Colombia, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica)

En este escenario, la deserción es siempre una opción y es de hecho una realidad común. Ya sea escolar o universitaria, los motivos que se aducen para abandonar los estudios son variados. Además del económico, pueden ser motivacionales, conductuales o vinculados a una maternidad –principalmente- o paternidad –en menor medida- temprana.

Las problemáticas motivacionales que conducen a la deserción se vinculan, generalmente, a que la escuela y sus dinámicas no compromete a los jóvenes con el aprendizaje. El aburrimiento y la falta de interés por el estudio son sus principales manifestaciones. Las problemáticas conductuales se expresan en comportamientos

disruptivos de los jóvenes en el espacio escolar que terminan impactando, finalmente, en que abandonen la educación formal. Estas problemáticas son adjetivada por los jóvenes de distintas maneras: “rebeldía”, “malas juntas”, “malas costumbres”, “mala conducta”. Quienes abandonaron el sistema escolar por estas causas generalmente se muestran arrepentidos, argumentando que no lograron encausar adecuadamente la rebeldía propia de la juventud.

La deserción a nivel universitario estaría frecuentemente asociada a aspectos motivacionales en los que la vocación desempeña un rol fundamental. En general, las decisiones vocacionales se toman sin demasiada información respecto de los campos laborales o las perspectivas salariales de las carreras. Los referentes tienden a ser familiares o conocidos del barrio. No se mencionan instancias de orientación vocacional al interior de las escuelas. Por lo mismo, no es de extrañarse que muchos de ellos se encuentren en carreras que no resultan ser lo que anticipaban.

Por su parte, la maternidad juvenil truncaría las trayectorias educativas de muchas jóvenes que quedan embarazadas en la adolescencia. El miedo, las dificultades para compatibilizar las tareas de cuidado con los estudios, la falta de apoyos institucionales para la crianza de sus hijos y la desconfianza hacia las que estarían disponibles, serían las principales causas para abandonar los estudios.

“Yo hice hasta el sexto, estaba embarazada y salí porque no quería más irme, tenía miedo a que las profesoras me digan algo.” (Paraguay, mujeres, 16-17 años. Trayectoria atípica)

Independientemente de las causas de la deserción, existe una motivación transversal por retomar los estudios. Muchos señalan haber tenido la intención de hacerlo en el pasado y todos, de hacerlo en el futuro. Sin embargo,

la mayoría de los que abandonan los estudios lo hacen para hacerse cargo de las tareas de cuidado o domésticas o para incorporarse tempranamente al mercado laboral. En el primer caso, la familia completa pasa a depender de la joven quien es la que permite que los otros miembros puedan salir a trabajar dejándola a ella a cargo del hogar. En el segundo caso, la familia depende del ingreso adicional que aporta la o el joven además de, ellos mismos, acostumbrarse a cierto nivel de consumo al que no están dispuestos a renunciar.

“Sí, este año estoy estudiando por mi cuenta, también haciendo las cosas de la casa, ir a buscar a mi hermana al jardín, que a veces a mi mamá se le hace tarde, porque tiene extensión horaria mi hermana, no sale a las 4 como en todos los jardines, sino que tiene la extensión horaria y sale como a las 6 y media [...]. Yo lo veo igual complicado [volver a estudiar], si yo y mi mamá, ahorráramos las dos juntas podríamos contratar a alguien que cuidara a mi hermana.” (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica).

Por otro lado, ellos perciben que incluso de retomar, por haber desertado y de terminar el colegio tardíamente, en institutos “2 en 1”, en la educación vespertina o en cualquier modalidad no tradicional, van a ser discriminados en el mercado laboral. Respecto de estas modalidades educativas, los jóvenes señalan tener dificultades para acceder a ellas, ya sea por desinformación, porque les significa muchas veces encontrar a alguien que se quede al cuidado de los niños (de haberlos) o por la lejanía. Hay quienes señalan que, al haber estudiantes de distintas edades en el mismo salón, la dinámica de estudio no es adecuada. Por lo mismo, las posibilidades y la motivación para retomar los estudios en alguna de estas modalidades, son en general bajas. De esta forma, en muchos casos, lo que se observa es una disociación entre las aspiraciones de

este grupo a retomar los estudios y las posibilidades objetivas para realizarlas. Ahora bien, pese a estar fuera del sistema educacional y, en muchas ocasiones, a no visualizar una estrategia clara de reinserción e importantes dificultades para hacerlo, siguen estructurando sus aspiraciones futuras en torno a los ejes de la educación y el trabajo.

“Es que también discriminan por 2 por 1...cuando fui me pusieron una cara de “ah, viene de 2 por 1, no está ni ahí con el colegio.” (Chile, mujeres, 16-18 años. Trayectoria atípica).

“Yo para terminar de estudiar necesitaría ayuda, en mi caso un trabajo con el cual me pueda pagar un curso y pagarle a alguien que me cuide a mi hijo.” (Uruguay, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

Moderador: *¿Qué están haciendo ahora para poder cumplir ese sueño? ¿están haciendo algo para poder llegar a esa meta en diez años? En caso de que sí, ¿qué están haciendo?*

P2: *Yo no.*

P1: *Yo tampoco.*

P3: *Yo por el momento tampoco.*

M: *¿Pero se podría?*

P1: *Sí, claro*

P2: *Sí se puede”* (Colombia, mujeres con hijos, 18-24 años. Trayectoria atípica)

En este punto, desde una perspectiva de género, se observan importantes diferencias. Si hombres y mujeres de trayectorias típicas muestran discursos similares en lo que respecta su coherencia y estructuración, entre las trayectorias atípicas hay mayores disimilitudes. Entre las mujeres de este grupo, en general fuera del sistema educativo como consecuencia de un embarazo durante la adolescencia, se observa una mayor disociación entre medios y fines. Con frecuencia señalan querer estudiar

ciertas cosas, pero trabajar en otras, por ejemplo. Están muy centradas en el cuidado de sus hijos y no logran proyectar una idea de futuro concreta más allá de la maternidad. Se observan con mayor frecuencia proyecciones en lo laboral más “fantasiosas” que en los demás grupos. Los hombres por su lado, desertan de la educación, por lo general, para ingresar al mercado laboral logrando proyectarse más claramente a futuro con un plan en este ámbito. De esta manera, de cierto modo, los cursos institucionalizados de vida reducen las desigualdades de género en el sentido que mantienen a mujeres y hombres en una situación similar de acceso a oportunidades. Fuera de estos cursos, en cambio, las diferencias crecen.

Por último, la violencia de la que son objeto muchos jóvenes dentro del sistema escolar es también una causa importante de deserción. Los recintos educacionales pueden constituir un espacio de violencia no solo en términos de las oportunidades diferenciadas que entregan, sino también concretamente, como lugares inseguros. El bullying sería una experiencia muy extendida en las escuelas. Éste se manifestaría tanto a través de agresiones verbales o psicológicas como físicas, las peleas y el matonaje hacia ciertos estudiantes.

Las causas del acoso escolar son variadas según los testimonios de los jóvenes que han sido agredidos o han sido testigos de violencia. En general, los definen como comportamientos discriminatorios por nivel socioeconómico, por características físicas como el sobrepeso o el color de piel, o como discriminación hacia aquellos estudiantes que tienen algún tipo de discapacidad o que son migrantes. El espacio escolar se convierte en un ámbito que replica comportamientos de violencia hacia grupos que son excluidos por el conjunto de la sociedad. Al igual que lo que se observa en el espacio de la ciudad, los jóvenes critican a las autoridades como profesores y directivos, por la pasividad con que enfren-

tan estas situaciones. Las intervenciones, cuando las hay, suelen ser tardías llegando una vez que la situación de acoso está ya instalada y solo cuando escala a las peleas físicas. Más aun, las autoridades no solo son criticadas por su pasividad, también por ser ellos mismos perpetradores de este tipo de conductas.

“Tenía un maestro que no enseñaba nada y entonces él toda la clase hablaba incoherencias, y eran pláticas como que muy molestas, por decir yo tenía una compañera que estaba embarazada y agarraba y le empezaba a decir que nadie la obligó a que estuviera embarazada y la chica se quedaba con cara de y eso qué tiene que ver ¿Por qué se mete en mi persona?” (México, grupo mixto, 17-22 años. Trayectoria típica)

En el caso particular de las mujeres, al bullying se suma el acoso sexual por parte de compañeros o figuras de autoridad. El acoso con connotaciones sexuales se expresa a través de comentarios lascivos o agresiones físicas.

El bullying tendría un impacto importante sobre la deserción escolar. Ya sea porque los padres optan por sacar a sus hijos de la escuela o porque ellos mismos dejan de ir para no seguir exponiéndose a esas situaciones, el hecho es que el bullying es percibido como un obstáculo más para el logro de sus aspiraciones.

“Mi mamá me sacó del colegio porque me hacían bullying entonces me tuvo que sacar porque me pegaban mucho en el colegio, los niños.” (Chile, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“En la primaria yo tuve a dos o tres compañeros que venían de otros lugares y como que su acento era muy diferente y por eso los hacían a un lado, entonces luego iban no iban, dejaban de ir.” (México, mixto, 15-17 años. Trayectoria típica)

“La secundaria tuvo una compañera que era gordita, chaparrita y siempre la molestaban, entonces por lo mismo que la molestaban dejaba de ir.” (México, mixto, 15-17 años. Trayectoria típica)

En este apartado se describió cómo los jóvenes perciben el espacio de la educación en cuanto a las oportunidades que les ofrece para la realización de sus aspiraciones. Si bien todos concuerdan en la importancia de la educación para salir adelante, la manera cómo se constituye el campo de la educación y la manera como éste se coordina con el mercado laboral en sus países, hacen de la educación un sistema que genera múltiples exclusiones en lugar de asegurarles un ascenso social. En el siguiente apartado, se ahondará respecto del espacio del trabajo y las oportunidades que ofrece a los jóvenes en los países de este estudio.

6.2.2. El trabajo

Un segundo ámbito donde se juega la realización de las oportunidades en opciones concretas para la inclusión y el ascenso social, es el trabajo. Aquí es donde se concretan las aspiraciones que motivaron el esfuerzo hecho en el ámbito educacional. El tema sale mencionado recurrentemente a lo largo de las entrevistas y constituye el eje en torno al cual se ordenan los discursos respecto de otros ámbitos: la educación como medio para conseguir un trabajo, el trabajo como manera de aportar a la familia, el trabajo como ámbito de realización personal, el trabajo soñado como una aspiración futura. Ahora bien, a diferencia de lo que ocurre en relación a la educación, donde los jóvenes reconocen existen muchas oportunidades –más allá que no todos accedan a ellas–, en el ámbito del trabajo el análisis es bastante más crítico. Aquí, no dudan en señalar, no hay oportunidades. El trabajo es más bien un espacio de frustración y de vivencia diaria de la desigualdad: los trabajos a los que ellos pueden acceder no son aquellos que les abren las puertas

del bienestar. Es, al ingresar al mercado laboral, en esas primeras experiencias que son de hecho, determinantes de sus trayectorias futuras, donde vivencian más claramente la discriminación.

La importancia del trabajo para los jóvenes latinoamericanos se observa con claridad en el hecho que tener un trabajo es una aspiración transversal y frecuentemente mencionada. Los discursos a este respecto enfatizan que trabajar no es sólo una opción, sino una obligación que va más allá de la necesidad de contar con un ingreso. Es así que, por una parte, es considerado una experiencia valiosa pues enseñaría el verdadero valor de las cosas. Por otra, se encuentra directamente vinculado con la preocupación de los jóvenes por mejorar sus condiciones de vida o para “salir adelante”. La experiencia del trabajo deviene, en el imaginario juvenil, en una oportunidad clave para poder surgir. “Salir adelante” o “surgir” en estos casos, son términos que se refieren a tener tranquilidad (en lo laboral, lo personal, lo material), lo necesario para vivir, la posibilidad de satisfacer las necesidades de los hijos, de poder hacer lo que les gusta, de poder retribuirle a los padres y, en algunos casos, de poder contribuir a la sociedad. En general está implícita la idea del ascenso social, muchas veces materializada en la expectativa de irse a vivir a otra parte –un mejor barrio– y tener una casa. Como ya se mencionara anteriormente, el salario constituye una aspiración pero solo en cuanto permite asegurar esta tranquilidad y muy rara vez, es un fin en sí mismo en el sentido que los jóvenes pudieran aspirar a ganar mucho dinero en su trabajo.

“Yo en diez años me veo trabajando en un hospital, tener ese compromiso y especializarme más en un post grado en el extranjero, ganando bien, lo suficiente para pagar mis impuestos y darme mis gustos, que no me falte la plata.” (Paraguay, mixto, 21-24 años. Trayectoria típica).

Las expectativas de los jóvenes respecto al trabajo no remiten solamente a encontrar uno, sino uno que cumpla con ciertas características. Al respecto, muchos jóvenes ven como deseable la idea de empezar su propio negocio y ganar la autonomía de “ser tu propio jefe”. Esto sería lo más valorado del emprendimiento.

“Yo honestamente no me veo empleado en unos 10 años, yo me veo como el dueño de un negocio propio porque he comprendido que para poder superarse, es lo más viable con un negocio propio puede ser uno su propio jefe, generar oportunidades para crecer.” (El Salvador, hombres, 23-24 años. Trayectoria típica)

Ahora bien, al analizar más profundamente los discursos, queda en evidencia el hecho que más que un espíritu emprendedor, lo que motiva a los jóvenes a optar por el trabajo independiente, es la búsqueda de una alternativa al trabajo asalariado donde denuncian, enfrentan importantes dificultades (Frei 2018). Entre las más mencionadas destacan, primero, lo difícil que es ser contratado y la conciliación con las responsabilidades domésticas, los largos horarios, los bajos sueldos, e incluso, los abusos.

“Que alguien disponga de mi tiempo... entonces así de ahí pues entras a tal hora y te quiero aquí, te vas a quedar más tiempo porque faltó esto... no? Entonces no, sería así como yo ser mi jefa ¿no? Me gustaría mucho eso.” (México, mixto, 17-22 años. Trayectoria típica)

“A mí me gustaría trabajar en mi casa en mi propio negocio así no les dejo a mis hijos ni a mi mamá, si voy a salir a trabajar fuera tengo que pagar a otra persona que se quede, por eso quiero un negocio en mi casa (...).” (Paraguay, mujeres, 24-25 años. Trayectoria atípica)

“Lo que realmente quiero es tener mi propia empresa para ganar dinero. No me gustaría trabajar con cualquiera porque hay gente con la que uno trabaja que te consideran su esclavo.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica)

El ideal del emprendimiento emerge sobre todo en el discurso de los jóvenes con trayectorias atípicas. En el caso de las mujeres, esta aspiración es frecuente entre las que son madres puesto que les permitiría insertarse laboralmente en circunstancias que el haber interrumpido sus estudios y el estar a cargo de sus hijos, les dificulta el ser contratadas como asalariadas. Ellas, además, perciben que lo que podrían ganar como trabajadoras asalariadas, no compensaría por el esfuerzo de dejar a sus hijos a cargo de otra persona y de sobrecargar sus horarios. Sus aspiraciones como emprendedoras remiten por lo general a tener algún negocio en el rubro de la alimentación, la peluquería, cosmetología o el vestuario. Por lo general se trataría de pequeños negocios de barrio que les permitirían generar un ingreso suficiente para vivir, pero en ningún caso montar una empresa de mayor envergadura.

“Yo tomé otra opción de empleo porque yo sé que el empleo que quería antes de tener a mi hijo, pues ya no lo puedo alcanzar, entonces pues mi segunda opción es ser como estilista y manicurista y todo eso, y pues en diez años yo creo que ya me veo con mi local sin que nadie me esté mandando sino yo ser la que mande, y pues ganancia yo creo que será buena y pues más del mínimo porque si soy la jefa...” (Colombia, mujeres, 18-21 años. Trayectoria atípica).

“No hay muchas oportunidades para los jóvenes, y si las hay son mal pagadas, o inclusive, a veces trabajas pero sin prestaciones. Pero en lo personal, encontrar trabajo si es fácil, es mal pagado.” (México, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

“¿Qué tan difícil consideran que es encontrar trabajo aquí en El Salvador? - Del uno al cien, ¡cien!” (El Salvador, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Aunque igual ahora se está dando el caso de que hay muchos profesionales, pero poco trabajo.” (Chile, mixto, 19-20 años. Trayectoria atípica)

La segunda dificultad que mencionan es el proceso mismo de búsqueda de trabajo y postulación. Los jóvenes señalan que generalmente les va mal en las entrevistas laborales. No solo no están preparados para ellas -de hecho, ninguno menciona haber sido capacitado en su lugar de estudios para buscar trabajo o dar una entrevista-. El problema va más allá. Por distintas razones, se sienten estigmatizados al momento de postular a un puesto: por ser jóvenes, por su género, por ser madres jóvenes, por su origen social, su apariencia física o su nacionalidad. Estas experiencias de exclusión se van sumando, alejando a los jóvenes de las oportunidades según cuantas características típicamente estigmatizadas representen”. Así, los hombres, por ejemplo, están en posiciones de menor exclusión que las mujeres, las madres adolescentes, o los migrantes. En estas circunstancias, la alternativa del auto emprendimiento cobra un significado muy diferente al del *ethos empresarial*.

“A veces tenemos la capacidad, pero desafortunadamente, llegamos a la entrevista, no sabemos cómo expresarnos, estamos muy perdidos. Somos buenos en lo que hacemos, pero en ese momento nos perdemos porque no tenemos esa preparación. Y, como en la primera entrevista, tenemos que mostrar todo lo que somos, pero no podemos mostrarlo, no nos dan otra oportunidad.” (Brasil, mujeres, 19-21 años. Trayectoria atípica)

Respecto a la discriminación por ser jóvenes, la experiencia más recurrente refiere a la exigencia de contar con años de experiencia para acceder a puestos de trabajo. Evidentemente, en virtud de su juventud no cuentan con ninguna o con muy poca experiencia laboral, lo que genera una barrera de entrada difícil de sortear. Se ven así enfrentados a una paradoja. Los anuncios solicitan a postulantes jóvenes. Sin embargo, junto con su juventud, se les solicita, como requisito para ser contratados, contar con una trayectoria laboral que, no tienen con lo que, la mayoría de las veces, quedan fuera de los procesos.

“En este país no se dan las oportunidades piden tantos años de experiencia para un puesto en una empresa y lo malo es que se les da más oportunidad a las personas mayores que ya tienen alguna experiencia.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

“Todo es difícil pero más a la hora de encontrar un trabajo estable. Porque las mayorías de las gentes que te pueden dar un trabajo te piden que tengas experiencia y cómo vas tener experiencia siendo joven, si apenas terminas el colegio.” (Paraguay, mixto, 15-17 años. Trayectoria típica).

“Me ha ido mal, como a ella, porque piden experiencia en la mayoría de los trabajos, entonces no consideran mucho a las niñas más jóvenes.” (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

Como la mayoría de los jóvenes busca trabajo en el sector informal o de baja productividad -ventas, seguridad, bodegas, transporte, ferias, limpieza-, no existen las capacitaciones. Por lo mismo, el requisito de la experiencia busca compensar por el hecho que no recibirán formación en el trabajo.

“Es difícil, porque todos te piden con experiencia, aunque sea un trabajo hasta de promotor, no, es que necesítai experiencia porque igual pa’ ser promotor necesítai personalidad, simpatía..., y si uno no tiene experiencia, no te aceptan, porque, o te capacitan para poder tú trabajar, pero en la mayormente casi todas las pegas piden experiencia.” (Chile, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica).

Las mujeres, por su lado, enfatizan el impacto de los estereotipos de género en el acceso al mercado laboral. En particular, sostienen que persisten labores feminizadas y masculinizadas, lo que les dificultaría acceder a ciertos ámbitos del trabajo en los que los hombres tienen una mayor presencia. Otra manifestación de la desigualdad de género sería la desigualdad salarial, recibiendo las mujeres ofertas salariales menores que los hombres por desempeñar la misma función en el trabajo.

“En el área que yo estudio casi siempre son carreras para hombres, tanto la eléctrica, la química y la de sistemas son las más machistas, que cuando uno aplica, lo siento sólo piden para hombres.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

“Una vez fui a buscar trabajo en vigilancia, y no le pedían experiencia a los hombres pero a las mujeres sí, y eso no me gustó porque apenas que las mujeres tenían que tener cuatro años de experiencia y yo solo tenía tres meses, y los hombres no tenían que tener experiencia.” (Colombia, mixto, 22-24 años. Trayectoria típica)

“Cuando trabajé en un apoyo de navidad también el año pasado en una tienda de zapatillas, a todos los hombres les pagaban 300 lucas y a las mujeres 200, siendo que hacíamos la misma pega.” (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

Las mujeres que han tenido hijos a temprana edad coinciden en que les es muy difícil encontrar un trabajo compatible con sus labores de crianza. No es sólo que tengan menor acceso a ofertas laborales, sino que incluso cuando encuentran potenciales trabajos les ofrecen menores sueldos por estar embarazadas o por ser madres. Ya sea porque no cuentan con la educación necesaria, porque buscan trabajos que les permitan compatibilizarlos con los estudios o porque necesitan de horarios flexibles para atender a sus hijos, enfrentan barreras de entrada al mercado laboral adicionales.

“A las mujeres no le dan trabajos a veces podría ser que puede tener hijos y si ya los tiene se van a enfermar y dejar el trabajo libre, no va a rendir lo suficiente [...] por estar pendiente de la familia puede descuidar el trabajo.” (El Salvador, mujeres, 19-20 años. Trayectoria típica)

“Si, porque estaba embarazada y tenía que quedarme de ocho hasta las cuatro de la tarde, no me pagaban el sueldo mínimo y de ahí tenía que irme al colegio pero me esforzaba y tuve que dejar mi colegio y mi trabajo.” (Paraguay, mujeres, 18-20 años. Trayectoria atípica)

La discriminación por el origen social asume diferentes formas. Pueden quedar fuera por el prestigio y calidad de las instituciones donde cursaron sus estudios, por su apariencia física, su raza, su vestimenta o su nacionalidad. Podría sostenerse, a modo de hipótesis, que los jóvenes son especialmente escrutados en el contexto de las entrevistas de trabajo porque, al no poseer una experiencia laboral relevante, el empleador debe basar su decisión en lo que sí es capaz de observar cobrando mayor importancia el aspecto. En un contexto de sociedades altamente segregadas, la práctica del sobreescrutinio se expresa también en la importancia acordada a factores como el barrio de procedencia. Éste podría

operar cómo un indicador de *cercanía a la exclusión* el que, a su vez, sería un proxy de sus atributos como trabajador (honrado, responsable, comprometido o todo lo contrario).

“Cuando van a elegir a alguien se fijan en la presencia, en la clase social.” (Uruguay, mujeres, 20-22 años. Trayectoria atípica).

“Yo he ido también a optar a empresas y me han pasado las pruebas y todo, después de pasar la prueba me entrevistan y en la recta final de la entrevista, que no se podía porque vivía en Apopa.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

“En una entrevista que hice el viernes, tenía miedo, porque tengo una extensión de cabello, tenía mucho miedo que me miraran el cabello. Porque eres negra, tienes feo el cabello, es difícil.” (Brasil, mujeres, 15-18 años. Trayectoria atípica)

“La violencia, siempre es un tema muy importante. Es un punto que no se puede pasar desapercibido, es lo primero que te preguntas y es lo primero que mencionas. La violencia, la discriminación, porque yo creo que la discriminación se ha manejado en diferentes trabajos, ya sea porque tengas tatuajes o cuando buscas trabajo cuando estás embarazada.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica)

La tercera dificultad para lograr insertarse en el mercado laboral formal, es la importancia de los contactos. Mientras para los jóvenes de trayectorias atípicas, la falta de credenciales educativas relevantes se constituye en uno de los principales obstáculos a la hora de buscar un trabajo, los de trayectorias típicas experimentan la discriminación en la falta de contactos. Habiendo identificado que el acceso al mercado laboral mediante las postulaciones y las entrevistas de trabajo se encuentra

colmado de obstáculos, los jóvenes constatan que las experiencias exitosas de inserción laboral son cosa de “suerte” o dependen de tener los contactos adecuados. Evidentemente, ello deja en una posición de desventaja a aquellos jóvenes provenientes de contextos de mayor pobreza y que cuentan con menos redes en el mercado laboral, especialmente en el trabajo formal.

“El simple hecho de tu querer entrar a una empresa y vas preparado, al cien por ciento, cumples con sus expectativas pero si por ejemplo viene un chico que tiene dinero, que viene de familia reconocida... el papá hace contacto con dinero y te quedas tu fuera y entra él...” (Chile, mixto, 16-18 años. Trayectoria típica)

“Todas las circunstancias que la juventud pasa ahora de discriminación por parte de las entidades que nos representan por no ser familiares de ciertos partidos políticos o no formar parte de ciertos grupos que benefician a ciertos jóvenes, entonces, hay una gran parte de discriminación y falta de inclusión de parte de las entidades que nos representan.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

Estas experiencias van minando la idea de la recompensa asociada al esfuerzo. Es, en relación a la búsqueda de trabajo, donde aparecen más claramente las reflexiones críticas en torno a la idea que las oportunidades están disponibles para el que quiera tomarlas y que todo depende del esfuerzo personal. A diferencia de lo que pasa con los estudios donde el apoyo de los padres o de las becas permite, hasta cierto punto, sostener el ideal de la meritocracia, en el mercado laboral los jóvenes no cuentan con ningún apoyo y, por el contrario, sienten que es un medio lleno de prejuicios en su contra. Juegan en desigualdad de condiciones. Siempre habrá alguien –una persona mayor, alguien con más calificación,

incluso un migrante- que va a ganar en la competencia, no necesariamente porque sea mejor, sino porque tiene cómo señalar sus competencias al empleador de manera más efectiva o, en muchos casos, porque está dispuesto a trabajar por menos o en peores condiciones que ellos. Así, a pesar de contar con la capacidad y competencias necesarias para los puestos de trabajo, el prejuicio es una barrera tan fuerte que tiende a hacer prevalecer la exclusión.

“Bueno, se daría a la falta de oportunidades porque si tú tienes todo, si dejaste todo por conseguirlo y no te dan empleo es por una falta de oportunidad [...], le dan preferencia a uno que viene de no sé, de escuelas particulares que a uno que viene de pública.” (México, mixto, 17-22 años. Trayectoria típica)

“He escuchado decir cosas como que la educación es la clave del éxito, a decir verdad, para mí, eso es puro ruido porque hay muchos jóvenes terminando sus estudios secundarios y universitarios que están en la misma situación que yo.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica)

Así es como poco a poco, los jóvenes van ajustando sus expectativas a la realidad del mercado laboral. Estudiar es importante pues abre puertas, pero tener estudios no es garantía que vayan a abrirse. El título no asegura que se vaya a encontrar un trabajo ni que éste vaya a estar a la altura de lo que se esperaba dada la inversión hecha en formarse para ello. En efecto, a las dificultades para encontrar empleo se suman los bajos salarios, los largos horarios, la alta rotación, etc. Se sienten muy expuestos a las fallas y vicios del mercado laboral: abusos por parte de las jefaturas, ausencia de contratos, despidos injustificados, entre otros.

“Licenciatura en enfermería. El problema es que no hay trabajo (...) entonces, cuando uno llega, como

que le quieren pagar menos de lo que uno merece.” (El Salvador, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

P4: Súper difícil encontrar trabajo, porque uno estudia para ganar más lucas po’... No pa’ ganar lo mismo que estudiaba antes de estudiar... ofrecen lo máximo \$350.000

P5: Claro, era lo que ganaba sin título. Y aparte están pidiendo mucha experiencia, 2 años, 5 años para un asistente contable, entonces como...

P5: Claro, porque, por ejemplo, gano más de garzón. Algunas veces trabajo en eventos de garzón y, no sé po’, en 8 horas gano 35 lucas.” (Chile, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica).

En relación a los abusos, los jóvenes denuncian el acoso laboral o sexual como prácticas frecuentes en los lugares de trabajo. El primero se manifiesta como hostigamiento al que se ven sometidos por parte de sus superiores jerárquicos. El maltrato, la humillación y el chantaje psicológico son sus principales manifestaciones. Esta situación se ve agravada pues muchos jóvenes que experimentan acoso laboral evitan denunciarlo. La decisión de no actuar frente al acoso se asocia tanto a que temen perder su puesto de trabajo, en un mercado de trabajo que no les ofrece demasiadas alternativas.

“Pero también uno se encuentra en el camino con personas que no, o sea, que chocan y no lo dejan seguir a uno o lo truncan, porque me pasó pues en el primer trabajo que tuve, no me fue tan bien y pues fue como acoso laboral pero fue por bullying y todo eso, entonces también hay personas así acá, y uno se encuentra mucho eso.” (Colombia, mixto, 18-21 años. Trayectoria típica)

“En mi trabajo hubo acoso laboral pero no sexual. Yo me considero una persona a veces un poco explosiva, y lamentablemente eso ha tenido

repercusiones en mi trabajo. A mis jefes no les gusta la gente que ponga peros para todo, que pregunté qué o para qué, nada más les gusta que digan sí y que lo hagan y yo a veces cuestiono y no les gusta ser cuestionados.” (México, mixto, 23-24 años. Trayectoria típica)

Por su parte, el acoso sexual en el trabajo es una situación de violencia que afecta principalmente a las mujeres jóvenes. Los superiores jerárquicos se aprovechan de su posición de autoridad para intimidarlas sexualmente. Al igual que en el caso del acoso laboral, la violencia sexual muchas veces tampoco es denunciada por el temor a represalias o a perder la fuente de subsistencia.

“Tengo una compañera que está laborando en un colegio que está acá en Apopa, que es muy bien reconocido, es uno de los mejores y ella me comenta, de que hay compañeros de ella de trabajo que la acosan y es por lo mismo verdad, ser docente y ser joven como que ella llama más la atención verdad, entonces sufre bastante de acoso ahí donde está, pero igual tampoco lo quiere dejar, porque así como está la situación económica actual del país, no es fácil conseguir un trabajo...” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria típica)

“Entonces cuando recogíamos teníamos que llevar las cosas a una bodega, pero ya de así luego este no sé, como que me empezaba abrazar, me empezaba besar y luego a veces hasta me quería este, no me quería me llegó varias veces a tocar, varias veces me llegó a tocar, me salía corriendo y luego varias veces también me volvía a jalar y todo, entonces no me gustaba.” (México, mujeres, 17-22 años. Trayectoria atípica)

Así, son tantas las trabas para ingresar al mercado laboral formal, y tan precarias las condiciones en las que logran

acceder los jóvenes, que el trabajo informal empieza a vislumbrarse como una opción atractiva. Ahora bien, la visión respecto del trabajo informal varía según se trate de jóvenes en trayectorias típicas o atípicas. En efecto, mientras los primeros lo viven como una alternativa que les permite costear sus estudios o generar ingresos a la espera de encontrar trabajo en lo que estudiaron –lo que, de hecho, constituye una de las principales aspiraciones de este grupo para el futuro–, los segundos se refieren al trabajo informal como algo que, pese a la precariedad, es deseable, un espacio de libertad donde se transa la seguridad por la posibilidad de experimentar una relación proporcional entre el esfuerzo y la retribución. En el espacio del mercado informal operarían las reglas que en el mercado formal están distorsionadas por prácticas como la discriminación o el prejuicio. Aquí a mayor esfuerzo, mayor recompensa. El que se las rebusca, encuentra.

P6: En la calle la feria igual trae harta plata, además uno maneja sus horarios, y uno trabaja según lo que uno necesita

P3: Trabajas tranquilo

P6: Y trabajai acorde a tus necesidades, no sé po yo necesito tanta plata, me voy a mover más, voy para allá, voy más temprano o más días.” (Chile, hombres, 23-24 años. Trayectoria atípica).

Es así como van desarrollando una “experticia”, una trayectoria, verdaderas carreras en el sector informal. A diferencia de lo que pasa con el trabajo formal, donde se les solicita una experiencia sin otorgársele la oportunidad de adquirirla, aquí conocen y dominan los principios y funcionamientos. Saben dónde ir, con quién hablar, las mejores horas o las mejores esquinas donde vender. Si bien muchas veces llegan al sector informal tras varios intentos fallidos en el mercado formal, la temporalidad –entran y salen según sus necesidades–, el horario y el salario –cuando necesitan más dinero, trabajan

más horas-, son algunos de los aspectos del trabajo informal que terminan por valorar. La gran diferencia con el trabajo formal es que, si bien en ambos los salarios son bajos, aquí si trabajan más, ganan más. Uno de los principales límites que reconocen al trabajo informal, es que no les permite costear sus estudios. Para poder subsistir del empleo informal tienen que trabajar más horas que las que podrían permitirse de querer, en paralelo, estudiar. Es así como muchos van postergando su inversión educativa, alejándose con esto cada vez más de las "trayectorias esperadas" o los cursos institucionalizados de inclusión social.

"En la temporada navideña yo tengo varios años de estar trabajando como empacador en [una cadena de supermercados] podría ser ya como una experiencia de trabajo de lo que ganarse con su propio sudor el dinero." (El Salvador, hombres, 19-20 años. Trayectoria típica)

"Ahí era por hora pero ya era mucho más el sueldo, hacía seis horas dependiendo de lo que te da tu supervisor, yo inicialmente hacía seis horas pero después cuando los compañeros que tenían horas más fijas no querían hacer yo agarraba todo eso y sumaba el sueldo, entraba a trabajar feriados y nocturna y sumaba así, un millón y medio más o manos; un millón ochocientos es lo máximo que subí." (Paraguay, mixto, 18-19 años. Trayectoria típica)

"Acepté el trabajo salí del súper y no pude costear bien mi facultad con eso porque no era tan bueno el sueldo." (Paraguay, mixto, 18-19 años. Trayectoria típica)

Por cierto, el trabajo informal no está exento de riesgos. A la desprotección por la falta de contratos, se suma la inseguridad que padecen los jóvenes que se desempeñan como vendedores ambulantes en la vía pública, por

ejemplo. Además de los peligros propios de trabajar en la calle, se enfrentan a la estigmatización por el trabajo que desempeñan, en virtud de la cual con frecuencia se les asocia con la delincuencia. A esto se suman situaciones de violencia física, particularmente vinculadas a la represión policial sobre su actividad comercial.

"En parte porque prácticamente solo aquí hay vendedores ambulantes, porque en otras partes solo se suben a los buses disque a vender pero se suben a robar, ahí el temor hay también pero no lo hacen con intención. Porque hay personas que eso hacen hasta con uno de joven, piensan a que a robar subimos y nos enojamos porque nos subimos a rebuscarnos por salir adelante y comer." (El Salvador, mujeres, 16-17 años. Trayectoria atípica)

"Personas que se ganan la vida o buscan algo para ganarse la vida y luego llegan policías y se los llevan por alguna cosita o les pegan, y a los que en verdad hacen algo no les hacen nada, se los llevan, les dan dinero y los dejan y ya, vuelven a mismo, entonces eso es lo que yo estoy en desacuerdo, que siempre hagan eso." (México, mujeres, 17-22 años. Trayectoria atípica)

En el caso de las mujeres, a esto se le suma el acoso laboral y sexual en los lugares de trabajo. Si bien ambas prácticas están ancladas en la cultura machista de la región, en el primer caso, se manifiesta en los lugares de trabajo, como el no reconocimiento del mérito en virtud del género y, en el segundo, como violencia sexual. Éstas son situaciones que aparecen frecuentemente mencionadas en los grupos de mujeres, ya sea como el relato de una experiencia propia en los grupos de más edad, como de lo ocurrido a una tercera persona en los grupos más jóvenes. Cualquiera sea el caso, las mujeres perciben que, en virtud de su género, las dificultades que enfrentan para insertarse en el mercado laboral son aún mayores.

“En el caso de nosotros las señoritas verdad, aparte de la realidad social que se vive en nuestro país, se sufren de acoso independientemente de donde uno se encuentre, ya sea del trabajo, en la universidad, donde sea, es otra cosa que tal vez por cuestiones de, cómo le diría, nos enfocamos más en la violencia, pero tal vez hay otros aspectos como lo es el acoso.” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria típica).

A modo de síntesis de este apartado, puede señalarse que el mercado laboral al que se enfrentan los jóvenes se estructura de forma tal que los excluye de manera sistemática del acceso a posiciones que les permitan acceder a un mayor bienestar. Estos funcionamientos sistémicos constituyen una forma de violencia estructural.

Un aspecto importante de la relación de los jóvenes con el trabajo que estos hallazgos iluminan, dice relación con el hecho que contrariamente a lo que habitualmente se piensa, los jóvenes tienen un profundo conocimiento acerca del funcionamiento del mercado laboral. Sus trayectorias laborales discontinuas no son expresión de su desinformación. Es porque conocen las limitaciones a las que se enfrentan en el mercado laboral formal que despliegan sus trayectorias en el mercado laboral informal. Su discontinuidad, la ausencia de un contrato laboral, la inseguridad, no solo afectan su bienestar. También impactan sobre lo que hemos denominado su “sentido de pertenencia” en tanto más que abrirles puertas, los excluye de mecanismos formales de inclusión social como un empleo prestigioso, un buen salario o la seguridad social.

6.3. MIS SOPORTES

Hasta ahora, se ha revisado en qué medida la violencia física impacta la vida de los jóvenes en el espacio público –el barrio y la ciudad- pero también a nivel organizacional al interior de las escuelas o los lugares de trabajo. Se indagó en los efectos de la violencia estructural en el acceso a oportunidades en el sistema educacional y el laboral. Estas vivencias están cruzadas por las experiencias de violencia simbólica como el sobre escrutinio en la vía pública o en las entrevistas de trabajo.

Un tercer ámbito dónde es posible observar el impacto de la violencia, es el de la vida privada. Preguntados por los principales soportes con los que cuentan para la realización de sus aspiraciones, la voz de los jóvenes es unánime: la familia. Ésta constituye su principal fuente de apoyo para el logro de sus proyectos presentes y es su principal motivación para el futuro. Ahora bien, junto con

esto, la familia constituye un espacio de conflicto. Éste puede expresarse en situaciones de abandono, de violencia física o simbólica entre sus integrantes o estructural, como un peso con que el joven carga para la realización de los proyectos personales. Por último, la violencia juega también un rol importante en la vida íntima de los jóvenes. En ese espacio, se expresa como conductas que atentan en contra del propio bienestar, como son el consumo de sustancias o las conductas sexuales de riesgo.

6.3.1. La familia

Una de las referencias más frecuentes de los jóvenes respecto a sus familias es que corresponde a su principal red de apoyo, tanto en lo emocional como en lo económico. Respecto de esto último, si bien son principalmente los padres quienes aseguran la subsistencia material

de los jóvenes, existe un relato en tono sacrificial respecto de la familia ampliada. En la experiencia de los jóvenes, la familia completa –padres, abuelos, tíos- realiza un esfuerzo para asegurarles sus necesidades básicas y, por lo mismo, también modela sus aspiraciones. De este sacrificio original surgiría el deber de retribuirles con un mayor bienestar a futuro, como queda de manifiesto en la importancia que asume este punto a la hora de preguntarles por sus aspiraciones.

“Yo creo que todas las personas tenemos aspiraciones... pero no todas las familias tienen los recursos para poder pagarte un estudio o necesidades por, entonces por eso, uno de repente está estudiando y quiere seguir estudiando, pero tiene que dejar los estudios pa’ poder cubrir las necesidades del hogar por. Porque igual uno tiene hermanos chicos, y por eso uno siempre deja todas las cosas de lado.” (Chile, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Yo solo vivo con mi abuela entonces ella a como pudo me dio el bachillerato entonces ya para una universidad ya ella ya no pudo porque ya es un costo aparte ya un poco más elevado entonces ya no se puede.” (El Salvador, mixto, 18-20 años. Trayectoria atípica)

Los que provienen de familias marcadas por algún quiebre en su constitución, tienden a ser aquellos que expresan con más intensidad esta idea del sacrificio que deben retribuir. Cómo este quiebre se refiere con frecuencia a la ausencia del padre, la figura sacrificial está representada por otro miembro de la familia que haya asumido su cuidado, en general la madre.

“Lo que yo quiero de aquí a diez años es [...]llevar a mi mamá y a mi hermano a viajar por todo el mundo, quisiera eso. Y pues...de aquí a diez años

yo quisiera ganarme, por ambiciosa, unos cuarenta millones, para agradecerle a mi mamá y devolverle todo lo que nos ha dado.” (Colombia, mujer, 18 años. Trayectoria típica)

“Bueno, mi motivación sería, pues yo soy del campo, de la Palma, Cundinamarca, la verdad nosotros fuimos desplazados en una época de zona roja, entonces la motivación sería pues porque mis papás no, ninguno estudió, y pues ahorita la están guerreando para poder ganar el mínimo, pues la motivación sería eso, que no me gusta verlos sufrir, no me gusta ver que matándose prácticamente todo el día y no poder descansar.” (Colombia, mixto, 15-17 años. Trayectoria típica)

El apoyo económico por parte de las familias refiere no solo a mantener o costear parte de los gastos de vida de los jóvenes. La familia es también una importante fuente de empleos y un referente clave a la hora de tomar decisiones educativas y laborales. Con frecuencia, para los jóvenes, su posibilidad de empleo más cercana es junto a algún miembro de su familia para quien trabajan de manera informal. Esta primera experiencia de empleo es una determinante importante de las aspiraciones que van definiendo para el futuro y de sus trayectorias reales. En efecto, como ya se vio anteriormente, los jóvenes tienden a enmarcar sus aspiraciones en el horizonte probable de sus posibilidades. Así, muchas veces, el límite a las aspiraciones está marcado por la trayectoria de sus referentes más directos, en este caso los familiares.

“Ayudo a mi abuelo en el persa, mi abuelo trabaja en el persa y he buscado trabajo igual, me iba a ir a trabajar con mi tío al sur haciendo pozos, pero era muy pesada la pega y no quise, y para poder trabajar tengo que sacar primero y segundo y mi papá me puede meter a la empresa que trabaja él.” (Chile, hombres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

“Siempre existe ese espejo bueno y ese espejo malo, entonces siempre hay en la familia un primo que no terminó de estudiar y entonces ahí es cuando uno lo ve trabajando en cualquier cosa, ganándose el salario mínimo, con deudas y está ahorcado y encima se vuelve una persona grosera; y está el espejo de mis tías, mis tías son abogadas, hay una que es juez, entonces mi papi siempre se ensaña en que uno se junte más con mi tía, entonces mi tía empieza “ay mamita, vea, ¿qué tarea no entiende? Bueno, venga yo le ayudo”, entonces ellos se esfuerzan para que uno sea un profesional.” (Colombia, mujeres, 18-21 años. Trayectoria atípica)

Ayudar y retribuir a la familia es una importante motivación para los jóvenes. Especialmente en el caso de aquellos jóvenes que han vivido en contextos de mayor pobreza, sacar a sus seres queridos de su situación de vulnerabilidad se vuelve una de sus principales motivaciones. Los jóvenes quieren estudiar y tener buenos trabajos para sacar a sus padres y hermanos de la pobreza. Dar un mejor futuro a sus familias se vuelve una de sus principales aspiraciones.

“No se por eso decido seguir estudiando ahí, para tener un buen trabajo y ayudarles a mi mami y mi hermana.” (El Salvador, mujeres, 16-17 años. Trayectoria atípica)

“Yo quisiera volver a la escuela este año porque desde mi infancia adoro el colegio, yo decía cuando pueda terminaré mis estudios, aunque el país no nos ofrezca nada, tengo hermanos y hermanas pequeños y tengo que ayudarlos, al igual que a mi mamá, ella tampoco está bien, tengo que terminar mis estudios para ver qué puedo hacer por ella.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica).

“A mi mamá no la voy a dejar sola (...) No, se sacó la cresta por nosotros igual, trabajó... fue mamá

y papá.” (Chile, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

La importancia de la familia como fuente de motivación también se observa en el deseo de los jóvenes por formar sus propias familias. Tanto en el caso de quienes ya tienen hijos como de aquellos que aún no, dar un buen futuro a sus hijos es una de sus principales aspiraciones.

“Yo no quiero que mis hijos tengan la vida que yo tuve, o sea, de que yo sólo tengo mi papi y mi mami, pero prácticamente mi papi es mujeriego y siempre desde que tengo memoria siempre ha visto por las mujeres de él, y yo siempre le he ayudado a mi mami, yo vivo todavía ahí con mi mami, como vivimos en un Mesón, ahí vive mi mami conmigo, y pues yo lo único que quiero es sacar adelante a mis hijos y que ellos no tengan lo que yo tuve...” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

“Que no tengan necesidad po’, o sea de que uno tenga que salir a trabajar a temprana edad ayudar y todo eso, sino que se dediquen a estudiar y sacar su título, pero siempre humildad y que sean respetuosos con la gente mayor obviamente, eso.” (Chile, hombres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

La familia provee de apoyo emocional a los jóvenes en la realización de sus proyectos. Se distinguen las familias que se involucran en las trayectorias de sus hijos, ejerciendo un rol activo en motivarlos y orientarlos en su toma de decisiones, de aquellas que asumen un rol de observadoras o simplemente, de indiferencia. Un soporte familiar robusto sería aquel que encauza y orienta mientras que uno débil sería aquel que deja hacer –por ejemplo, abandonar los estudios a los 15 años como se ve en la segunda cita-, ya sea por la dificultad de imponer una visión normativa sobre un adolescente (especialmente tratándose de padres que muchas veces tienen

niveles educacionales menores a los de los hijos), la falta de información, la ausencia de vínculos afectivos o las situaciones conflictivas al interior de la familia.

“No tener una visión clara de ellos mismos, pero también eso considero que vendría de las familias porque no apoyan a los hijos o como que no les dicen “usted tiene que estudiar, trabajar, conseguir familia”, sino que pues “vaya usted a ver qué hace y qué va a hacer de su vida.” (Colombia, mujeres, 22-24 años. Trayectoria típica)

“Si yo no estudié más fue porque yo no quise, no porque mis papás no me hayan dado el apoyo. Realmente fue así, fueron decisiones mías, yo creo que, si yo hubiera tomado otro tipo de decisiones, yo creo que hubiera estudiado más. Yo creo que no hay obstáculos como tal, pero sí influye el apoyo que te da tu familia.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica).

“La decisión que tome no le consulte a mis padres a nadie, solo yo la tome lo que hicieron mis padres fue apoyarme yo dije no quiero seguir ya quiero dejar esto no me dijeron nada lo único que hicieron mis padres fue apoyarme...” (El Salvador, hombres, 16-17 años. Trayectoria atípica)

Con frecuencia se observa que las familias no llegan a articularse como un sistema orientado a potenciar al joven con el fin de sacarlo de un entorno de pocas oportunidades. Por el contrario, lo que se observa es más bien un funcionamiento inercial. Las familias tienden a reaccionar tardíamente a los riesgos que enfrentan los jóvenes. Se organizan para cuidar al hijo de una madre adolescente, evitan que el hijo que abandona los estudios esté todo el día en la calle obligándolo a trabajar. Sin embargo, no se mencionan en los discursos acciones orientadas a la prevención de este tipo de situaciones.

En este sentido, muchas veces en los discursos los jóvenes refieren por “apoyo” a la ausencia de sanciones. Sin embargo, es menos evidente que el apoyo se traduzca en acciones activas para encauzar sus trayectorias de vida y evitar que reproduzcan conductas que ya fueron limitantes del desarrollo de los padres, como la maternidad temprana o la deserción escolar. Estas acciones podrían ir desde conversar con ellos, hasta no incurrir en la violencia en el espacio doméstico o, en el extremo, no abandonar a la familia.

“Antes los papás eran muy cerrados y aún hasta la fecha hay papás que tienen todavía un pensamiento muy cerrado de hablar abiertamente sobre la sexualidad. El índice actualmente es muy alto de las niñas que salimos embarazadas, ya sea porque lo quisimos o ya sea porque no nos hablaron de educación sexual.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica).

Así, si bien la familia se representa como un espacio seguro, que protege a sus miembros de los riesgos del mundo externo, al ahondar más en los discursos se observa que las dinámicas en su interior no son siempre efectivas para protegerlos de los riesgos propios del mundo privado. En el límite están las experiencias de abandono, en particular por parte de la figura paterna, y la violencia física (como violencia doméstica), ambas recurrentes en el seno de las familias del estudio. Sin embargo, la violencia en la familia asume formas más sutiles.

Al igual que lo visto en los apartados anteriores respecto de la dualidad entre un discurso que afirma, existen oportunidades para todos y la experiencia concreta de la falta de oportunidades, los jóvenes afirman que sus familias son su principal soporte pero, a la vez, sus relatos dan cuenta del hecho que éstas se articulan de tal manera que, muchas veces, en lugar de potenciarlos los mantienen cautivos en una posición que siéndole fun-

cional al sistema, los priva de la posibilidad de salirse de éste en busca de espacios de realización personal. Un ejemplo claro de esto es lo que ocurre con las mujeres. Como ya se mencionara, la deserción escolar femenina está fuertemente asociada con la maternidad temprana. En sus relatos, estas jóvenes señalan estar agradecidas con sus familias que las apoyaron en su maternidad. Sin embargo, este apoyo no se traduce en una habilitación concreta para el cumplimiento de sus aspiraciones, por ejemplo, la de retomar sus estudios. En muchos casos las jóvenes dicen tener familias dispuestas a cuidar a sus hijos, pero en la práctica, por distintas razones, esto no llega a concretarse en un sistema de cuidado que efectivamente les permita a ellas seguir estudiando.

“Una que creo es que afecta muchísimo son los límites que tanto mi mamá como mi pareja me ponen. Yo le he dicho a mi pareja “pues tú también puedes ir a las consultas” y me dice “no porque yo tengo que ir a trabajar, tengo que sacar los gastos”. Y otra es la de mi mamá que dice “pues yo si te lo cuido” pero al mismo tiempo me dice “no descuides tu hogar, no descuides a tu pareja.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica)

En parte, esto puede explicarse porque estas jóvenes cumplen un rol fundamental al interior de sus familias pues no solo están a cargo del cuidado de su hijo, sino también de hermanos, ancianos y tareas domésticas en el hogar. Por lo mismo, para la familia es funcional el que ellas estén en la casa. Por otra parte, esto podría explicarse por la precariedad en la que viven las familias. Si bien las familias pueden tener la intención de apoyar a los jóvenes, sus prácticas de subsistencia dependen de equilibrios frágiles que con frecuencia alcanzan apenas para sortear el día a día. Es difícil que la familia se organice para que una joven pueda retomar sus estudios pues no tiene asegurada la supervivencia diaria que pudiera permitirle invertir en el futuro. La madre puede ofrecerse a

cuidar al hijo de la joven pero también tiene que trabajar o tiene que cuidar a otro nieto, o bien en su hogar pueden no estar las condiciones para el cuidado de niños, con lo que el problema del cuidado no queda resuelto.

“O trabaja mi esposo o trabajo yo porque pues constantemente necesitamos llevarlo a sus consultas. Y la otra es que no hay quien me cuide a mi bebé. Mi mamá me dice “yo te cuido a tu bebé, yo te apoyo” pero no quiero aprovecharme de ella [...]. Y pues yo no sé, si influya pero en la zona en la que vivo hay mucha violencia, y también por parte de mi familia lo hay y no me gustaría que mi niño creciera con eso.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica).

Aquí, pesan las representaciones culturales en el seno de la familia que, en el caso de los roles de género, tienden a reproducir una segmentación tradicional del trabajo. Existen prácticas de discriminación entre las hijas mujeres y los hijos hombres al interior de las familias. Las jóvenes asumen tempranamente las funciones de cuidado y los quehaceres domésticos en el hogar, ya sea apoyando a sus madres o como principales responsables en los casos en los que ellas trabajan. El día se les va entre tareas de cuidado dejándoles poco o nada de tiempo y energía para otras actividades como los estudios y el trabajo. Si bien este caso es particularmente evidente en el caso de las madres jóvenes que, la mayoría del tiempo desertan de la educación una vez embarazadas, hay muchas jóvenes que, sin ser madres, se encuentran en esta situación porque sus madres dependen de ellas para el cuidado de hermanos pequeños, ancianos o enfermos. Si ya es difícil conciliar estudios con trabajo, sumarle a esto labores de cuidado y trabajo doméstico resulta prácticamente imposible.

“Ayudo a mi mamá a cocinar, porque mi hermana y mi prima llegan a almorzar a la 1, entonces,

trabajan cerca, entonces hay que tenerles todo listo. Y cuido a mi sobrino también, me preocupó de mandarlo al colegio, de ordenarles sus cosas, porque mi hermana también trabaja, entonces no alcanza ella a mandarlo.” (Chile, mujeres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Principalmente para las mujeres. Si para los jóvenes es difícil para las mujeres, es un 70% más difícil. Si no estás trabajando, tienes que ocuparte del hogar. La familia siempre te carga con eso, si eres mujer y si no estudiaste, entonces siempre asumen que tú vas a cuidar a los niños. Cuido de mi sobrino, cuido a muchos niños.” (Brasil, mujeres, 19-21 años. Trayectoria atípica)

“O sea ellos tienen los hijos, pero ellos no los van a cuidar. Ellos pueden salir, si mi pareja quiere salir a carretear, él sale, si él quiere trabajar, él sale a buscar trabajo, si él quiere lo hace, nosotras no.” (Chile, mujeres madres, 16-18 años. Trayectoria atípica).

Discursivamente, el frágil equilibrio entre ser fuente de obligaciones y de apoyo, puede fácilmente romperse, pasando a constituir la familia únicamente un peso para el joven. Esto ocurre principalmente cuando la familia cae en una situación de “deterioro moral”. Los jóvenes tienen asumida la responsabilidad de proveer a sus familias ya sea con medios económicos o por medio de tareas de cuidado en el espacio doméstico. Esto opera como una motivación siempre y cuando, haya una retribución por su sacrificio, al interior de la familia, expresada en la constitución de un espacio seguro, donde logran generar vínculos emocionales significativos, aunque sea con alguno de sus miembros. Sin embargo, cuando la familia se vacía de este contenido emocional, los discursos se vuelven más críticos. Esto se observa especialmente en el caso de jóvenes de trayectorias atípicas quienes con frecuencia le atribuyen su situación

a “problemas familiares” como la conflictividad con alguno de sus integrantes, el abandono –frecuentemente por parte del padre–, la violencia física en el núcleo familiar como maltrato infantil o violencia intrafamiliar, los problemas de drogas o alcohol de alguno de sus integrantes.

“Violencia cuando estaba más chico si sufría de violencia por parte de mi papá.... bueno hasta que se separó mi mamá, me pegaba sin piedad, o sea si este ... había ciertos motivos por los cuales si pegaba pero era muy exagerado en ese aspecto.” (México, mixto, 17-22 años. Trayectoria típica)

“Esas personas me criaron a mí porque era borracho como le dije sufrí de violencia familiar mi papá me usaba a mí como costal de boxeo llegó a traumarme demasiado yo no pasaba en mi casa llegué a un rumbo yo dormía con un cuchillo debajo de mi almohada si me llegaba a hacer algo yo pensaba cometer algo.” (El Salvador, hombres, 19-20 años. Trayectoria atípica)

“Una vez me llevó a Valdivia (mi papá), pero me dejó tirada allá (...) Tenía 12 años. Y ahí me hice las monedas, porque Valdivia es un pueblo chico po’, estuve parada en la plaza cantando...” (Chile, mujeres madres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

“Pues sí, porque ya no tienes confianza en ti mismo para realizar las cosas. Por ejemplo si sufres violencia intrafamiliar, si tu propia familia te violenta, qué te esperas de la sociedad. Entonces ya no tienes autoestima y como que te truncas.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica).

A modo de síntesis, puede señalarse que, para los jóvenes, la familia representa un espacio de seguridad que los mantiene protegidos de los riesgos de su entorno

proveyéndolos de la motivación necesaria para esforzarse y no perder el rumbo. En este sentido, la familia es dual: por un lado, representa un conjunto de obligaciones y necesidades que pesan sobre el joven, y por otro, los provee de la motivación y la seguridad necesarias para poder cumplir con esos deberes. Inversamente, la falta de apoyo económico, emocional o de contención por parte de la familia, se percibe como un obstáculo más al que se enfrentan quienes provienen de un entorno que ofrece pocos soportes para la realización de sus proyectos. Para todos los jóvenes del estudio la familia es fundamental y no dudan en mencionarla como su principal soporte a la hora de cumplir sus aspiraciones. Construir una familia representa de hecho una de sus principales metas futuras. Sin embargo, en sus relatos, el hogar se describe también como un espacio de conflicto entre las aspiraciones individuales y las necesidades del sistema familiar. Este es en particular el caso de las mujeres por la función que cumplen en la organización del espacio doméstico.

6.3.2 Yo mismo

El espacio de la vida íntima, puede también ser escenario de conflictos. En este caso, se trata de riesgos asumidos por el propio joven que pudieran atentar contra su integridad física o mental, o bien de situaciones de riesgo en el espacio de la intimidad.

Un primer ámbito a observar es el de las relaciones de pareja. En general, la pareja es vista como un apoyo emocional y una fuente de contención, aunque la mayoría de los jóvenes, probablemente por el rango de edad del estudio, no tiene una pareja estable. Son pocos los que viven en pareja, siendo sobre todo el caso de algunos que han tenido hijos y han mantenido su relación.

En lo que respecta a las relaciones de pareja, es un punto donde, a diferencia de las demás temáticas, se ob-

servan importantes diferencias entre los distintos países. En Colombia, por ejemplo, es donde más jóvenes viven establemente con sus parejas con quienes han formado una familia. En los demás países, son pocos los que declaran tener una pareja con la que comparten un proyecto de vida. Son más frecuentes las referencias al padre –o madre– de los hijos con quienes, por lo general, ya no mantienen relación. En Chile, por lo general al hablar de sus aspiraciones, se menciona el tener una pareja como un proyecto a futuro. Por último, destaca en caso de México en el que reiteradamente, se hace referencia a la violencia en el seno de la pareja.

En este caso, la violencia en el noviazgo emerge como una realidad frecuente. Para las mujeres jóvenes que han sufrido violencia por parte de sus parejas, las relaciones han devenido en un obstáculo para su vida cotidiana. La violencia se manifiesta en distintos grados, yendo desde actitudes celosas y posesivas hasta las agresiones físicas. Las jóvenes que han pasado por situaciones de violencia en la pareja tienden a destacar lo difícil que es salir de una relación así. Ya sea por el vínculo de dependencia que se genera con el agresor, o bien porque se produce dentro de la pareja, una escalada de violencia de la que es difícil tomar conciencia, el hecho es que, en los relatos, se da cuenta de la existencia de situaciones violentas al interior de la pareja que se prolongan en el tiempo. Lo anterior se vería agravado porque quienes sufren de violencia, en general, experimentan progresivamente un debilitamiento de sus redes de apoyo.

“Tenía un novio más grande que yo, este chico me llevaba seis años. En ese entonces yo tenía 16 años y a lo mejor yo era muy menuda, entonces él me intimidaba mucho porque realmente tiene un carácter muy fuerte. El me prohibía todo: “no salgas, no esto, no aquello... nada más conmigo”. Y me ponía short y me decía “pero por qué te lo pones, te gusta provocar a los hombres ¿verdad?”

Para que yo me pelee con ellos". Yo le decía "pues porque así me gusta" y él me decía "pues no". Entonces yo usaba puro pantalón para no pelear con él. Llegó un punto donde llegamos a gritarnos ambos, y donde después el sí me agarró de los cabellos y me los jaló. Yo me dije "no ¿qué estoy haciendo?". Una vez peleamos los dos, y sí, yo también le pegué, le pegué abajo, ahí para que me soltara." (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica)

Entre los jóvenes, y particularmente entre las mujeres, la exposición constante a la violencia de la que son objeto, poco a poco va dando lugar a un proceso de naturalización. Es una más de las complejidades que enfrentan en su vida diaria. Pese a identificarla como un problema, van generando distintas estrategias prácticas en su vida cotidiana para lidiar con ella. No tomar ciertas rutas en el transporte público, no hacer aquello que al novio le molesta, no andar solas de noche, son algunas de las mencionadas. En sus relatos, ellas señalan que, al venir de familias violentas, vivir en ciudades violentas y estar permanentemente expuestas al riesgo de la violencia, terminan por internalizarla como una conducta posible en su vida cotidiana y al interior de sus propias familias. Pese a considerar que es el principal problema que enfrentan, ellas mismas dicen haber adoptado conductas de este tipo. Por ello consideran que erradicarla no es una tarea fácil.

"Tenía un novio más chico que yo y yo era la manipuladora. Una vez nos peleamos y yo le empecé a gritar a insultar. Me desesperaba tanto porque se quedaba como tonto, entonces yo le pegué, él no hizo nada. Era muy sumiso, entonces literal hice violencia."

"Pues sí, me estresa que mi marido esté sentado. Una vez le di una patada porque estaba haciendo las cosas pero muy lento y a mí me gusta que se hagan rápido."

"A mi hermano le pego o le jalo los cabellos."

"Yo he recibido mucha violencia familiar. En mi familia, mis papás llegaban hasta los golpes. Peleaban por todo y eso generaba que terminaran hasta en los golpes y uno como individuo dice 'no, no voy a repetir lo mismo' pero inconscientemente muchas veces uno lo hace. Una vez, yo no me di cuenta, estaba con mi pareja y empezamos a discutir y se me hizo fácil agarrarle la oreja pero brusco, él me manoteo y yo lo golpeé del brazo y él respondió de la misma manera. Esa fue una situación y yo dije 'qué onda, estoy haciendo lo mismo que mis papás'." (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica).

La pareja no aparece como un soporte tan gravitante como la familia. Se lee más bien en dos claves: o bien se trata de relaciones transitorias a las que no le otorgan mayor importancia, o bien son relaciones que condujeron a un embarazo no planificado. En general la idea de la pareja se asocia a la de la pérdida de libertad y muchos, principalmente mujeres, señalan su voluntad de postergar esta decisión como una manera de prolongar y reafirmar su autonomía.

"Pues yo me veo en mi caso, obviamente sin pareja y sin hijos porque la verdad quiero viajar, conocer antes de comprometerme."

"Tener una casa, no me veo con mascotas porque al final quiero ahorrar, tener dinero para poder viajar y al tener mascotas, al tener hijos, el tener una pareja implica una responsabilidad de estar ahí para ellos, entonces me veo soltera un tiempo." (México, mixto, 15-17 años. Trayectoria típica).

La experiencia de la maternidad/paternidad no aparece como razón para mantenerse en pareja. La mayor parte de

los jóvenes que tienen hijos no siguen junto a ella. Son pocos los casos en los que se articula un proyecto de pareja más allá de las circunstancias de la maternidad/paternidad.

En relación a la sexualidad, los que se refieren el tema, perciben que la vida sexual se inicia ahora mucho antes que las anteriores generaciones. Creen contar con “más libertad” en este ámbito. Sin embargo, consideran que un obstáculo para la realización positiva de esta libertad, es la falta de educación sexual. Esto tendría como consecuencia la alta prevalencia de embarazos adolescentes y el contagio por enfermedades de transmisión sexual. En este punto, sienten que la responsabilidad es compartida. Por un lado, los jóvenes no harían el esfuerzo por informarse, pero por otro, los adultos no estarían preparados o dispuestos para guiarlos adecuadamente en la libertad que se les ha otorgado. Es interesante notar que en la educación sexual no se menciona a las escuelas o, más generalmente, al Estado como agente. Sería responsabilidad de la mujer o de su familia el informarse.

“Yo tuve relaciones sexuales a temprana edad, a los 15 años: Cuando mi mamá se enteró casi me quería matar, quería sacarme de mi casa, pero ya, al final de cuentas lo aceptaron, pero pues vulgarmente no me bajaron de lo peor, pero bueno, eso es normal.” (México, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica).

“Mi abuela me dice y habla mucho respecto a esas cosas y me dice el hecho de cuidarse.” (El Salvador, mujeres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

La sexualidad fue un tema poco recurrente en los grupos, no así el embarazo en adolescentes. Esto de por sí llama la atención pues, cuando las causas de la maternidad temprana fueron mencionadas, la falta de educación sexual no apareció como una de ellas. Los discursos se articularon más bien en torno a dos ejes. Por una parte, uno que enfatiza en que la responsabilidad sería de las propias mujeres

que resultan embarazadas por no cuidarse o por buscar intencionadamente el embarazo esperando ser mantenidas económicamente por los padres de sus bebés.

“Mi hermana era una chica súper pila, se graduó, todos los honores, pero falló en que ella se dejó convencer muy rápido del novio y salió embarazada, no siguió estudiando, se quedó ahí, tiene ahorita dos niños, y quiere que el esposo la mantenga. No solo es mi hermana, hay muchos casos, incluso niñas más pequeñas que mi hermana que solo se dejan embarazar para que las mantengan y así es.” (Colombia, mujer, 22 años. Trayectoria típica)

Por otra parte, el embarazo en adolescentes se explicaría por el contexto. Crecer en un entorno social en el que las jóvenes reciben poco apoyo por parte de sus familias, es percibido como aumentando la probabilidad de embarazarse a temprana edad. Apoyo en este caso, refiere a la función que cumple la familia como soporte para la realización de aspiraciones que, justamente, vayan más allá de la propia familia. En el apartado anterior se hizo referencia a este punto en relación al soporte que prestaba la familia para dejar el espacio doméstico con el fin de estudiar o trabajar. Cuando ese soporte no existe, las aspiraciones terminan por limitarse al propio espacio de la familia. Ésta puede ser un soporte para idear un proyecto de vida que la trascienda, un proyecto de vida que implique un quiebre con la propia familia. Sin embargo, muchas veces se observa lo contrario. La familia no provee ese soporte porque la autonomización de sus integrantes, y en particular de la mujer sobre la que recae el peso de mantener lo doméstico, atenta contra su funcionamiento. En este sentido, la maternidad temprana puede también entenderse como el proyecto de vida que queda cuando se carece de soportes para desarrollar otros fuera del ámbito de la familia.

Las representaciones tradicionales de género cumplen un importante rol en la maternidad temprana. “La ma-

ternidad durante la juventud no es necesariamente el reflejo de una ausencia de proyecto de vida o de un hecho netamente accidental; es a veces también, el resultado de una expectativa forjada bajo una cultura machista que se hereda principalmente vía materna, a través de modelos de crianza y un entorno que moldea las aspiraciones de las jóvenes alrededor de su rol como esposas y madres” (Sánchez, 2018). Ser madres es un valor transmitido culturalmente y, por ende, la realización de esa expectativa estaría acorde con lo que se espera de las mujeres en sociedades donde predominan los estereotipos tradicionales de género. En este sentido, una vez más se observa una ambivalencia entre la expectativa social que espera una postergación de maternidad en post de la inserción de la mujer en el mercado laboral, y los soportes prácticos con que cuentan para ello. Entre otros, la educación sexual pero también y, mucho más generalmente, soportes más allá de la familia y de su propia voluntad, para la realización de sus aspiraciones como podría ser el Estado, las guarderías, la iglesia, los pares, o cualquier comunidad de pertenencia. Si la familia es el único punto de apoyo, la única fuente de motivación con que cuentan en la vida, entonces la maternidad temprana puede también leerse en esa clave, como la búsqueda de un soporte más en la realización biográfica. Esto podría de hecho explicar la alta prevalencia de situaciones de embarazo temprano en el contexto de familias de origen fragmentadas.

“Con ganas porque tenís algo que, alguien a quien darle, alguien por quien luchar.” (Chile, trayectoria atípica, 16-18 años. Mujeres con hijos)

La experiencia de la paternidad juvenil se encuentra mucho menos presente en los relatos de los jóvenes. Frecuentemente, las afirmaciones de los padres jóvenes no refieren tanto a cómo ha impactado la responsabilidad de

la crianza en sus vidas. Los que se refieren a su paternidad señalan que nunca pensaron ser padres o “dejar embarazada a alguien”. En tanto, la consecuencia más común en sus vidas cotidianas es que se han visto obligados a comenzar a trabajar, pero no hay un reordenamiento completo de la vida cotidiana como en el caso de las mujeres.

“Ya se vuelan todos los sueños, digamos que uno embarace a una bicha ya no puede seguir estudiando, ya tiene uno que trabajar, y trabajar a un hogar a ser universitario es prácticamente imposible...” (El Salvador, trayectoria típica, 15-17 años. Hombres).

A modo de síntesis, este apartado revela que, a diferencia de lo que ocurre en otros ámbitos, los jóvenes sienten un importante compromiso y sentido de pertenencia respecto de sus familias. Ahora bien, este compromiso, especialmente en el caso de las mujeres, va en detrimento de su posibilidad de inscribir y desplegar sus aspiraciones fuera del ámbito de lo doméstico. Granovetter (1973) señala, en relación a los lazos sociales, que “la fuerza de un vínculo es una combinación del tiempo, la intensidad emocional, intimidad (confianza mutua) y los servicios recíprocos que caracterizan a dicho vínculo”. La fortaleza del vínculo de los y particularmente, de las jóvenes con sus familias, les impide acceder a otro tipo de lazos, los “lazos débiles”, aquellos basados en redes de interacción social más distantes, clave para los procesos de movilidad social. En este sentido, la violencia en el seno de la familia trasciende el aspecto físico. La familia y sus requerimientos se constituyen en un obstáculo para que los jóvenes inscriban y materialicen aspiraciones fuera de su alcance. En este espacio confluyen también los discursos que legitiman la violencia. En este caso, en relación al predominio de roles tradicionales de género que limitan aún más, las oportunidades de las mujeres.

6.3.3. Tiempo de ocio y conductas de riesgo

La mayoría de los jóvenes declara no tener tiempo libre. El caso de las mujeres que son madres es crítico pues viven tensionadas en el cumplimiento de las distintas labores que recaen sobre ellas.

“Yo me levanto a las cuatro y media, hago almuerzo, alisto la niña, la llevo a su colegio, yo me voy a trabajar hasta las cuatro, cuatro y media que salgo, de ahí tomo Transmilenio y me voy al SENA a estudiar. Llego a las casi once a mi casa, arreglo las cosas del otro día y ese es un día normal para mí.”
(Colombia, mixto, 18-21 años. Trayectoria típica)

En el otro extremo, los jóvenes que no estudian, ni trabajan ni están a cargo del cuidado de hijos o familiares, disponen de tanto tiempo libre que realmente no es significativo como un tiempo de ocio o disfrute. Por el contrario, para ellos el desafío es llenar las horas con alguna actividad. Disponer de tiempo de ocio, como un tiempo de descanso y disfrute, es una realidad poco frecuente.

Moderadora: *Cuéntanos de ti, en qué estas.*

P3: *Nada, dejé de estudiar, o sea me echaron.*

Moderadora: *Ya y te echaron del colegio, ¿qué te pasó, eras muy desordenado?*

P3: *Nada Igual sí po’.*

Moderadora: *¿Y cuándo fue eso? Hace cuanto...*

P3: *Hace como dos años.*

Moderadora: *¿Y qué has hecho este tiempo?*

P3: *Nada, le ayudo a mi abuelo, estoy en la casa.*

Moderadora: *Ya le ayudai a tu abuelo. ¿Qué más has hecho en estos dos años?*

P3: *Nada.* (Chile, hombres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

Cuando los jóvenes hacen referencia a cómo ocupan su tiempo libre, la actividad que resulta más frecuentemente

mencionada es juntarse con amigos. Sin embargo, por mucho que señalan disfrutar asistir a fiestas, la noche es una amenaza. Sienten estar expuestos a la violencia o a la delincuencia al circular por las calles durante la madrugada. Ir al estadio es frecuentemente mencionado, principalmente por los hombres, como su principal pasatiempo. Sin embargo, éste también es un espacio del que se han alejado en la medida que se ha ido tornando inseguro.

“En mi barrio, esa zona es como de Santa Fe, si se llega a meter alguien de Millonarios, se arma, es horrible, entonces es también eso, que ya uno no puede andar con una camisa de un color porque ya es una pelea o que también lo pueden matar a uno por una camisa o por simplemente ir pasando.”
(Colombia, mixto, 18-21 años. Trayectoria típica)

“En el tema del deporte, del fútbol, que se arreglara el tema de los partidos, un partido de Europa, la gente va y se sienta a mirar el partido, la pasa bien, y la hinchada, acá no podés mezclar las hinchadas porque matan a 10.” (Uruguay, mixto, 16-19 años. Trayectoria típica)

La participación en asociaciones o grupos de otra índole, casi no se menciona. Incluso son pocos los que declaran pertenecer a comunidades religiosas. El relato de la vida cotidiana está, por lo general, circunscrito al estudio cuando lo hay, el trabajo cuando lo hay, y a la vida doméstica. La calle, el espacio de la sociabilidad, se connota negativamente como un espacio peligroso. No solo por el riesgo de ser agredido, también por el miedo de ceder a la tentación de las drogas, su consumo o su comercialización.

“A veces el joven se deja llevar muy fácil, digamos como ella dijo, uno se está desarrollando y a veces se dejan llevar por las drogas o por los malos pasos o por la calle, por muchas cosas y son jóvenes que uno ve y dice ‘tienen muchísimo

por destacar' porque a mí me pasaba, yo tenía amigos que uno los ve y son súper inteligentes pero no están estudiando sino haciendo otra cosa, que pues no sé, esa es como la única desventaja porque somos la generación y pues como jóvenes debemos empezar por nosotros para poder hacer de este país algo mejor.” (Colombia, mujeres, 15-17 años. Trayectoria atípica)

“La mayoría de los jóvenes se interesa demasiado en buscar placer, y la verdad no es realmente su culpa, sino la del país que no les ofrece nada. Buscan desahogarse para no morir de angustia.” (Haití, mixto, 15-19 años. Trayectoria típica)

Al respecto, es interesante notar que caer en las drogas, para ellos es, ante todo, una decisión personal. Los discursos destacan la autonomía individual en este aspecto: nadie los obliga a consumir, nadie los obliga a traficar. Quién lo hace lo hace por voluntad propia. Sin embargo, al mismo tiempo, los discursos dejan entrever que quienes caen en las drogas es porque no tuvieron otras opciones: no recibieron apoyo por parte de sus familias o no lograron generar ingresos por otros medios. En este sentido, se entiende por qué la calle tiene esa connotación tan peligrosa. En la medida que el caer en las drogas no depende más que de ellos, prefieren mantenerse lo más alejados posible. Esta dimensión del problema de las drogas representa para ellos un riesgo mayor que la violencia asociada a las actividades del narcotráfico, con la excepción del caso de los jóvenes de El Salvador, donde la violencia de las pandillas queda explícitamente mencionada como un peligro.

P5: *Las amistades.*

P2: *Por seguir al grupo.*

P1: *Es que ahí va en uno po'.*

P5: *Uno tiene que elegir muy bien a sus amistades de repente, porque la mayoría de los cabros de*

nuestra edad anda metido en las drogas. (Chile, hombres, 16-18 años. Trayectoria atípica)

“La mayoría de los haitianos, la mayoría de los jóvenes no tienen nada que hacer, es por eso que algunos de ellos entran a la delincuencia. Las causas son el hambre, los momentos difíciles de la vida que en ocasiones, implican el encarcelamientos de esos jóvenes por su mala conducta o por haber cometido acciones deshonestas, los adolescentes caen en los juegos de azar, en la búsqueda de dinero.” (Haití, mixto, 19-24 años. Trayectoria atípica).

Privados de ámbitos de sociabilidad y de recreación, el consumo de bienes se erige como el principal espacio de reafirmación de la autonomía personal. Éste no es solo un medio para acceder a un mayor bienestar y calidad de vida. El tener un buen poder adquisitivo es la marca del ascenso social dentro de cursos institucionalizados de vida.

“Tengo que comprar muchas cosas, tengo que ayudar en la casa, tengo que comprar un par de zapatillas o mi hermana no tiene algo, quiero verla bien y le compro zapatillas a ella y ahí me quedo, entonces igual no alcanza mucho con el dinero, y todo se mueve con la plata hoy en día, eso es lo malo.” (Chile, hombres, 23-24 años. Trayectoria atípica)

Querer dejar de ser carga económica de los padres y poder tener y administrar su propio dinero para poder comprar sus cosas es una aspiración transversal. Además de tener para sus gastos, tener para arrendar o comprar una casa propia, un auto y viajar son las principales aspiraciones de consumo de los jóvenes para el futuro. El acceso al trabajo y en menor medida, la posibilidad de ahorrar, emergen como las dos principales herramientas para ello. Respecto del ahorro, las estrategias empleadas son la mayor parte del tiempo informales (guardan el dinero “debajo del colchón” o se lo confían a algún

familiar). Solo en contadas ocasiones se menciona alguna vinculación con el sistema bancario.

“El gran problema es el financiamiento. Yo no conozco un lugar en Haití donde se pueda pedir un crédito con facilidad por 2 a 3 mil dólares para invertir. El acceso a los créditos está estrictamente reservado para un pequeño grupo de personas de familias influyentes. Si uno tuviera acceso a los créditos, los jóvenes podrían presentar sus proyectos de negocios y pedir un préstamo para llevarlo a cabo. Pero no, eso no va a ocurrir.” (Haití, mixto, 15-18 años. Trayectoria atípica)

La realización de los proyectos de consumo y autonomía encuentran importantes obstáculos en el elevado costo de la vida en sus países. En la práctica, y pese a tener aspiraciones en ese ámbito, los salarios que reciben y sus gastos cotidianos les dejan poca o ninguna capacidad para consumir más allá de lo estrictamente necesario. Los que no tienen un trabajo estable, emplean distintas estrategias para solventar sus gastos, la mayoría relacionadas con incursiones esporádicas en el mercado laboral informal. Cuando necesitan dinero trabajan, juntan lo requerido y luego dejan el trabajo. Los bajos sueldos son incompatibles con el ahorro por lo que el trabajo, limitado a aquellas opciones a las que logran acceder, es más una estrategia para cubrir sus necesidades inmediatas, que una herramienta para cumplir sus aspiraciones futuras. En sus discursos, esas aspiraciones de consumo –la casa, el auto, los viajes– van siendo postergadas para cuando logren concluir sus estudios. Así, una vez más, los jóvenes se enfrentan a la dualidad entre la idea de un acceso ilimitado al consumo, y las posibilidades reales que encuentran para ello. En el extremo, han visto cómo estas expectativas insatisfechas de consumo han llevado a amigos o conocidos a optar por otras vías para satisfacerlas.

“A los 20 años mi mamá estaba embarazada de mí, mi papá ya estaba trabajando, tenía un

auto, una motocicleta y ya habían comprado un departamento. Y ahora tengo 21 años y no tengo nada.” (Brasil, mixto, 19-21 años. Trayectoria típica).

“Bicicletear sería cubrir los gastos según la urgencia, o sea esto es necesario ahora entonces cubrimos esto y posponemos esta deuda y cuando esta deuda ya aprieta pagamos esto y cubrir otros gastos, y es ver lo más urgente y posponer lo que se puede posponer todavía.” (Paraguay, mixto, 18-19 años. Trayectoria típica)

P8: Exactamente, si al final si te poní a robar o hacer cualquier cosa son opciones que tomaste no más, pero al final estai buscando lo mismo.

P7: La plata fácil.

P8: Es plata igual, si lo mirai es plata.

P3: Todos buscan el mismo objetivo que es la plata.

P5: Exactamente. (Chile, hombres, 23-24 años.

Trayectoria atípica)

Para concluir, este apartado da cuenta del importante rol que juega la violencia en las conductas sociales de los jóvenes. El miedo a la calle y a incurrir ellos mismos en conductas violentas como las drogas, los lleva a limitar sus espacios de sociabilidad, lo que hemos llamado autoexclusión como violencia ejercida por el joven contra si mismo. El consumo se erige así en el ámbito por excelencia de reafirmación de su autonomía. Ahí también, la distancia entre las expectativas sociales y las oportunidades concretas para realizarlo se inscriben en el ámbito de la violencia estructural, por la falta de acceso a los ingresos necesarios para ello. Es también violencia simbólica, por la reproducción de un discurso que promueve el consumo como símbolo por excelencia de la de movilidad social y realización identitaria en circunstancias que grandes mayorías no tiene las condiciones materiales para acceder a él.

7.

CONCLUSIONES E IMPLICANCIAS PARA LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

7.

CONCLUSIONES E IMPLICANCIAS PARA LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

Como se fue mostrando a lo largo del análisis, para los jóvenes de la región la violencia es una realidad cotidiana que determina en gran medida sus trayectorias biográficas. La violencia no es solo física. Es también discriminación en el trabajo, estigmatización en la ciudad. Es machismo al interior de las familias y es maltrato en la pareja. Es la privación y la restricción de las oportunidades a las que tienen acceso, es una sociedad que no otorga los soportes necesarios para la realización de sus aspiraciones a la vez que les exige cada vez más para poder acceder a posiciones de inclusión social.

Retomando la discusión acerca de la relación entre violencia y cohesión social, queda de manifiesto que los jóvenes experimentan a diario, la incapacidad institucional para reducir brechas sociales. Este informe entrega antecedentes que sugieren que, tras las dificultades para completar sus ciclos educacionales, para acceder al mercado laboral o tras el embarazo en adolescentes no hay solo motivos individuales. Está también la amenaza de la violencia física, la violencia estructural como discriminación en el acceso a oportunidades y, la violencia simbólica como estigmatización en los vínculos sociales y como la reproducción de los discursos que legitiman estas formas de violencia.

Como consecuencia de la vivencia diaria de la incapacidad institucional para resolver estas brechas, los jóvenes sienten que el curso de sus vidas depende exclusivamente de ellos mismos. Reconocen las dificultades: el acceso a la educación, la compleja inserción en el mundo del trabajo, la inseguridad cotidiana en la ciudad, la falta de dinero. Sin embargo, están seguros que si se esfuerzan lo suficiente, van a poder salir adelante. Situar de este lado de la dicotomía, entre los que luchan y los que han sucumbido a las circunstancias, implica un esfuerzo permanente que muchas veces es fuente de frustración a nivel individual. Esto puede redundar en autoexclusión o baja autoestima, formas que asume la violencia cuando es ejercida por el individuo en contra de sí mismo.

En este discurso que afirma el poder de la voluntad para la superación de las dificultades, emerge la violencia como un obstáculo respecto del cual no tendrían agencia. La idea que la violencia está en todos lados, que permea todos los espacios, es transversal. Es, para los jóvenes de todos los países, uno, si no, el mayor problema que enfrentan. A diferencia de lo que ocurre en sus discursos en relación a otros obstáculos frente a los cuales logran idear

estrategias –más o menos efectivas–, frente a la violencia carecen de recursos. Al invadirlo todo, va limitando los espacios posibles donde desplegar su subjetividad, retrayéndolos a una vida cada vez más privada. Sus aspiraciones son su casa, su auto, su negocio, su tranquilidad. Su principal soporte, ellos mismos. Las respuestas de los grupos estigmatizados, se señaló anteriormente, tienden a enfatizar la autosuficiencia y la autonomía (vinculadas con la individualización y la privatización del riesgo). La exclusión y la individuación que resultan son fenómenos que, al debilitar los vínculos sociales, atentan contra la cohesión social.

Esto es especialmente grave en el caso de las mujeres. El repliegue en el espacio doméstico puede entenderse también como una respuesta adaptativa ante la falta de soportes para inscribir sus aspiraciones en el ámbito público. Esto resulta de la exposición permanente a distintas manifestaciones de la violencia, atravesadas todas por la violencia de género. Como discriminación en el acceso a oportunidades laborales, como machismo, acoso o sobrecarga de tareas domésticas, la violencia de género implica la exclusión de las mujeres del acceso a los espacios donde se realizan las oportunidades sociales. La maternidad temprana, en sus palabras, les entrega algo por lo que luchar, el reconocimiento que se juega en el cumplimiento de los roles tradicionales de género al interior de la familia.

Respecto de los facilitadores de la violencia, el análisis dio cuenta que los jóvenes se enfrentan diariamente a dinámicas como la desigualdad, la violencia intrafamiliar, el narcotráfico, la estigmatización y la desafiliación institucional que, como se mencionara, están en el origen de la emergencia de este fenómeno. Su inserción social es frágil: sus trayectorias educativas vulnerables, su participación en el mercado laboral es precaria e informal. Se observa en sus discursos una resignificación del trabajo. Si para otras generaciones representó el ámbito por excelencia de la inclusión social, la estabilidad y el recono-

cimiento, al ser discriminados del acceso a trabajos de este tipo, los jóvenes van desarrollando con éste una relación más funcional. Entran y salen según sus necesidades, buscan la autonomía antes que las precarias relaciones laborales del mercado formal, aunque esto implique una mayor inestabilidad. La falta de correspondencia entre el esfuerzo hecho y los trabajos a los que logran acceder, es experimentada como una falta de reconocimiento a su mérito, como una ausencia de solidaridad intergeneracional, como una injusticia que va debilitando su confianza y apoyo a las instituciones sociales.

De esta manera, los datos dan cuenta del hecho que existiría una relación entre violencia y cohesión social. Sociedades con baja cohesión como las de la región, mantienen importantes brechas sociales que sus instituciones no logran resolver de manera efectiva. Esto afecta el “sentido de pertenencia” de los jóvenes respecto de sus sociedades. En la clave que propone el informe, la ineficacia para resolver estas brechas constituye una expresión de la violencia: un orden social que se basa en la exclusión de ciertos grupos del acceso a los frutos del desarrollo. Un bajo “sentido de pertenencia” entre los jóvenes, podría explicar una menor disposición a seguir reglas, su desconfianza en las instituciones y su escasa participación en redes sociales fuertes y resistentes, entre otros. En otras palabras, conductas que generalmente se califican de violentas. De esta manera, la violencia estaría en el centro de la reproducción de los bajos niveles de cohesión social en la región.

Finalmente, respecto a su vínculo con el Estado, más que rechazo, los jóvenes manifiestan lejanía y desconocimiento. El Estado, sus instituciones, son más bien una omisión en los discursos. En este sentido, la ausencia de crítica no implica un apoyo ciudadano, en los términos que plantea la cohesión social, sino desafección y desesperanza respecto a la posibilidad de algún cambio que pudiera provenir desde la política para poner fin a las dificultades que enfrentan.

Desde una perspectiva de política pública, los resultados de este estudio hablan acerca de la necesidad de adoptar una diversidad de medidas orientadas, por ejemplo, a suplir los déficits de los sistemas educacionales o mejorar la empleabilidad de los jóvenes. Sin embargo, los datos de este estudio no informan acerca de cuáles son las políticas más efectivas para ello y, por cierto, hay estudios especializados en esos temas que sí están en la medida de hacer ese tipo de recomendaciones. Sobre lo que sí informa este trabajo, desde un enfoque de política pública, es acerca del rol que cumple el Estado en la legitimación de la violencia en todas sus formas. Por lo mismo, las recomendaciones que a continuación se formulan refieren a ese aspecto.

Una primera sugerencia que pudiera formularse, refiere a acercar el Estado a los jóvenes. La exclusión de la que son objeto en sus países, parte por un Estado que funciona a sus espaldas. Por “acercar”, en este caso, se hace referencia a informar a los jóvenes acerca de los programas disponibles para ellos, por una parte, pero sobre todo, a incluir y escuchar su voz en el diseño de los mismos. Se trata, en este caso, de romper con la creencia que el desarrollo en sus países se está llevando a cabo sin ellos, que éstos no tienen nada para ofrecerles. Para ello, probablemente sea necesario adaptar y adecuar los mecanismos tradicionales de toma de decisión a los intereses y forma de participación preferidas por los jóvenes. Como se describió en el apartado de antecedentes, no es que ellos no se interesen por la política sino que buscan formas alternativas de participación. Es necesario entonces, generar espacios a los que ellos se sientan convocados antes que la frustración por la exclusión derive en las formas violentas que como se ha visto en la región, pueden asumir las demandas de los jóvenes.

Una segunda implicancia para las políticas pública, derivada de la anterior, refiere a la necesidad de diseñar ins-

trumentos que aborden de manera comprehensiva, tanto las diferentes manifestaciones de la violencia a la que se encuentran expuestos los jóvenes, como violencia física, estructural y simbólica, cómo los distintos ámbitos donde ocurren los hechos de violencia —el barrio, la ciudad, los lugares de trabajo, los recintos educacionales, las familias—. Para ello, una primera iniciativa podría ir en el sentido de revisar la acción de ciertos dispositivos que, desde el Estado, pudieran estar contribuyendo a la reproducción de discursos que legitiman la violencia como son los propios discursos de sus personeros, la manera como se formulan las políticas y programas, los textos escolares, los procesos de contratación en el Estado, entre otros. En relación a esto, un instrumento que puede ser adoptado es la “transversalización de la no-discriminación” (*non-discrimination mainstreaming*). Esto refiere a “la incorporación sistemática del principio de la no-discriminación y la igualdad de oportunidades, en todas las políticas, leyes y programas públicos. [...] La adopción de la no-discriminación consiste en garantizar la integración de una perspectiva de igualdad en todas las etapas del proceso de formulación de políticas, desde el diseño hasta la implementación, el seguimiento y la evaluación” (Center for Strategy & Evaluation Services 2007). Si bien esta metodología en general refiere a la igualdad de género, puede pensarse en una aplicación al caso de los jóvenes. El objetivo de la adopción de un instrumento de este tipo sería que la no-discriminación pasara a ser un principio que regulara la acción estatal.

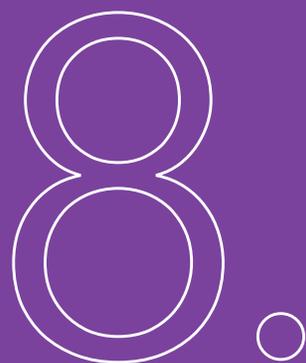
Una tercera recomendación se refiere a la necesidad de poner especial atención a la situación de las mujeres jóvenes y las distintas formas de violencia a las que están expuestas en virtud de su género. Por ejemplo, como se mencionó a lo largo del informe, las altas tasas de embarazo en adolescentes pueden responder a la ausencia de programas de educación sexual pero también pueden entenderse desde la falta de soportes efectivos para inscribir y realizar aspiraciones en el espacio pú-

blico que vayan más allá de los roles tradicionales de género. Por lo mismo, cualquier iniciativa orientada a prevenir el embarazo en adolescentes debe abordar el problema también desde la perspectiva de ofrecerle a las mujeres oportunidades para la realización de trayectorias educativas y laborales fuera del ámbito doméstico. Las propuestas pueden ir en la línea del fomento de la educación a distancia, de los programas de reinserción educativa que consideren alternativas para el cuidado de niños, entre otros. En relación al punto específico de la educación sexual, resulta fundamental que ésta sea abordada como un problema de Estado y no delegada exclusivamente a la familia o las mujeres. Cómo lo sugieren los datos de este estudio, las características del entorno en el que se desenvuelven las jóvenes de menores ingresos ponen en jaque la efectividad de la prevención en estos niveles. El debate al respecto debe inscribirse en la discusión más general acerca de las dificultades adicionales para lograr posiciones de inclusión social que enfrentan las jóvenes madres y trascender la discusión valórica que muchas veces obstaculiza las iniciativas en este ámbito en los países de la región.

Por último, el problema de la importancia de la violencia en la vida de los jóvenes, finalmente, trasciende a los propios jóvenes. Desde un enfoque de cohesión social, el que los jóvenes estén privados del acceso a oportunidades como consecuencia de la violencia tensiona la

cohesión social en la región. Por lo mismo, éste no es un problema sectorial de los jóvenes ni, por ende, de las instituciones que desde el Estado, más directamente se relacionan con ellos. Es un problema transversal al Estado porque es un problema social que amenaza la estabilidad de las sociedades, la eficacia y legitimidad de las instituciones, la convivencia y el orden social. Por lo mismo, debe abordarse de manera comprehensiva y coordinada, como un problema de Estado y no de una agencia en particular.

Cualquier intervención que se diseñe sin incorporar la violencia como una variable en la vida de los jóvenes, puede tener como efecto no anticipado, la reproducción de discursos que legitiman la violencia en contra de ellos y con eso, la limitación adicional de sus oportunidades. Por ejemplo, un programa de fomento al empleo que no se hace cargo de las dificultades que enfrentan para desplazarse por la ciudad, de los efectos de la estigmatización sobre la salud mental, de la prevalencia de roles tradicionales de género al interior de los hogares, de la discriminación de la que son objetos en las entrevistas de trabajo, por mencionar algunos de los fenómenos descritos en este trabajo, podría no ser efectivo. Y el problema no estaría en los jóvenes, su apatía, su irresponsabilidad o su falta de compromiso sino en el límite que les pone la violencia para acceder a nuevas oportunidades.



BIBLIOGRAFÍA

JÓVENES EN LA MIRA:

DISCRIMINACIÓN,
VIOLENCIA Y
ESTIGMATIZACIÓN

en América Latina y el Caribe

- Alarcón, C. (2013). Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Aguilar.
- Alaimo, V., Bosch, M., Kaplan, D., Pagés, C., & Ripani, L. (2015). Empleos para crecer. Washington, D.C.
- Auyero, J., & Berti, M. F. (2013). La violencia en los márgenes: una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense.
- Bachelet, P. (2016). Encuesta Latinobarómetro y delincuencia: mejora la victimización del crimen pero sigue el miedo. BID.
- Bárcena, A. (2019). Promoting Equality and Inclusion: A Latin American and Caribbean perspective. In Addressing inequalities and challenges to social inclusion through fiscal, wage and social protections policies. 57th Session of the Commission for Social Development. New York: ECLAC.
- Bassi, M., Busso, M., Urzúa, S., & Vargas, J. (2012). Desconectados: Habilidades educación y empleo en América Latina. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Becker, G. (1968). Crime and Punishment: An Economic Approach. Journal of Political Economy, 76.
- Briceño-León, R. (2007). Sociología de la violencia en América Latina. Quito: Flacso Ecuador.
- Castro, A. (2020). Desafíos de la pandemia de COVID-19 en la salud de la mujer, de la niñez y de la adolescencia en América Latina y el Caribe. Serie de Documentos de Política Pública Covid-19. New York: UNICEF y PNUD.
- Cepal. (2007). Cohesión social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe.
- Cepal. (2008). Juventud y Cohesión Social en Iberoamérica: un modelo para armar.
- Cepal. (2008). Panorama Social de América Latina 2008. Santiago.
- Cepal. (2010a). Cohesión social en América Latina y el Caribe: una revisión de conceptos, marcos de referencia e indicadores.
- Cepal. (2010b). América Latina en clave de cohesión social: indicadores seleccionados.
- Cepal. (2014). Panorama Social de América Latina. Santiago.
- Cepal. (2015). Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. (D. Trucco & H. Ullmann, Eds.). Santiago.
- Cepal. (2018). Panorama Social de América Latina. Santiago.

- Cepal. (2019). La medición del feminicidio o femicidio: desafíos y ruta de fortalecimiento en América Latina y el Caribe.
- Cepal, & Unicef. (2016, August). El derecho al tiempo libre en la infancia y adolescencia. Desafíos. Boletín de La Infancia y La Adolescencia.
- Chávez, C. (2018). Youth and Organised Crime in Ciudad Juarez, Mexico: An exploration of contributing factors. University of Cambridge.
- Chioda, L. (2014). Violence in Latin America: Dynamic Panel Data Analysis. Working paper.
- Chioda, L. (2016). Stop the violence in Latin America: A look at prevention from cradle to adulthood.
- Chioda, L. (2017). Stop the violence in Latin America. A Look at Prevention from Cradle to Adulthood. Washington, D.C.
- CIDH. (2015). Violencia contra Personas Lesbianas, Gay, Bisexuales, Trans e Intersex en América.
- Clark, H., Grynspan, R., & Muñoz, H. (2013). Human Development Report for Latin America. UNDP.
- Cambiar por Duarte, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: sobre sus orígenes y reproducción. Última Década, 36, 99–125.
- Cambiar por Duarte, C. (2012). El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil.
- Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas. (2019). Informe sobre el consumo de drogas en las Américas 2019. Washington, D.C.
- Concha-Eastman, A., & Krug, E. (2002). Informe mundial sobre la salud y la violencia de la OMS: una herramienta de trabajo.
- Córdova, R., Cruz, J. M., & Seligson, M. (2012). La cultura política de la democracia en las Américas. Vanderbilt University.
- Crime, I. (2019). Balance de InSight Crime sobre los homicidios en 2018.
- Cruces, G., Ham, A., & Viollaz, M. (2012). Scarring effects of youth unemployment and informality. Evidence from Brazil.
- David-Ferdon, C., & Simon, T. R. (2014). Preventing Youth Violence: Opportunities for Action. Centers for Disease Control and Prevention.

- de Hoyos, R., Rogers, H., & Székely, M. (2016). Out of School and Out of Work Risk and Opportunities for Latin America's Ninis. Washington, D.C.: World Bank.
- Dragolov, G., Ignác, Z., Lorenz, J., Delhey, J., & Boehnke, K. (2013). Social cohesion radar measuring common ground: An international comparison of social cohesion methods report.
- Espejo, A., & Espíndola, E. (2015). La llave maestra de la inclusión social juvenil: educación y empleo. In Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. Santiago: Cepal.
- Espinoza, V. (1995). Redes sociales y superación de la pobreza. *Revista de Trabajo Social*, (66), 31–44.
- Favara, M., & Sánchez, A. (2017). Psychosocial competencies and risky behaviours in Peru. *Journal of Labor & Development*, 6(3).
- Feenstra, R. C., Inklaar, R., & Timmer, M. P. (2015). The Next Generation of the Penn World Table. *American Economic Review*, 105(10), 3150–3182.
- Frei, R. (2017): "Escuchando a los jóvenes de Latinoamérica y el Caribe" El caso de Chile: aspiraciones segmentadas y cursos de vidas institucionalizados. Documento de trabajo. Santiago: Espacio Público.
- Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of peace research*, 27(3), 291–305.
- Granovetter, M. (1983). The strength of weak ties: A network theory revisited. *Sociological Theory*, 1, 201–233.
- Güell, P., Peters, T., & Morales, R. (2011). Tipología de prácticas de consumo cultural en Chile a inicios del siglo XXI: mismas desigualdades, prácticas emergentes, nuevos desafíos. *Universum*, 2(26).
- Hirschman, A. O. (1978). Exit, Voice, and the State. *World Politics*, 31(1), 90–107.
- Hopenhayn, M. (2008). Cohesión Social: entre inclusión social y sentido de pertenencia. En: J. Granda (Ed.) *Pobreza, exclusión y desigualdad* (pp. 189-222). FLACSO.
- Hopenhayn, M. (2004, September 18). Participación juvenil y política pública: un modelo para armar. Caxandú.
- Hopenhayn, M. (2006). La Juventud Latinoamericana en sus tensiones y sus violencias. In *Juventudes, violencia y exclusión: Desafíos para las políticas públicas*. Guatemala: Instituto Iberoamericano para el Desarrollo Social.
- Hopenhayn, M. (2005). *América Latina, Desigual y Descentrada*. Buenos Aires: Norma.
- InSight Crime (2019) Balance de InSight Crime sobre los homicidios en 2018. Versión electrónica.
- International Crisis Group (2017) El salario del miedo: maras, violencia y extorsión en Centroamérica.

- Jaitman, L., Soares, R., Olavarría-Gambi, M., & Compeán, R. G. (2015). The Welfare Costs of Crime and Violence in Latin America and the Caribbean. IDB.
- Jaitman, L. (ed.) (2017). The costs of crime and violence: New evidence and insights in Latin America and the Caribbean. IDB.
- Keeley, B. (2018). Desigualdad de ingresos. La brecha entre ricos y pobres.
- Krause, K., Muggah, R., & Gilgen, E. (2011). Global burden of armed violence 2011: Lethal encounters. Cambridge University Press.
- Lamont, M., Beljean, S., & Clair, M. (2014). What is missing? Cultural processes and causal pathways to inequality. *Socio-Economic Review*, 12(3), 573–608.
- Lamont, M., Silva, G. M., Welburn, J., Guetzkow, J., Mizrahi, N., Herzog, H., & Reis, E. (2016). Getting respect: Responding to stigma and discrimination in the United States, Brazil, and Israel. Princeton University Press.
- Lamont, M., & Small, M. (2008). How Culture Matters: Enriching Our Understandings of Poverty. En: D. Harris & A. Lin (Eds.) *The Colors of Poverty: Why Racial and Ethnic Disparities Persist* (pp. 76-102). Russell Sage Foundation.
- Lamont, M., Welburn, J. S., & Fleming, C. M. (2016). Responses to discrimination and social resilience under neoliberalism. En: A. Maurer (Ed.) *New Perspectives on Resilience in Socio-Economic Spheres* (pp. 143-176). Springer VS, Wiesbaden.
- LAPOP. (2016). AmericasBarometer. Vanderbilt University.
- LAPOP. (2012). AmericasBarometer. Vanderbilt University.
- Latinobarómetro (2015) Encuesta Latinobarómetro 2015.
- Latinobarómetro (2018) Encuesta Latinobarómetro 2018.
- López-Calva, L. F. (2019a). ¿Quién se beneficia del crecimiento?: La cambiante incidencia del crecimiento económico en América Latina y el Caribe. Blog del Director Graph for Thought. Retrieved from <https://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/presscenter/director-s-graph-for-thought/who-benefits-from-growth---a-look-at-the-changing-incidence-of-.html>
- López-Calva, L. F. (2019b). Matando al Desarrollo: La devastadora epidemia de crimen e inseguridad en América Latina y el Caribe. Blog del Director Graph for Thought. Retrieved from <https://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/presscenter/director-s-graph-for-thought/killing-development---the-devastating-epidemic-of-crime-and-inse.html>

- López-Calva, L. F. (2019c). Repensar el desarrollo en América Latina y el Caribe. Blog del Director Graph for Thought. Retrieved from <https://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/presscenter/director-s-graph-for-thought/rethinking-development-in-latin-america-and-the-caribbean.html>
- López-Calva, L. F., & Greenspan, R. (2020, September 3). Pandemia, gobernanza y construcción colectiva de futuro. Diario El País. Retrieved from <https://elpais.com/opinion/2020-09-03/pandemia-gobernanza-y-construccion-colectiva-de-futuro.html>
- López-Calva, L. F., & Lustig, N. (2010). Declining Inequality in Latin America A Decade of Progress? (Brookings).
- Lustig, N., & Tommassi, M. (2020). COVID-19 y la protección social de las personas pobres y los grupos vulnerables en América Latina: un marco conceptual. Serie de Documentos de Política Pública Covid-19. New York: PNUD.
- Maldonado, C. (2015). Participación política, apego a la democracia y temas prioritarios de las personas jóvenes en América Latina, 2000-2013. In *Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad*. Santiago: Cepal.
- Moro, J. (2006). *Juventudes, violencia y exclusión: desafíos para las políticas públicas*. (J. Moro, Ed.). Guatemala: Indes.
- Muggah, R. (2015). Latin America's Poverty is Down, But Violence is Up. Why? *America's Quarterly*, 20.
- Muggah, R., & Aguirre, K. (2014). *Mapping Citizen Security Interventions in Latin America: Reviewing the Evidence*. Igarape Institute.
- Muggah, R., & Szabo, I. (2014). *Changes in the Neighborhood: Reviewing Citizen Security in Latin America*, Strategic Paper 7. Igarape Institute.
- Muggah, R., & Tobón, K. A. (2018). *Citizen security in Latin America: facts and figures*. Igarape Institute.
- Novella, R. (2019). *Rotación laboral y calidad del empleo entre los jóvenes de América Latina y el Caribe*.
- Novella, R., Repetto, A., Robino, C., & Rucci, G. (2018). *Millennials en América Latina y el Caribe: ¿Trabajar o estudiar?* Washington, D.C.: BID.
- OCDE. (2010). *Are the New Millennium Learners Making Their Grade? Technology Use and Educational Performance in PISA*. París: OCDE.
- OCDE. (2017). *La educación a distancia en la educación superior en América Latina*. México.
- OIT. (2018). *Panorama Laboral 2018 América Latina y el Caribe*. Lima.

- OIT. (2013). Trabajo decente y juventud en América Latina. Políticas para la acción. Lima.
- OIT. (2015). Tendencias mundiales del empleo juvenil 2015. Promover la inversión en empleos decentes para los jóvenes. Ginebra.
- Organización Panamericana de la Salud. (2018). Acelerar el progreso hacia la reducción del embarazo en la adolescencia en América Latina y el Caribe. Washington, D.C.
- Perea, C. (2008). ¿Qué nos une? Jóvenes, cultura y ciudadanía (La Carreta). Medellín.
- Piscitelli, A. (2009). Nativos digitales. (Santillana, Ed.).
- PNUD. (2019). Informe sobre Desarrollo Humano 2019 Más allá del ingreso, más allá de los promedios, más allá del presente: Desigualdades del desarrollo humano en el siglo XXI. New York.
- PNUD. (2019). HUMAN DEVELOPMENT REPORT 2019 Beyond income, beyond averages, beyond today: Inequalities in human development in the 21st century. Washington, D.C.
- PNUD. (2018). Informe sobre Desarrollo Humano El Salvador 2018 IDHES El Salvador 2018 ¡SOY JOVEN! ¿Y ahora qué? El Salvador. Retrieved from file:///C:/Users/danit/Downloads/IDHES%25202018%2520WEB.pdf
- PNUD. (2013). Informe Regional de Desarrollo Humano 2013-2014. Seguridad Ciudadana con rostro humano: diagnóstico y propuestas para América Latina. Panamá.
- Quillian, L. (2006). New approaches to understanding racial prejudice and discrimination. *Annu. Rev. Sociol.*, 32, 299–328.
- Ray, D., & Esteban, J. (2017). Conflict and Development. *Annual Review of Economics*, 9(93), 263.
- Ray, J. (2016). Security Issues Continue to Trouble Latin America. Gallup.
- Red Regional de Información sobre Violencias LGBTI en América Latina y el Caribe (2019). El prejuicio no conoce fronteras.
- Ridgeway, C. L. (2014). Why status matters for inequality. *American Sociological Review*, 79(1), 1–16.
- Rodgers, D., & Baird, A. (2016). Entender a las pandillas de América Latina: una revisión de la literatura. *Revista Estudios Socio-Jurídicos*, 18(1), 13–53.
- Rozas, P., & Salazar, L. (2015). Violencia de género en el transporte público Una regulación pendiente. CEPAL.

- Ruiz, D., & Garrido, A. (2018). Rompiendo moldes: transformar imaginarios y normas sociales para eliminar la violencia contra las mujeres. ONG Oxfam Intermón.
- Sánchez, L. M. (2018). Escuchando a los jóvenes de Latinoamérica y el Caribe. Documento de Trabajo. Bogotá.
- Schreier, M. (2012). Qualitative Content Analysis in Practice. SAGE Publications.
- Seligson, Smith y Zechmeister (2012) La cultura política de la democracia en las Américas. Vanderbilt University.
- Sojo, A. (2009). Identidades y sentido de pertenencia y sus tensiones contemporáneas para la cohesión social: ¿del derrotero a las raíces y/o de las raíces al derrotero? CEPAL.
- Sojo, A., & Uthoff, A. (2007). Cohesión social en América Latina y el Caribe: una revisión perentoria de algunas de sus dimensiones (CEPAL).
- Sorj, B., & Martuccelli, D. (2008). El desafío latinoamericano: cohesión social y democracia. Centro Edelstein.
- Soto, H., & Trucco, D. (2015). Inclusión y contextos de violencia. In D. Trucco & H. Ullmann (Eds.), Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. Santiago: CEPAL.
- Sunkel, G. (2015). El acceso de los jóvenes a la cultura en la era digital en América Latina. In Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. Santiago: Cepal.
- Székely, M. (2006). Un nuevo rostro en el espejo: percepciones sobre la discriminación y la cohesión social en México. CEPAL.
- Taylor M, Pettigrew T. (2000). Prejudice. En: E. Borgatta & R. Montgomery (Eds.) Encyclopedia of Sociology 2da edición (pp. 42–48). Macmillan.
- Tokman, V. E. (2007). Informalidad, inseguridad y cohesión social en América Latina. Revista Internacional Del Trabajo, 126(1–2), 93–120.
- Trucco, D., & Inostroza, P. (2017). Las violencias en el espacio escolar. CEPAL-UNICEF.
- Trucco, D., & Ullmann, H. (2015). Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. CEPAL.
- Ullmann, H. (2015). La salud y las juventudes latinoamericanas y caribeñas. In D. Trucco & H. Ullmann (Eds.), Juventud: realidades y retos para un desarrollo con igualdad. Santiago.
- UNESCO. (2013). Tercer Estudio Regional Comparativo y Explicativo (TERCE).

- UNICEF. (2019). Behind the numbers: ending school violence and bullying.
- UNODC. (2019). Global Study on Homicide.
- Vilalta, C., J., C., & Torres, J. (2016). Delitos violentos en ciudades de América Latina. BID.
- Zuluaga, D., Sánchez, F., & Chegwin, V. (2018). Empleo, violencia y oportunidades para los jóvenes: Evidencia para América Latina y el Caribe (ISSN 1657-7191 No. 14). Colombia.
- World Bank (2009). The Costs of Violence. Washington, D.C.



IDRC | CRDI

International Development Research Centre
Centre de recherches pour le développement international

Canada



**ESPACIO
PÚBLICO**